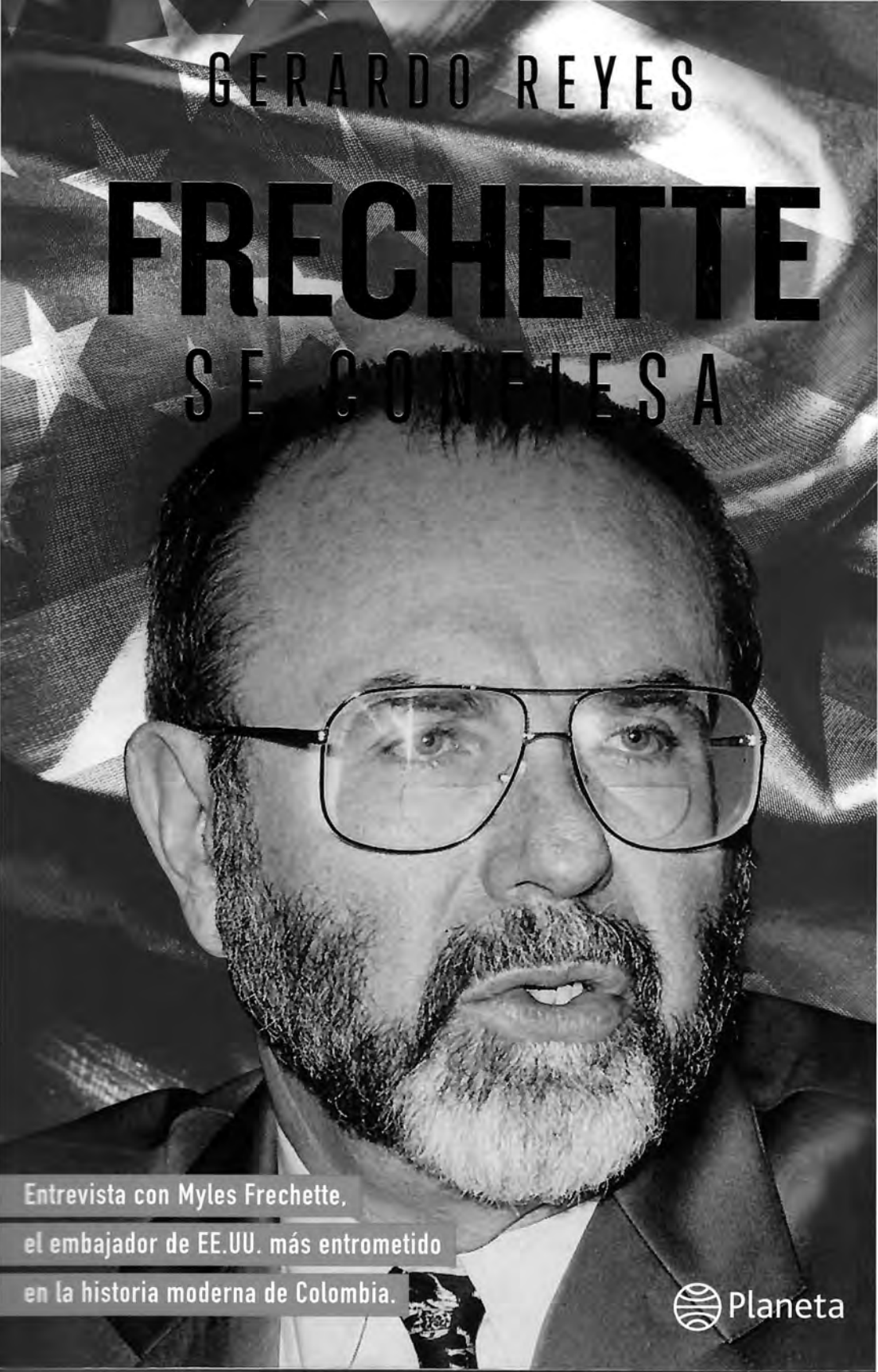


A black and white close-up portrait of Myles Frechette, a man with a beard and glasses, looking directly at the camera. The background is a blurred American flag.

GERARDO REYES

FRECHETTE

SE CONVIERTA

Entrevista con Myles Frechette,
el embajador de EE.UU. más entrometido
en la historia moderna de Colombia.

 Planeta

Prólogo

El embajador Myles Frechette es sordo del oído derecho. Lo perdió de tanto disparar su Mauser en campos de tiro y caza. Esa afición marcó de alguna manera también su personalidad. Frechette ha pasado casi toda su vida disparando. En sus treinta y cinco años como diplomático de Estados Unidos en América Latina y África, le tiró a todo lo que se moviera por fuera de su testaruda concepción de la ley y de las órdenes del gobierno de Estados Unidos. Se peleó con dos directores de la DEA en Colombia, no se entendía con algunos de sus jefes en Washington, cuestionó decisiones del jefe del Comando Sur y buscó pleitos con militares por violaciones de derechos humanos.

El 25 de julio de 1994 llegó a Bogotá con la misión de salvar a Colombia. No es un sarcasmo mío. Estaba convencido de que el país se iba a un precipicio y que si Estados Unidos se quedaba con los brazos cruzados, los narcotraficantes y la guerrilla se tomarían el poder. Había salido de Washington nadando

contra la corriente de algunos colegas del Departamento de Estado para quienes el mejor castigo contra el presidente Ernesto Samper era dejar a Colombia sin embajador.

Hasta entonces este diplomático chileno estadounidense de cincuenta y ocho años había ocupado cargos diplomáticos intrascendentes —embajador en Camerún y cónsul en San Pedro Sula (Honduras)—, que sus jefes se los impusieron en represalia por haberse atrevido a rechazar una posición en la embajada de Noruega quejándose de que era el país más aburrido del mundo. Ahora era su turno para pasar a la historia en el más convulsionado de la región.

Los colombianos sabían lo que era vivir al borde del precipicio que describía Frechette. Pero esa semana de julio de 1994, su capacidad de hacer cabriolas con las crisis estaba al límite. El mes anterior había estallado el escándalo del ingreso de dineros del narcotráfico en la campaña de Samper. El candidato conservador Andrés Pastrana había revelado tardíamente unas grabaciones en las que se escuchaban a los cabecillas del cartel de Cali hablar de aportes a la campaña de Samper y otros candidatos presidenciales.

El ánimo de la gente de la calle estaba por el piso no solo por la incertidumbre política. A principios de mes había sido asesinado el futbolista de la selección Colombia Andrés Escobar en hechos que en un principio se atribuyeron a una venganza de narcotraficantes que habían perdido mucho dinero en apuestas a favor del equipo colombiano. Escobar marcó un gol en su propia meta en un partido justamente contra Estados Unidos que dejó a la selección por fuera de la Copa Mundial. Ahí no paraban las angustias. En los últimos nueve días, en respuesta a una ofensiva sangrienta de la guerrilla —consolidada entonces en un solo frente de ataque conocido

como la Coordinadora Guerrillera— el gobierno anunciaba una arremetida que había dejado 110 bajas a los sediciosos, como los llamaba *El Tiempo* en la noticia de primera página.

Por las tiendas del aeropuerto El Dorado que debió recorrer Frechette para salir al encuentro de sus escoltas ese lunes 25 de julio, la revista *Semana* lo recibió con una portada de “El Tío Sam”. A un costado de la figura del viejo patriota apuntando con su dedo inquisidor, se leía la leyenda “Se agravaba la crisis entre Estados Unidos y Colombia¹. La carátula de *Time* estaba dedicada esa semana al “Extraño y nuevo mundo de Internet”².

La pregunta de serie de suspenso de la portada de *Semana*, “¿Qué puede pasar?”, era un pronóstico del clima que desataría un cable de la agencia UPI. Según el despacho, el gobierno de Bill Clinton dejó filtrar lo que era un secreto a voces en los pasillos del Departamento de Estado: que el presidente electo, Ernesto Samper, “aceptó más de tres millones de dólares en contribuciones a su campaña electoral por parte de poderosos narcotraficantes”, según UPI.

Colombia tenía entonces unos 36 millones de habitantes. Una hamburguesa costaba 2.400 pesos, un celular de Comcel 23.000 mensuales y la telenovela *Café* paralizaba al país. Fernando Botero, quien asumiría el Ministerio de Defensa, declaró ese año como patrimonio neto 205 millones de pesos (256.000 dólares) y la ministra del Medio Ambiente, Cecilia López, 71 millones³.

1 Edición 637, julio 19 de 1994.

2 The strange new world of Internet, *Time*, Vol. 144, 25 de julio de 1994.

3 Declaraciones entregadas voluntariamente por los ministros siguiendo una petición de Samper.

Una fuente citada sin nombre por la “decadente agencia de noticias”, como se refirió a la UPI la columnista María Isabel Rueda, aseguraba que la acusación de Estados Unidos contra el presidente electo se basaba en “la sabiduría convencional” que a su vez se fundamentaba en una revisión de las cintas y en “nuestra propia información de inteligencia”.

Sin haber escuchado las cintas —nunca las escuchó, según me dijo—, Frechette llegó a un país que empezaba a perder la paciencia con Estados Unidos; se estaba despertando un desprecio por los gringos que hasta entonces era patrimonio de la izquierda y no pasaba del tamaño de los grafitis antiimperialistas de las universidades estatales. Ante los continuos ataques de Washington a la complicidad del país con el narcotráfico, haciendo caso omiso del problema del consumo en su propia sociedad —12 millones de drogadictos—, inicialmente Colombia respondió con algunas muecas de nacionalismo. Los periodistas de *Semana* escribieron en el mismo ejemplar del Tío Sam que “Ernesto Samper es un hombre totalmente ajeno al mundo del narcotráfico”⁴. La revista luego se transformaría en la publicación más dura y crítica con Samper.

A esta Colombia llegó el embajador chileno americano con las metas personales de atrapar a los cabecillas del cartel de Cali; imponer al director de la policía con el que Washington quería trabajar y restaurar la extradición. Una y otra vez Frechette me contó orgulloso que cumplió con todas. En este libro se explica cómo lo logró, convirtiéndose en el hombre más poderoso de Colombia, más que el Presidente acorralado, muy por encima del jefe de la Policía, que se volvió su lugarteniente, y del fiscal general de la Nación,

4 “El Tío Sam nos señala”, *Semana*, 19 de julio de 1994, p. 24.

que era su amigo. Tenía además la potestad de recibir o no a políticos, narcos y empresarios que llegaban al confesionario de la embajada en Bogotá a pedir su bendición.

Las descripción anterior puede sonar a un sumario esquemático propio del teatro del realismo socialista de los años sesenta, cuando era muy común ver en las obras al personaje yanqui montando en un trono con el mismo sombrero del Tío Sam de la revista *Semana*, rodeado del bestiario zalamero del país subyugado: la burguesía, los militares, los curas, todos rindiéndole una nerviosa pleitesía.

Durante las largas horas que entrevisté a Frechette no pude evitar en varias ocasiones la impresión de que estaba asistiendo a una de esas obras. La relación entre el embajador y los colombianos estuvo marcada en general por un servilismo casi caricaturesco aunque no siempre gratuito. Surgía de la complicidad del confesado con el narcotráfico, del terror de ser acusado injustamente y perder su visa o de la necesidad de hacer feliz a Washington sin importar las consecuencias. Del lado del confesor la tarea no era difícil porque de lo que se trataba era de avergonzar a un presidente inmoral, enredado en sus explicaciones, y a un país que salía en ese momento empeloto y en puntillas de la cama donde dormía con el enemigo. Para componer la situación, Estados Unidos envió al párroco perfecto: un tipo que hablaba muy bien el español, incluso con giros cachacos, buen cínico, entrometido y trabajador. Para enterarse de primera mano de los efectos de su calculado intervencionismo, Frechette se alió con una barra de amigos, políticos, periodistas y artistas que Samper bautizó como 'los Conspiretas', gente influyente y preparada que se reunía a despotricar del gobierno, algunos de ellos aspirando la cocaína del mismo cartel que financió la campaña

presidencial. Así era de fácil el 'papayaso', una de las palabras colombianas que más le gusta al embajador.

La sumisión de la alta sociedad colombiana ante la embajada —cuando digo alta me refiero a la gente con poder político, económico o militar— llegó a su punto más vergonzoso cuando por lo menos cincuenta personas, según palabras de Frechette, se acercaron a consultarle un golpe de Estado contra Samper. Frechette los mandó al carajo, según me explicó.

Detrás de esta actitud encorvada de muchos colombianos hacia Estados Unidos hay una tradición. No conozco otro país de América Latina que esté más pendiente de cómo lo ve el gobierno de Estados Unidos que Colombia: "¿Qué opinan por allá de nosotros?, ¿cómo nos ven?", son las preguntas obligadas para el corresponsal que llega de Estados Unidos. Casi siempre respondo que no nos ven. Colombia hace muchos años que salió de la agenda inminente de Washington. Pero esa obsesión de contar con los gringos para todo no es de este siglo. El 'confesionario', como me referí varias veces al despacho de Frechette en mi entrevista, ha estado durante décadas abierto y ante él se han hincado personajes de todos los partidos y tendencias políticas de Colombia, incluyendo al cura Camilo Torres, que en julio del año 1965, antes de tomar las armas, llegó a pedir ayuda monetaria para dictar cursos de concientización⁵.

El año anterior al arribo de Frechette el país había recibido por concepto de exportación de cocaína 7.000 millones de dólares y 2.500 millones por marihuana, según la Dirección Nacional de Estupefacientes⁶. Los aportes a la campaña de

5 "El guerrillero que tocó a la puerta de Washington", por Gerardo Reyes, *El Nuevo Herald*, 26 de febrero de 2006.

6 Ver "La Cosa Nostra S. A", revista *Semana*, agosto de 1994.

Samper, según William Rodríguez, hijo de uno de los cabecillas del cartel de Cali, no pasaron de 10 millones de dólares. En esos días el teatro La Castellana se llenaba hasta el tope para ver la sátira *Mama Colombia*, sin tilde, del mejor comediante del país, Jaime Garzón, y la actriz argentina Fanny Mikey.

La otra parte de la economía colombiana estaba dominada por conglomerados que veinte años después continúan en escena: el Grupo Santo Domingo, el Grupo Ardila Lulle, el Sindicato Antioqueño y Luis Carlos Sarmiento Angulo. Frechette visitó a tres de los grandes cabezas de estos grupos, conocidos como 'los cacaos' y todos le reiteraron su apoyo a Samper. Sus contribuciones se volaron los topes señalados por la ley.

Conocí personalmente a Frechette en junio de 2015 aunque había hablado por teléfono con él un par de veces por cuestiones de trabajo. Una de ellas cuando buscaba personas que no tuvieran miedo de compartir sus impresiones de Julio Mario Santo Domingo, el magnate sobre quien yo estaba escribiendo una biografía. Frechette me contó con lujo de detalles su fascinante encuentro con el empresario en Nueva York. Años después lo busqué para que me diera sus impresiones sobre Álvaro Uribe Vélez cuando lo conoció siendo gobernador de Antioquia. Ambos relatos están en estas páginas.

Para hacer las entrevistas de este libro en audio y video nos encontramos con Frechette en hoteles de la ciudad de Bethesda, en West Virginia, donde lleva una vida tranquila de pensionado en compañía de su esposa, Bárbara. Nunca me invitó a su casa ni me dio su teléfono celular. Frechette, que mide un metro con ochenta, se mantiene en forma haciendo ejercicio unas tres horas al día. Tiene un implante de titanio en la cadera que lo pone a cojear luego de estar mucho tiempo en reposo, pero se recupera pronto.

En varios pasajes de la entrevista me sentí hablando con el expresidente Alfonso López Michelsen en su vieja casa de Bal Harbor, Florida, cuando me contaba historias inéditas de la familia Santo Domingo bajo la confidencialidad del *off the record*. Ambos se parecen físicamente y comparten esa gramática fluida del sarcasmo ilustrado. Pese a que el tiempo ha menguando su memoria, a sus ochenta años Frechette conserva frescas imágenes y anécdotas distantes que relata laboriosamente, paso a paso, con un español rico y preciso aunque a veces teñido por el uso muy chileno del 'hubieron'. Frechette, quien además de inglés y español habla francés y portugués, me sorprendió varias veces con sus opiniones de la gente que lo rodeó en sus treinta años de diplomacia, pero quizá lo que más me causó curiosidad es su principio de que la relación con los adversarios y enemigos es más llevadera si estos tienen buen humor. Aunque en el caso de Antonio Caballero no lo entendió del todo, pues todavía parece molesto al recordar los comentarios burlones que hacía el escritor de sus coloridas corbatas.

En uno de esos silencios sanos que se producen en las entrevistas, Frechette se quedó pensando en Colombia y dejó salir una descripción que resume su idea del país: "Uno sale en Colombia y mira los cerros y qué belleza y todo lo demás, y se pone a pensar, pero las cosas que también pasan por ahí y después estas tragedias de estas mujeres pobres que se van a Estados Unidos con el estómago lleno de condones, llenos de cocaína y le explota uno y ahí muere; hubo una mujer que se subió a un avión con un bebé, dizque hijo de ella, pero al final las azafatas se dieron cuenta de que él bebe no hacía nada, la mamá no lo amamantaba nada, entonces se descubrió que el bebé estaba muerto y que le habían sacado todas las tripas

y le habían puesto cocaína adentro; en otro caso, una mujer se levantó de su asiento para ir al baño y se veía que todo su trasero estaba ensangrentado, se había hecho abrir las dos nalgas, le hicieron liposucción, le pusieron la cocaína y la cocieron y se montó en el avión. Cosas realmente dramáticas y horribles, Colombia es un país de grandes... de todo grande, grandes mentes, grandes desastres, grandes crímenes, nobleza, belleza, que le voy a decir, gente muy querida los colombianos”.

La idea de este libro surgió a mediados de 2015. Édgar Téllez, de Editorial Planeta, y quien fue uno de los más activos reporteros de *Semana* en los días del proceso 8.000, me propuso que entrevistara a Frechette con motivo de los veinte años del escándalo de la filtración de los dineros del narcotráfico en casi todos los sectores de Colombia. La gente que frisaba los treinta años cuando el escándalo estalló habla todavía de él como si estuviera fresco, sin reparar en que para los jóvenes de este siglo el tema puede resultar tan ajeno y distante como cuando escuchábamos a los viejos nuestros hablar del Frente Nacional. Es esa apatía generacional que retrató genialmente el comediante Andrés López cuando imitaba al padre de su personaje lanzando diatribas en la casa contra ese Frente maldito mientras dejaba escapar una artillería de pedos.

Al principio no me entusiasmó mucho la idea. Siempre critiqué los libros de entrevistas diciendo que tienen un limitado aporte del reportero. Además pueden ser injustos por los comentarios unilaterales que quedan sin contrastar.

Pero terminó imponiéndose la curiosidad del periodista de confrontar a un personaje en el ocaso con preguntas sin afares que ayuden a explicar lo que ocurría entretelones

en la crisis institucional más grave que ha vivido el país en su historia moderna. Frechette era un agitador y él lo sabía, quizá lo disfrutaba. Cada frase que disparaba era un titular, un extra de Caracol. Muchos lo odiaban y algunos se lo decían en la cara. En este libro los lectores podrán evaluar su puntería.

CAPÍTULO 1

Un Frechette en las bananeras

¿Cómo llegó su papá a Colombia?

Mi papá se llamaba Myles Robert Frechette, mi abuelita paterna era de origen irlandés y mi abuelito paterno, de origen francocanadiense, por eso el apellido Frechette, que es un apellido que ya no existe en Francia. Existe y hay muchos, montones, en Canadá, pero después de que salieron de Francia eran protestantes, salieron, se vinieron a Quebec, y por increíble que parezca muchos de estos protestantes en Canadá se volvieron católicos. Mi papá se quedó sin padre, el padre de mi papá murió cuando él tenía catorce años, vivía en el estado de Vermont. Mi abuelito tenía una agencia de seguros, pero cuando se murió el hermano con el cual era socio no supo manejarlo, así que mi papá, comenzando a los catorce años, tuvo que trabajar él mismo para sostener a su madre y a dos hermanas. Se ganó una beca en la Universidad de Vermont, donde se graduó como ingeniero civil y minero, pero

claro, sale de la universidad y es el año 29, la crisis económica mundial. Entonces no pudo conseguir trabajo de ingeniero y se fue a Nueva York, donde manejaba la oficina de un hotel de la medianoche a las siete de la mañana.

¿Gerente?

Gerente, y claro él en esa época, acuérdesese, era la época de grandes obras de ingeniería, el canal de Panamá, etc., había sido veinte años antes, creo. Entonces él se metió en una carrera donde siempre podía conseguir trabajo, pero con la crisis no pudo. Finalmente, al terminar el año un día de chiripazo lo llama la United Fruit Company y le dice tenemos un puesto para usted en Colombia, para ir a preparar plantaciones de banano. Y se fue con la United Fruit. Los barcos iban de país a país, no había inmigración, nada. Se fue a Santa Marta. Era uno de los ingenieros, diseñaba plantaciones de banano. Ahí había mucho mosquito, de hecho aprendió a fumar para espantar los mosquitos y al final murió de enfisema, de haber fumado tanto. Eso fue el año 30, mi papá murió en el 73. Ya para el año 70 casi no podía andar. Cuando se murió yo tenía un médico que le hizo una autopsia y me mostró los pulmones. Los pulmones de mi papá eran una cosa impresionante, eran negros y aquí y acá se le veían un alvéolo rojito; es por ahí que absorbía el oxígeno, pobrecito.

¿Pero entonces a él no le tocó vivir la masacre de las bananeras¹?

1 Masacre de un número indeterminado de trabajadores de las plantaciones de banano en Ciénaga, cerca a la ciudad de Santa Marta, que protestaban para exigir mejores condiciones. Estados Unidos había amenazado con invadir la zona si el gobierno de Colombia no actuaba para proteger los intereses de la United Fruit. El embajador de Estados Unidos en Bogotá, Jefferson Caffery, escribió a Washington después de la masacre: "Tengo el honor de informar que el representante en Bogotá de la United

No, porque él llegó, creo que en el año 30, pero se sabía la historia y me la contaba, y la verdad es que yo como niño al principio creí que él había vivido eso, aunque después, empezando a leer historia, le dije mire, papá, usted no estuvo ahí para eso. Yo nunca le dije, pero sé todo lo que pasó.

¿Cuál fue la interpretación de él de lo que ocurrió?

Que el gobierno asesinó un pocotón de gente, que llegaron las camionetas ahí y se escondieron ametralladoras en la parte trasera.

¿Y él no sabía que la empresa había participado también?

No sé, mi papá tampoco, nunca me dijo; si él era empleado, me imagino que él no quería. En el año 32 terminó su contrato, era un contrato de dos años y dijo no, aquí hay demasiada violencia. Los gringos vivían en esa época en una especie de búnker; los fines de semana los obreros de la bananera se emborrachaban y empezaban a echar plomo y los gringos se escondían en el búnker y no salían hasta el lunes. Y el lunes ya todos los trabajadores estaban bien, ya no estaban borrachos. Eran buena gente, trabajadores, y mi papá los admiraba mucho. Por eso alguna vez dije, cuando llegué a Colombia, si ustedes no fueran tan violentos yo sería medio colombiano y medio chileno.

¿Pero no protestaban por las cosas laborales, sino por pura borrachera?

Fue por la violencia, entonces agarró un avión y se fue a Chile, en uno de esos Fokker trimotor. Esos aviones en esos días volaban durante el día y aterrizaban en la noche y todos

Fruit Company me dijo ayer que el número total de huelguistas muertos por el ejército colombiano supero los mil" ("El tamaño sí importa", Tatiana Acevedo, *El Espectador*, 30 de abril de 2012).

los pasajeros se alojaban en un hotel y era como un tren, entonces al otro día continuaban.

¿Por qué se fue a Chile?

Bueno, porque había dos compañías muy grandes de cobre en Chile, la Anaconda Copper y la Braden Copper, entonces se fue a trabajar con la Braden Copper. El cuartel general de la compañía era en Rancagua, el pueblecito chileno que tiene la distinción de tener una plaza que en vez de tener ocho calles que desembocan en la plaza, tiene solo cuatro. Ahí conoció a una muchacha de pueblo, mi mamá, se casaron y terminó su contrato pero la Anaconda lo enganchó y se fue a Chuquicamata, una enorme mina de cobre.

Usted ya había estado en Colombia. Hay un documento desclasificado que dice que fue enviado a Bogotá en el gobierno de Carter. ¿Para qué hizo ese viaje?

El presidente Carter y su esposa visitaron Caracas y después Bogotá. Yo viajé a Colombia para darle un *briefing* (inducción) a la señora Carter sobre cómo era Colombia. Claro, ya llegado a Colombia ahí (Bob) Pastor, que era la persona que aconsejaba al presidente Carter sobre los Asuntos Latinoamericanos en la Casa Blanca, me pidió ayuda para confeccionar unos documentos que iban a firmarse. Pastor nunca me cayó bien, así que mientras menos tenía que ver con él... Que en paz descanse, falleció el año pasado de un cáncer.

¿En qué estaba interesada en particular la esposa de Carter?

De todo un poco. Era muy inteligente la señora, resultaba sorprendente constatar sus intereses siendo que es la esposa de un tipo que era agricultor de maní. Yo tenía que hacerle un recuento de cómo es Colombia, me escuchó

con mucho cuidado y después me pidió consejos de cómo vestirse para Bogotá. Le dije, bueno es que Bogotá es mucho más formal que Venezuela, yo le aconsejaría vestirse de una manera más formal que en Caracas, no un vestido de baile, ¿no? Y así lo hizo. No hicimos más al llegar a Colombia y me agarra (Bob) Pastor y me dice tenemos que hacer un discurso que diga esto y lo otro, y le dije pero eso no es lógico. Se me enojó. Le ayudé de mala gana porque no creía en el tema. Carter hizo la declaración, nadie le hizo caso. Era una de esas declaraciones que no reflejaban la realidad. Pastor era un tipo de armas tomar, era un intelectual que había estudiado a América Latina pero era muy arrogante, le daba a uno órdenes; yo no trabajaba para él, pero algunas de sus ideas no servían para nada y a uno le da rabia que venga, sin ser su superior, y le diga a uno que haga algo que uno sabe que no será tomado en serio.

¿Y de niño usted pasó por Colombia?

Mi papá quería alistarse para la Segunda Guerra Mundial, pero no lo logró. La guerra estalló en el 41 (para Estados Unidos). Me acuerdo que la primera visita que hicimos a Estados Unidos mi mamá y yo fue en el 39. La gente que trabajaba para las compañías mineras americanas tenía derecho a unas vacaciones pagadas en Estados Unidos por cada contrato. Viajábamos por la línea de barcos de la Grace Line, una compañía grande de buques de cargas y pasajeros. En el 39 paramos en Buenaventura y luego en La Habana. Después fuimos a Nueva York, a La Feria Mundial. Siempre me hace reír lo que le voy a contar. Íbamos en el *subway* para llegar allá y no había asientos, estábamos los tres parados, y había un señor bastante gordo que estaba bloqueando un asiento y mi mamá le dice a mi padre en español que se quite este gordo de aquí, y el tipo

era argentino y dice pase, señora. ¡Ay, mi mamá se murió de la pena, por Dios!

Lo que uno hacía en esas vacaciones era comprar ropa para tres años para toda la familia porque esas ropas no se conseguían en Chile. Me acuerdo perfectamente que llegamos a Buenaventura y quedé horrorizado, aun siendo niño, de las condiciones tan pobres de esa ciudad. En el 47 también fuimos a Estados Unidos. Paramos en Buenaventura para cargar banano y ahí había algunos mendigos cerca del muelle que nos persiguieron a mi padre y a mí cuando íbamos al consulado americano a saludar al cónsul, a quien no conocíamos. Buenaventura era un lugar feo. Los mendigos pidiendo una limosnita y mi papá me decía, no, son leprosos, vamos rápido, y casi corríamos hacia el consulado.

La guerra comenzó en el 41 para Estados Unidos y mi papá escuchaba La Voz de América para acompañar la guerra a diario y ver cómo era la cosa. Para Estados Unidos empezó en el Pacífico con el ataque a Pearl Harbor hasta que Alemania cometió el error de declarar la guerra contra nosotros y empezamos a enviar hombres y equipos. Mi papá tenía mapas del Pacífico y Europa, y con unos alfileres de diferentes colores iba marcando las líneas del enemigo y las líneas de Estados Unidos y sus aliados. Y eso lo seguíamos a diario. Yo me acuerdo mucho de eso porque mi papá se iba a trabajar temprano y yo no lo veía hasta la noche. Era una ocasión para estar juntos y él empezó a entusiasmarse. Me decía yo tengo que irme a la guerra, pero el Departamento de Defensa le dijo que no porque trabajaba en una industria estratégica, cobre, que era verdad. Insistió y también lo rechazaron. Quedó muy decepcionado. El papá de Bárbara (esposa de Frechette) también trató de ir y le dijeron que no porque

él trabajaba como asesor agrícola para campesinos en varios estados, que la producción de comestibles es supremamente importante para Estados Unidos.

¿Cómo termina usted de embajador en Colombia?

Cuando gana Clinton, en 1993, ya los demócratas no querían tener nada que ver con la apertura comercial con América Latina y me dijeron usted ha hecho muy buena labor en la Oficina del Representante de Comercio pero aquí realmente no queremos continuar con una política de un presidente republicano.

¿Quién le dice eso?

La nueva administración Clinton. No quieren hacer más integración comercial con América Latina.

¿Por qué?

Porque no querían hacerle daño a los trabajadores americanos, el mismo cuento de ahora. Entonces regresé al Departamento de Estado y trabajé en varios cargos como asesor del subsecretario y de pronto me preguntan que si me gustaría ir a Colombia como embajador y claro, cómo que no, mi padre estuvo allá... así fue la cosa.

¿Quién le hizo el ofrecimiento?

La verdad es que no me acuerdo. No fue la Casa Blanca... fue alguien en la oficina del secretario de Estado.

¿Con qué otros candidatos se presentó para la aprobación del Congreso?

No me acuerdo, estaba tan preocupado con mi presentación ante la Comisión de Relaciones Exteriores, sabía muy bien que había mucha gente en Washington tan desilusionada con Samper que querían que no fuera ningún estadounidense de embajador a Colombia.

¿Hasta ese punto?

A ese punto, y yo me opuse a eso, me hicieron preguntas varias personas, incluso miembros del Congreso. Les dije mire, Colombia es un país importante, si queremos tener influencia en Colombia tienen que mandar un embajador. Es posible que yo sea un fracaso ahí, pero por lo menos voy a estar ahí y voy a poder utilizar mis argumentos para mover al país, y lo logré.

¿Y en ese momento qué se sabía?

Pues se sabía que él había aceptado los seis millones de dólares.

¿Y que Gelbard² había hablado con él ya se sabía?

Ah sí, claro, era público, yo soy amigo personal de Gelbard y él me contó también.

2 Robert Gelbard, entonces subsecretario para Asuntos Internacionales de Narcóticos del Departamento de Estado. Fue embajador en Bolivia e Indonesia. Los detalles de la reunión con Samper fueron contados por Gelbard a Augusto López, entonces presidente del Grupo Bavaria. En la biografía de Julio Mario Santo Domingo que publiqué en 2003 (*Don Julio Mario*, Ediciones B) el encuentro entre Samper y Gelbard fue descrito así por una fuente cercana a Augusto López: “Tal vez la situación más incómoda que vivió López en el ambiente de rabia y desprecio que reinaba en Washington contra el presidente colombiano ocurrió en la entrevista que sostuvo durante más de una hora con Robert Gelbard, subsecretario de Estado para el Hemisferio Occidental. Cuando López entró a su despacho, Gelbard lo invitó insistentemente a sentarse en una silla señalada por el funcionario, frente a su escritorio. Extrañado por la insistencia de Gelbard, López tomó asiento donde se lo indicó, y fue entonces cuando el funcionario le recordó que en ese mismo sillón, dos años antes, se había sentado el entonces candidato Ernesto Samper para escuchar una advertencia que ignoró olímpicamente: que el gobierno de Estados Unidos tenía serios indicios de que su campaña estaba infiltrada por dinero del narcotráfico. Al terminar la conversación, López se comunicó con Santo Domingo y le comentó que la situación era más grave de lo que él pensaba”. Samper, en su libro *Aquí estoy y aquí me quedo*, describe una situación completamente distinta calificando de “rigurosamente falsa” la versión del regaño de Gelbard. Dice Samper: “De manera casi paternal, diría yo (Gelbard) me aconsejó que me cuidara de cualquier posible infiltración de mi campaña por dineros del narcotráfico”. Samper agrega que Gelbard cambió la versión para tenderle una trampa.

¿Y Gelbard qué le contó, cómo fue esa reunión con él?

Muy esquelética la cosa, solo me confirmó qué había pasado. En esos días Gelbard y yo teníamos diferencias de opinión. Él era uno de los que no quería que fuera a Colombia un embajador, para señalar de esa forma que estábamos realmente ofendidos, y yo le dije eso es una tontería, no se puede hacer, me dijo ah, es que tú quieres ser embajador, ¿no? Le dije, si no mandamos un embajador estamos trabajando como un ciego con un perro. Mi interés por ser embajador en Colombia es porque puedo servir a mi país en esa función.

¿Recuerda qué fue lo más difícil que le preguntaron en el debate sobre los desafíos que tenía en Colombia?

Me hicieron muchas preguntas y en esa época estaba muy de moda en Washington hablar pestes de Colombia, así que hablé pestes (risas). Pero tuve conversaciones muy ingratas con miembros del Congreso, sobre todo republicanos, que me decían que yo era una persona que insistía mucho en derechos humanos y les dije mire, yo no trabajo para el Congreso, trabajo para el presidente de los Estados Unidos. Él quiere que yo insista en ese tema. Cayó malísimo. El que lideró ese grupo fue Dennis Hastert³, quien también se llevó a este tipo que era alcalde de Chicago, que ahora está en prisión por corrupción⁴.

¿Fueron a Bogotá a decirle eso?

Sí, a decirme eso, y los mandé al carajo.

3 Hastert, quien se retiró del Congreso y se vinculó como consultor de la firma de *lobby* Dickstein Shapiro, fue encausado en mayo de 2015 de cargos de fraude bancario y de mentir al FBI. También fue acusado de pagar a una persona no identificada 3,5 millones de dólares para que mantuviera en secreto conductas irregulares previas.

4 Frechette se refería a Rod Blagojevich.

Pero así, abiertamente hablando, ¿usted está muy preocupado por los derechos humanos?

Sí, demasiado preocupado.

¿Y a quién representaban ellos?

Representaban, digamos, a fuerzas de derecha en el Congreso de Estados Unidos que querían más involucración de Estados Unidos en Colombia, pero sobre todo militar, y acuérdesese que en ese tiempo había todo tipo de información acerca de que el Ejército colombiano violaba los derechos humanos.

CAPÍTULO 2

“Y el gringo ahí”⁵

¿Qué sabía usted de Ernesto Samper antes del escándalo del proceso 8.000?

Muy poco, excepto lo siguiente: del año 90 al 93, cuando entró Bill Clinton, yo fui asignado a la Casa Blanca para trabajar en asuntos comerciales, usted sabe, los demócratas no le jalan mucho al libre comercio. Ya tiene usted a Hillary Clinton, que en octubre de 2015 dijo que no apoya el TDP. En ese tiempo ya se sabía en Washington que ella fue una de las personas en la Casa Blanca que se opuso rotundamente a la firma del presidente Clinton del NAFTA en diciembre de 1998, pero Clinton lo firmó y ha sido un gran éxito. A ella todavía no le gusta el NAFTA y otros acuerdos de libre comercio. Cuando yo estaba en la Oficina del Representante

5 Expresión acuñada por el noticiero satírico *Quac*, que dirigía el humorista Jaime Garzón.

de Comercio Exterior de la Casa Blanca, Samper era extremadamente proteccionista, pero decía que no, que era muy abierto, así es que mi jefa, Carla Hills, que era la US Trade Representative, me llevó a Colombia y nos reunimos con Samper y le preguntamos ¿qué diablos pasa aquí? Usted dice eso pero lo que votan en Ginebra, en la OMC, es totalmente diferente. Pero Samper nos da la gran sorpresa y saca del clóset al embajador de Colombia ante la OMC. Este tipo se puso a decir mentira tras mentira tras mentira; claro, Carla Hills apenas aguantaba la ira porque era una cuestión tan increíble, que un presidente y un embajador nos dijeran algo que nosotros sabíamos que era falso porque era público, es decir, los votos de Colombia en la OMC son públicos. Así comprendimos que Samper era una persona muy tramposa, que no le importaba decir la más grande mentira simplemente porque le convenía.

Samper en esa época era ministro de Desarrollo o Comercio, de todas maneras estaba a cargo de asuntos comerciales de Colombia.

¿Qué consecuencias tuvo esa visita de esta señora?

Bueno, ella es una persona muy controlada, muy correcta. Ella simplemente le dijo que queríamos ver cambios porque eso no era lo que nosotros sabíamos, le dejó una hoja con los votos colombianos inscritos y nos fuimos y claro, no cambió para nada la política comercial bajo Samper.

¿Y ustedes no esperaban que trajera a su delegado ante la OMC?

No, y él fue más mentiroso que Samper, pero que va, él era simplemente el embajador, seguramente Samper le dijo tú tienes que decirles esto y lo otro. Y nos ‘mamaron gallo’. El problema era que nosotros teníamos las cifras, es decir, no

íbamos a llegar ahí a hablar pendejadas, teníamos las cifras oficiales y no supieron explicarnos.

¿Desde entonces usted quedó con esa imagen negativa de Ernesto Samper?

Claro que sí. Llegué a Colombia el 24 de julio y Noemí Sanín me recibió muy bien.

¿Qué instrucciones recibió usted del Departamento de Estado de cómo manejar la crisis que ya estaba andando?

Bueno, nosotros teníamos una ley que decía que si un país no cooperaba en la lucha antinarcóticos lo podíamos descertificar y quitarle comercio y me pidieron varias cosas: número uno, que regresara la extradición, eso lo conseguí. La extradición regresó a Colombia pocos días después de que yo salí del país, en noviembre del 97. En diciembre se reintegró la extradición en la Constitución colombiana. Número dos, sacar al general Vargas⁶, que acababa de ser designado como

6 Octavio Vargas Silva, nombrado director de la Policía Nacional en diciembre de 1993 en reemplazo del general Miguel Antonio Gómez Padilla. Vargas fue comandante del Bloque de Búsqueda, que dio de baja a Pablo Escobar. De acuerdo con la DEA, su nombre fue mencionado bajo el apodo de 'Benitín' en el cuarto narcocasete de conversaciones del cartel de Cali (Ver "¿Quién es Benitín?", *Semana*, 15 de agosto de 1994). Las versiones periodísticas de la época señalaron que por cuenta de esta mención, la DEA canceló una reunión en Washington con el general y su segundo al mando, Rosso José Serrano. No tiene ningún cargo pendiente por tratos con el narcotráfico. Fue denunciado por el coronel de la policía Víctor Hugo Ferreira por enriquecimiento ilícito ante la Procuraduría General. Ferreira argumentó en una demanda que ganó contra el Estado que en represalia por sus denuncias de la corrupción en la Policía, Vargas ordenó una junta médica en la que se concluyó que sufría de trastornos mentales. Ese diagnóstico fue luego desmentido por una certificación médica. Juan Carlos Vargas, el hijo de veintitrés años del general, fue asesinado en un bar de Bogotá en octubre de 1994 en una disputa que no tenía ninguna relación con el cargo de su padre. A fines de 2014 el exgeneral fue citado a declarar en el caso del asesinato de Luis Carlos Galán para explicar por qué "ordenó mover una unidad de contraguerrilla que usualmente protegía a Soacha", o donde fue asesinado Galán en 1999, "y que era asignada a la vigilancia de los eventos

comandante de la Policía, y reemplazarlo con Rosso José Serrano, a quien Samper había desterrado a Washington como agregado policial, y terminar con el cartel de Cali. Esas eran mis tareas al comienzo.

¿Por qué había desterrado Samper a Serrano?

Porque era tropero y Serrano no le jalaba al narcotráfico. Es posible que pueda haber historias por ahí y por allá, pero el hecho era que Serrano sabía del peligro que había en Colombia y estaba dispuesto, con la ayuda nuestra, a combatirlo. ¿Recuerda? Él había jugado un papel bastante importante también en todo lo de Escobar.

Antes de que esto ocurra, déjeme insistir: Gelbard se reunió con Samper y se afirma que le dijo “nosotros sabemos que su campaña recibió dinero del narcotráfico...”. ¿Me podría dar los detalles de cómo se enteró usted?

En primer lugar, era público. Fue publicado en los periódicos antes de que yo llegara a Colombia, pero Gelbard era el subsecretario encargado de la lucha antinarcóticos. Entonces Gelbard me lo contó. Era obvio que él le tenía un gran odio a Samper.

¿Qué le contó?

Que le había dicho eso a Samper y que Samper como niño bonito le había dicho no es verdad, todo eso no es verdad; pero claro, sabíamos que sí era verdad, es un poco como lo que ocurrió con Samper y Carla Hills.

O sea, ¿la voz cantante contra Colombia en ese momento era Gelbard o había alguien más arriba?

públicos que allí se realizaban” (“Por caso de Luis Carlos Galán, citan a versión a dos generales”, *El Tiempo*, 5 de noviembre de 2014).

Había personas más arriba. Entonces yo le dije a Gelbard y a los otros que me decían la misma cosa: ustedes están supremamente equivocados, si queremos hacer progresos con Colombia tenemos que tener un embajador ahí para poder mantener un diálogo, aunque el diálogo sea tirarse piedras, pero sin un enganchamiento, sin una conexión, no vamos a lograr nada; los colombianos van a decir que han sido abandonados por Estados Unidos y en América Latina nadie va a comprender por qué no quieren mandar un embajador a Colombia con un problema que tanto afecta a los Estados Unidos. Era una idea ridícula pero era una idea de la gente que estaba pensando cómo hacerle daño a Samper por lo mentiroso que era y porqué aceptó esa plata de los narcotraficantes.

¿Y Gelbard qué pruebas tenía cuando habló con usted?

Las mismas pruebas que habían sido publicadas, que habíamos obtenido unas cintas magnetofónicas y que después fueron lanzadas en Colombia. Lo que no se sabía en esa época era que el embajador de Estados Unidos (Morris Busby) había pedido permiso a Washington: ¿puedo lanzar esto?, y le dijeron no, que yo creo que fue una decisión acertada.

Pero, embajador, cuesta trabajo creer que un gobierno con tanta inteligencia como es el gobierno de Estados Unidos estuviera basando su criterio frente a Samper en unos narcocasetes que eran graves, pero ¿qué otra información podrían tener?

La verdad es que no sé y yo nunca dudé de eso. El narcotráfico estaba aflorando y me hice el propósito de tratar de comprender si era posible que Samper hubiera hecho eso. Fui a hablar con los grandes cacaos, Luis Carlos Sarmiento, fui a hablar con Ardila Lulle y también con Julio Mario Santo

Domingo y a todos les dije cuéntenme cómo fue Samper y qué les pidió cuando era candidato, y todos me dijeron exactamente la misma cosa, que venía cada cuantos días a limosnearles más plata, y ellos dijeron estamos dispuestos a darle plata a cualquier candidato viable pero esa cuestión de pedir más y más no es aceptable.

Bueno, pero eso es una avaricia digámoslo política, pero ya desde el punto de vista del narcotráfico no prueba nada. ¿Qué tenía más Estados Unidos en ese momento aparte de los narcocasetes?

Yo no sé, pero nunca tuve acceso a los documentos que tenía la DEA y la CIA. Estoy seguro que había ahí algunas cosas más que apoyaban a los casetes. Los casetes eran simplemente una expresión pública de lo que había pasado.

¿Y usted por qué no tenía acceso a esos documentos de la DEA o de la CIA?

Porque normalmente antes de ser uno embajador no puede pedir eso, salvo que se lo den como un gran favor especial. Yo era simplemente el embajador en esperas.

¿Durante su término en la embajada algún agente de la DEA o cualquier otro organismo no le iba a entregar evidencias o indicios nuevos sobre la participación del cartel de Cali en la campaña de Samper?

No, mire, es que la paciencia con Colombia y Samper estaba hasta aquí (se señala la frente) cuando yo llegué a Colombia. La idea de que Samper había recibido ese dinero era como tratar a un tipo con ébola; estaba infectado, no se podía tratar con él y nadie en Washington tenía duda alguna de que él había aceptado los seis millones de dólares. Yo nunca oí las cintas, nada, no vi la evidencia.

¿Usted nunca las escuchó?!

No, no, porque era público.

Pero al menos por interés personal, usted tenía una campaña casi personal para desacreditar al presidente Samper.

Pero no de esa manera, es decir, eso ya era evidente, era aceptado por todo el mundo aunque hubo algunos colombianos muy bien educados y con cierto nivel económico que se demoraron dos años diciéndome que Estados Unidos estaba equivocado. Finalmente, al terminar los dos años ya era demasiado, y empezaron a llegar y decir sí, ustedes tienen razón, que vergüenza.

¿Cómo quién?

No le voy a decir porque no me acuerdo de todos y no quiero señalar a algún tipo como Judas. Pero le cuento que era gente bien en Bogotá. Pero usted sabe, al embajador americano lo buscaban para todo. Vino mucha gente a preguntarme cuál sería la reacción de Estados Unidos si hubiera un golpe de Estado y yo les dije olvídense, eso ya terminó para los Estados Unidos, no hay interés en Washington para nada de un golpe de Estado aquí en Colombia. Y entonces me preguntaban ¿ah, y usted no va a consultar a Washington? Absolutamente no, yo sé cuál es la política de Estados Unidos. Olvídense.

¿Ante quién presentó sus credenciales?

Yo llegué el 24 de julio de 1994 y la toma de posesión de Ernesto Samper fue el 7 de agosto. Me recibió Noemí Sanín⁷,

7 Marta Noemí del Espíritu Santo Sanín Posada, entonces ministra de Relaciones Exteriores del presidente César Gaviria. Sanín, abogada de la Universidad Javeriana, había sido ministra de Comunicaciones durante la presidencia de Belisario Betancur y embajadora en Venezuela del presidente Gaviria. Samper la nombró embajadora ante el Reino Unido, cargo que ocupó un año al cabo del cual renunció como reacción a los señalamientos contra Samper.

quien fue muy gentil conmigo. Ella era canciller, me llevó a estaciones de radio, hicimos muchas entrevistas, qué sé yo. Ella arregló para que yo pudiera presentar mis credenciales al presidente Gaviria porque, acuérdesse, era 24 de julio, él seguía como presidente hasta el 7 de agosto. Gaviria me echó una vaciada como dicen ustedes, criticó duramente la política exterior de Estados Unidos, que era completamente errónea, que no pensara que yo venía ahí a hacer y deshacer en Colombia, pero después de haberme echado la vaciada, muy gentil, me recibió y yo le reconocí, yo le dije gracias por haberme embetunado... ¿no?, porque ya con presentación de cartas credenciales puedo hablar con miembros del Congreso, del gobierno y con la clase política. Antes de presentar las cartas uno no puede hablar públicamente, esa es la usanza diplomática, uno puede hablar para decir buenos días pero no recitar. Después, cuando se convirtió en secretario general de la OEA, él y yo nos tomábamos unos tragos o almorzábamos de vez en cuando, ya fue mejor la cosa pero lo primero fue la vaciada.

¿Y usted tuvo que tragarse el insulto?

Yo reconocía como un favor que me hubiera recibido, él hubiera podido decir no, y que lo reciba Samper. Entonces para el 7 de agosto el presidente Clinton manda al secretario del Interior, Bruce Babbitt, exgobernador de Arizona y a su esposa, Harriet; ellos viven todavía en Washington. 'Hattie' Babbitt todavía está muy metida en la política del Partido Demócrata. Y Samper se echó un discurso que me dejó de bruces. Empieza a hablar del narcotráfico, yo estaba con Bárbara al lado, ella no hablaba tan bien el español como yo. De pronto sale Samper diciendo: pero la verdad es que todos los colombianos somos narcotraficantes y veo que el gover-

nador Babbit y su esposa están aplaudiendo como todo el mundo. Yo le dije a Bárbara no aplauda, y no aplaudimos eso.

¿Y quién aplaudía?

El exgobernador de Arizona, que fue enviado especial del presidente Clinton para la toma de posesión. Entonces yo quedé pasmado y un reportero de *El Espectador* me tomó una foto diciéndole a Bárbara no aplaudas. Luego hicieron una caricatura que salió en *El Espectador*, que la tengo en casa, de mí diciéndole a Bárbara que no aplaudiera.

¿Una caricatura de Osuna tal vez?

Caricaturas mías, sí, miles, tengo muchas... les encantaba la barba y qué sé yo. Era muy amigo de Jaime Garzón, el gran humorista⁸. Hizo unos programas increíbles sobre mí. Me gustaba mucho. En una época hizo un programa en el cual, y esto era rarísimo, muestra a Andrés Pastrana gateando por un pasadizo en el Palacio de Nariño; es un pasadizo que yo reconocía, el pasadizo que lleva a la oficina del Presidente. De pronto Garzón se acordaba porque trabajó mucho en la Casa de Nariño e hizo reconstruir el asunto para el programa de televisión. Entonces va Pastrana gateando, llega a la puerta de la oficina del Presidente, la abre, está oscura, pone la luz, se va gateando y se mete en la silla del presidente y de repente se quita la máscara y era yo (risas). ¿Qué le parece? Yo era parte de un grupo que el Presidente llamaba los Conspiretas. Juan Manuel Santos iba ahí, Alfonso Valdivieso, el fiscal, iba ahí, Enriquito Santos iba ahí, Rudy Hommes iba ahí, a la

8 Uno de los mejores humoristas políticos del país, asesinado el 13 de agosto de 1999. Fue alcalde menor de Sumapaz. El exjefe paramilitar Freddy Rendón Herrera, alias ‘el Alemán’, declaró en octubre de 2009 que el jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, Carlos Castaño, fue quien ordenó el asesinato por petición expresa de altos mandos militares de la época.

casa de Garzón a tomarnos una sopa y tomarnos unos tragos y echar chistes. El hoy ministro del Interior, Juan Fernando Cristo, me insultó a mí muchas veces tratando de esconder la mano. Insultó a mi esposa, dijo que era una loca. En una reunión que tuvimos con unos ministros y con Samper, Samper me dijo: embajador, por qué no nos vamos a Cartagena, a la casa que tenía la Presidencia⁹, algún fin de semana, para poder conocernos mejor. Ahí tenemos unas viejas. Eso me lo dijo Samper. Le di las gracias y le dije que no lo podía aceptar. Usted se imagina todas las cámaras de televisión que escondería en mi cuarto si hubiera aceptado.

¿No sería uno de esos chistes flojos de Samper?

Es posible. Yo nunca he sabido pero el hecho es que no lo quise insultar y le dije que mi esposa y yo íbamos a misa los domingos, pero los otros que estaban en la reunión se veían como pálidos por lo que había dicho él, así es que yo, regresando a la embajada, dije ¿será chiste o será verdad?; quedé sin poder llegar a una conclusión, pero la palidez en la cara de Rodrigo Pardo (canciller), de Néstor Humberto Martínez Neira (ministro de Justicia), Ramiro Bejarano (jefe del DAS) y Fernando Botero (ministro de Defensa) me hicieron saber que por lo menos ellos tampoco sabían si era chiste o no.

¿Y qué pasó después de la posesión?

Después de la posesión yo fui inmediatamente a establecer relaciones con Samper y le dije que mi primera tarea como embajador es que nosotros insistíamos en que Rosso José Serrano, que recién había sido nombrado como agregado policiaco en Washington por Samper, era una persona muy tropera, muy de armas tomar contra el narcotráfico. Samper

9 Casa de Huéspedes Ilustres.

lo había mandado a Washington y en vez de Rosso José había nombrado al general Vargas como jefe de la Policía, y Vargas era un tipo que le aceptaba dinero a los narcos. Él, Samper, me respondió no, ¿cómo se le ocurre?, ¿cómo sabe su gobierno eso? Es el viejo cuento de Colombia, cuando me llegaba gente a decir yo no tengo nada pendiente en la Fiscalía; porque todo el mundo sabía que eran tipos metidos con los narcos. Decían no tienen nada contra mí en la Fiscalía, claro, igual que los generales que la semana pasada llegaron a decir que no tienen investigaciones en la Fiscalía; sin embargo, María Jimena Duzán publica que sí, que uno de ellos sí tiene. Es decir, hay maneras de obrar en Colombia que son muy singulares. Tanta gente miente, muchos le llegan a uno con historias de que la Fiscalía no tiene nada pendiente contra ellos. Entonces yo soy inocente, si yo fuera narcotraficante tendría algún proceso pendiente... mentira, mentira.

CAPÍTULO 3

“Un país con mucho miedo”

¿Cómo fueron sus primeras impresiones en esos primeros días en Colombia?

Lo que encontré fue un país embotellado, es decir, en Bogotá la gente no podía salir; a veces iban a esos pueblecitos cerca de Bogotá para pasar el día pero después regresaban. Las carreteras podían ser impedidas en cualquier momento por la guerrilla o criminales. Encontré un país con mucho miedo. Íbamos mucho a las películas y ahí nos veíamos con colombianos que se acercaban para hablar y me decían mire, esto es lo único que yo puedo hacer porque me da miedo de que me secuestren. Había ido un par de veces a Colombia. La situación de mi seguridad y la de mi esposa era muy difícil. Yo solo podía movilizarme en un carro blindado seguido por dos o tres carros blindados llenos de escoltas colombianos con los rifles por la ventana y también con un escolta americano. No podíamos salir ni andar por la calle. Una vez en todo el

tiempo que estuvimos en Colombia, Bárbara y yo, en un día de Pascuas, salimos a dar una vuelta unas tres cuadas alrededor de la casa. Así es que llegamos a una situación en que muchos colombianos estaban bien enfadados con Estados Unidos; la situación del embajador era muy, muy difícil, y Bogotá era un lugar que no es como Caracas que tiene mucho sol, pues Bogotá era una ciudad con nubes.

¿No le gustó mucho ese ambiente lúgubre, gris, de Bogotá?

No, al comienzo no, pero al final estaba encantado de la vida, yo estaba acostumbrado y me acostumbré a salir mucho. Una vez comí en público, afuera de un restaurante. Eso fue en Cartagena, ahí hay un café y me senté con mi esposa, con Rosso José y claro rodeado de escoltas, y cenamos al aire libre, fue la única vez en Colombia. Otra vez, poco después de que nosotros llegáramos, me fui con Bárbara a un restaurante muy recomendado, y entré, y claro nos recibieron, pero cuando los otros clientes vieron a todos los escoltas en el jardín y en el recinto, los vi tan espantados que le dije a Bárbara no vamos hacer esto más porque yo no quiero ahuyentar a la gente, no quiero que puedan pensar que llegó un capo del narcotráfico.

La casa de la embajada, ¿me la puede describir?

Yo había estado ahí hospedado una vez, es una gran casa, una de las residencias más grandes que tenemos en América Latina, y se habían hecho algunas reformas, yo hice reformas durante mis tres años y medio. Otros embajadores han hecho reformas para hacerla más moderna porque era una casa que había sido diseñada en los años, no sé, treinta, una cosa así. Mi esposa le puso un umbral sobre la puerta principal que no tenía antes, la copió cuando fuimos a Barranquilla de un hotel

cuyos dueños eran narcos y vio unos umbrales así lindos, con arcos, e hizo construir eso no en ladrillo y piedra, sino que fue de madera, lo pusieron y a la gente le gustó mucho.

¿Cuántas habitaciones?

Por lo menos cuatro o cinco. Rehicimos todos los baños. El personal de la embajada son personas supremamente queridas, nos ayudaron, nos apoyaron, fueron fieles a nosotros en los tiempos cuando más nos atacaban los periódicos y la radio. Ellos siempre fueron muy gentiles con nosotros, hicieron nuestra vida en Colombia muy pasable.

¿Recuerda a alguien en especial de esa época?

Bueno, Luz Daria, a Marleny Bocanegra y Pedro González, que era el mayordomo. En este momento no me acuerdo de más nombres.

¿Había vigilancia dentro del patio de la casa?

No, no. Había unas casitas en los portones, pero adentro no.

Usted al principio tuvo un incidente por la falta de seguridad para su esposa...

Cuando llegamos a Bogotá la primera cosa que hicieron los señores de la seguridad de la embajada era mostrarme los carros blindados, presentarme a los escoltas colombianos y a los escoltas americanos y qué sé yo, y me dijeron que la esposa del embajador (Morris) Busby¹⁰ tenía un carro semiblandado y un chofer, un motorista y un escolta que viajaba con ella, pero el Departamento de Estado había dicho que no había presupuesto para eso. Le dije ¿cuándo se tomó esa decisión?, me dijo

10 Embajador de Colombia entre 1991 y 1994 nombrado por George W. Bush. Era coordinador de antiterrorismo en el Departamento de Estado y había ocupado posiciones diplomáticas en Centroamérica y México. Al dejar la carrera diplomática se vinculó a Morpho Detection, una firma de seguridad electrónica que produce aparatos de revisión de equipajes con rayos X.

hace más de un mes que nos informaron eso. Y les dije mire, este es mi primer día en la embajada, nadie me ha dicho nada. ¿Ustedes se imaginan que yo hubiera aceptado este puesto a sabiendas de que mi esposa, que habla un poco de español, no mucho, se iba a quedar encerrada en este edificio como la señora Busby lo hizo por dos o tres años? Jamás, le dije, es más, le digo una cosa a usted, era como mediodía, esta noche si usted no viene a decirme antes de irse a casa que el Departamento de Estado ha puesto nuevamente el carro, el escolta y todo eso, yo presento mi renuncia mañana a primera hora. A las cinco de la tarde toc, toc, toc, tengo buenas noticias para usted, embajador, aquí tenemos un telegrama del Departamento de Estado haciendo marcha atrás. Es decir la burocracia a veces son desgraciados, ¿no? Yo estoy seguro de que eso le costaba dinero al Departamento de Estado, y entonces dijeron, bueno, vamos a hacer este recorte y de pronto el tipo no se da cuenta. El servicio de seguridad del Departamento de Estado no siempre hace cosas que son muy inspiradoras, por ejemplo, lo que pasó en Benghazi; el departamento de seguridad no le quería dar más seguridad al embajador, el embajador era también un loco que pensaba que todos los árabes lo querían y que quería circular libremente en Benghazi, que era un foco de infección antigaddafi. No era una amenaza vacía, yo estaba dispuesto a mandar mi cable, no quería hablar con Washington porque me diría, bueno vamos a ver, no, mande el cable para que no lo lea mucha gente.

¿Cómo era su rutina?

Bueno, yo soy una persona que se levanta temprano, me levantaba a las cinco, todavía me levanto a esa hora, veía la televisión, leía los periódicos que ya habían llegado a la casa. No *Semana*, que la repartían a ciertos clientes especiales pero

a mí no. No tengo la menor idea por qué, al final eso cambió, pero al comienzo era así y sacaron varios números en contra de los Estados Unidos. En una sacaron la misma carátula, *Semana* con otra revista, las dos criticando a los Estados Unidos, pero claro *Semana* es buen referente y hay excelentes periodistas en Colombia, no cabe duda, y también personas con gran coraje que le han hecho frente al narcotráfico. Yo siempre trataba de llegar antes de que abriera la embajada, digamos que abría a las nueve y yo estaba ahí a las ocho y media y empezaba a leer los cables de Washington, informes de jefes de sección, etc., y empezaba con mis reuniones con mi gente, con reuniones de gente de afuera y trabajaba duro y parejo hasta la noche, y a veces bien entrada la noche. También hacía ejercicio casi todas las noches. Pero volviendo al asunto de cuál era la prueba (contra Samper), mire, es que estaba por todos lados y no pensé ni por un minuto que en Washington me mintieran a mí, que me dijeran esto y esto, y no, era todo embuste, no, esto era serio y era tan serio que había sido lanzado públicamente, es decir, era un secreto pero a voces, y no solo a voces sino con megáfono.

¿Y que Samper sabía?

Claro que sabía, claro que sabía, él es un tipo extraordinario, es decir, él aguantaba todo eso sabiendo cómo pensaba Estados Unidos sobre él, pero él es una persona que nunca le jaló mucho a Estados Unidos. Su esposa¹¹, por razones muy personales, odia a los Estados Unidos. El papá de ella fue americano, piloto americano, y él se casó con una mujer de Ibagué, de ahí nació Jacquin y la hermana. Después lo botaron

11 Jacquin Strouss Lucena, segunda esposa del presidente Samper. Economista de la Universidad de los Andes. Hija de María Inés Lucena y de Herbert Strouss, quien murió en Laos cuando ella tenía nueve años.

de Avianca porque la empresa se estaba deshaciendo de los pilotos extranjeros. Después se puso a volar carga dentro de Colombia y lo sacaron de ahí también por la misma razón: que ahora había pilotos colombianos. No era una cosa antiamericana. Entonces él se fue con la CIA a Camboya y en Camboya lo derrumbaron de un roquetazo y ahí murió, y Jacquin, que hablaba muy poco inglés, pero hablaba más que la pobre señora de Ibagué, su madre, tuvo que ir a la embajada a explicar que el padre de ella había muerto y que ellos querían los beneficios de veterano de guerra y lo logró, pero claro, la vida de Jacquin cambió, de haber sido una muchacha que iba al colegio Nueva Granada de repente se encontró en una situación económica muy reducida y le agarró una tirria a los Estados Unidos que todavía tiene.

¿Y este trámite de la pensión en qué año lo hizo?

En el año que supieron que el padre murió. Él fue a Camboya para trabajar para la CIA volando aviones para las guerrillas proamericanas, o anticomunistas, y en una de esas le volaron el avión y ahí murió.

Me decía que Noemí Sanín se portó bien con usted al llegar...

Me recibió de una manera muy querida. Ella es católica, yo soy católico, y me acuerdo que en nuestra primera reunión me invitó a rezar con ella para que las relaciones fueran mejores y lo hice con toda sinceridad; yo sabía que tiene un hermano que era cura, o tal vez dos. Fue en el despacho de ella. Yo recé privadamente, recé a mi modo y ella rezó a su modo.

Hablando de religión, ¿cuál es su religión?

Católico. Yo fui, creo, el primer embajador estadounidense católico practicante en Colombia. Antes habían sido

todos protestantes, a excepción de Diego Asencio, pero él no comulgaba, no iba a la iglesia. Yo le pedí a mi directora de protocolo, que se llamaba Cecilia Palacios de Carvajal, que en paz descansara, una gran señora, que me hiciera una lista de las iglesias más bonitas de Bogotá, y eran como veinte, de la época no tanto colonial, sino de fines del siglo XVII e inicios del XIX. Entonces teníamos esa lista y en la residencia, el domingo por la mañana, yo hacía cara o sello y escogíamos una de ellas. Yo tenía doce escoltas. Mandábamos un carro con escoltas a la iglesia que yo había escogido a ver si había algo; si no había nada, nos íbamos a esa la iglesia.

¿No importaba si estaba en un barrio humilde o no?

No importaba, con tal de que la iglesia fuera bonita. La gente nos acogió muy, muy bien, no es que alguien se parara, no, pero casi siempre el cura decía tenemos aquí al embajador de los Estados Unidos; mi esposa y yo comulgábamos, les encantaba eso. Toda la gente era muy gentil, yo les tomé mucho cariño.

¿Qué comida le gustaba del país?

Ah bueno, esa sopa, el ajiaco, fabuloso, las arepitas, todas las mañanas, sin falta. Y después de que yo salí de la embajada iba a visitar al personal de las residencias y siempre me tenían arepitas y café. Cecilia Palacios de Carvajal, ya jubilada de la embajada, me hacía citas para ver a diferentes personas, exfuncionarios, periodistas, y una de las visitas de rigor al personal de la embajada y nos íbamos a la cocina y hablábamos un poco de sus familias. Pero mire, esa gente nos siguió tan fielmente, con tanto cariño... La presión en Colombia es tremenda, lo pueden asesinar a uno, y entiende uno bien lo que está pasando. El día antes de irnos, regresamos de unas

fiestas, y ahí estaba todo el personal de la embajada; nos cantaron canciones y nos dieron unos regalitos. Y nos ayudaban también con la comida, teníamos a una mujer que nos hizo una lechona, un enorme cerdo lleno de arroz, delicioso, me encantó. Lo único que me hacía falta en Colombia era el ají, porque no se come mucho ají. En Chile yo comía con todo, no en el café, claro. Esa es otra gran diferencia, en Chile el café apesta porque ellos no tienen café y solo lo toman liofilizado.

Una cosa me pasó en Medellín la primera vez que estuve allá, que me cayó mal pero fue cocinada por los medios. Hubo una cena para mí de la Cámara de Comercio de Medellín. Fuimos a un hotel muy bonito y tenían una cena, claro típica de las cenas diplomáticas, mucha comida francesa, y le dije yo al *maitre* mire, yo he oído mucho hablar de la bandeja paisa, no sería posible servirme eso, y el tipo me dijo claro que sí, qué orgullo. Y me trajeron la bandeja y efectivamente era deliciosa. Pero sale una persona a los medios diciendo que yo había protestado en contra de la cena que me iban a servir, que era demasiado soberbio para comer lo que comían los otros comensales y que había insistido en comer la bandeja paisa, haciendo caso omiso del honor que me estaba haciendo la Cámara. Es decir, buscando algo donde no existía, pero ese era el clima. Me imagino que fue alguien de los medios que se inventó la historia, pero era muy típico del clima que me esperaba en Colombia en parte porque había mucha gente que creía que yo había sacado a Estados Unidos del acuerdo internacional del café. Es más, yo hice una vez una ponencia donde les di la cronología de todo eso. Nadie quería oír eso, y ahí se callaron.

Usted hizo con el personal de la residencia una fiesta de Halloween que fue famosa...

Sí, eso era en los días cuando (Carlos) Lleras de la Fuente¹² estaba como embajador en Washington. En un artículo periodístico me llamó el vampiro tratando de estrujarle sangre a los colombianos, indignadísimo. Quedamos admirados de que el Halloween se celebra mucho en Colombia. Nunca nadie me pudo dar una buena explicación por qué. El hecho es que mi esposa dijo bueno, lo vamos a celebrar para los niños de este vecindario de la residencia de la embajada. Yo me vestí como Drácula, Bárbara como una bruja, y el personal de la residencia, Marleny, por ejemplo, que era una de nuestras empleadas, hizo de cadáver en un ataúd en el sótano. Se veía muy bien porque lucía bastante pálida. Fue una gran fiesta. Invitamos al vecindario, entraban los niños y claro, les encantó porque todos nosotros disfrazados y yo los asustaba. Y entonces tocan a la puerta, la seguridad de afuera diciendo que está el ministro de Defensa, que quiere entrar a hablar conmigo y lo fui a recibir ¡fuaaaaaaa!, con colmillos, con capa, etc. Era (Fernando) Botero¹³. Entonces hablamos unos quince

12 Lleras de la Fuente se pronunció en Washington a raíz de una intervención de Frechette en esa ciudad quejándose de la falta de cooperación de Samper. De acuerdo con *El Tiempo*, Lleras afirmó que “la época en que han estado más contentos en los Estados Unidos por la lucha contra el narcotráfico ha sido aquella durante la cual han muerto miles y miles de compatriotas”.

13 Fernando Botero Zea, ministro de Defensa, director de la campaña presidencial del candidato liberal Ernesto Samper. Hijo del reconocido pintor Fernando Botero y de la exministra de Cultura Gloria Zea. Fue condenado por haber aceptado dineros del cartel de Cali. Cumplió tres de los cinco años de prisión a los que fue sentenciado. Se fugó a México, país en el que nació. Botero estudió Ciencias Políticas en la Universidad de los Andes y realizó estudios de posgrado en la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard. En 2007 la Corte Suprema de Justicia lo condenó por hurto agravado al comprobar que se apoderó de 285.000 dólares cuando era director

minutos y le pedí disculpas. Salió y claro, había medios afuera y les contó del vampiro. Fue muy divertido.

Su relación con la DEA, con la CIA con el FBI, ¿cómo era en general?

Bueno, el FBI trabaja como enlace de la gente del Departamento de Justicia con las agencias correspondientes en Colombia, ellos eran pocos, dos o tres, pero a veces recogían información muy importante en el trámite normal, no eran espías para nada. Cuando desaparecía un americano ellos tenían también que tratar de buscarlo. Tuvimos en cierto momento tres misioneros capturados creo por el ELN o el EPL, no creo que fueran las FARC, y la guerrilla los asesinó vilmente. Además yo pedí, como no soy abogado, que el Departamento de Justicia me mandara un asesor legal.

¿Para asunto de extradición?

Todo lo que tiene que ver con la ley, con la DEA...

¿Quién era su mano derecha entonces dentro de la embajada?

Yo tenía un número dos que se llama, digamos, el segundo jefe de la embajada. Tuve a O.P. Garza, un tipo de Texas. El hecho es que él es la persona que queda encargada cuando el embajador no está en el país.

de la campaña de Samper, dineros que invirtió en una finca cerca a Bogotá. En una entrevista al Canal RCN en febrero de ese año afirmó que Samper lo autorizó para que recibiera las contribuciones millonarias de los cabecillas del cartel de Cali. "Oye, Fer, va a tocar aceptar el dinero de esta gente", le dijo Samper, según Botero. A principios de 2009 recibió el beneficio de la libertad condicional por haber cumplido más de tres quintas partes de la condena por enriquecimiento ilícito y el hurto agravado. En la entrevista con RCN afirmó que sentía vergüenza de lo que había hecho.

Hay como un salón, una especie de *war room*, completamente aislado en la embajada donde se hacen reuniones delicadas adentro, ¿verdad?

Existen en todas las embajadas americanas. Es un sitio donde no hay micrófonos, para conversaciones reservadas, y no se puede oír afuera lo que se está hablando adentro.

CAPÍTULO 4

El álbum de la crisis (I)

Le voy a mencionar personajes de esa época, de esa crisis, para que me dé sus impresiones. Empecemos por César Gaviria.

Hoy todavía me acuerdo de las palabras de él (aquí Frechette imita a Gaviria hablando inglés con un marcado acento paisa, para lo cual usa la frase “Welcome to Colombia, welcome to the future, welcome to the Pereira town”, “Bienvenido a Colombia, bienvenido al futuro, bienvenido a la ciudad de Pereira”). Es un hombre supremamente capaz, un hombre que cree que cualquier situación se puede negociar. Sin embargo, un ejemplo de negociación que tengo es La Catedral¹⁴: en vez de decir vamos a acabar con Pablo Escobar, él, por el contrario, estuvo de acuerdo con que él se fuera a La Catedral y con

14 Nombre con el que se conoció la cárcel de Envigado, departamento de Antioquia, donde fue recluso el narcotraficante Pablo Escobar.

que no hubiera mayores juicios. Supuestamente Escobar fue a vivir ahí no sé cuánto tiempo, pero más o menos en prisión domiciliaria y claro, La Catedral era un palacete donde había prostitutas y toda la champaña y whisky y langostas que él y sus amigos desearan. Es que Gaviria había pensado que Escobar era tan blandengue que iba a aceptar eso, ¿cómo lo pudo haber pensado? Ahora con el proceso de paz, en un momento dado recientemente, Gaviria dice bueno, digamos que todos somos culpables y borrrón y cuenta nueva. ¿Sí o no?, eso es una exageración, pero ese fue el sentido de lo que dijo. Es un hombre que cree en ese tipo de acuerdos y en Colombia eso simplemente no sirve. Pero siempre fue un gran caballero conmigo, no obstante la vaciada.

Se cayó la grabadora...

Sí, demasiado entusiasmo.

Recientemente tuvieron una discusión porque usted decía que Gaviria sabía de los casetes.

Claro que sabía, y él dijo que no, que era una gran mentira.

¿Por qué usted sabía que él sabía?

No me acuerdo con exactitud, pero el hecho es que nunca lo dudé. Yo fui a escuchar al ministro de Defensa (Juan Carlos) Pinzón en una presentación en uno de los *think tank* (centro de estudios) de Washington y entonces, al final de la presentación, había ahí un 'pocotón' de periodistas colombianos, de *El Tiempo* y otros, y uno me hizo la pregunta ¿y usted qué cree? Eso no es verdad, dije, y ellos publicaron eso.

¿Y por qué cree que él lo ocultó?

No tengo la menor idea.

¿Cuándo supo que él sabía de los narcocasetes?

¡Uf!, hacía tiempo.

¿Y nunca le llegó a reclamar? ¿En ningún encuentro con él no le dijo presidente, usted por qué no abrió una investigación?

No, no porque acuérdesese que después de echarme la vaciada él salió de ser presidente.

Pero usted se encontraba con él en el mundo político.

Sí, pero mi desafío era con Samper, no era con Gaviria, es decir, uno no puede salir a darle bofetadas a todo el mundo, no es eso, el hecho es hacer las cosas inteligentemente y obtener los resultados que se requerían. Ya Gaviria era parte de la historia, ¿por qué miente?, no tengo la menor idea. El hecho es que me hicieron la pregunta y mi respuesta fue la verdad. A mí siempre me ha parecido que hacer ese tipo de aseveración totalmente falsa no ayuda en nada, y sobre todo de parte de una persona como Gaviria.

Álvaro Gómez Hurtado...¹⁵

Era muy de derecha, era un hombre que me inspiraba mucho... yo le tenía un gran respeto. Él discrepaba conmigo, no por mí personalmente, sino por la política de Estados Unidos y todo lo demás, y no tuvimos muchos encuentros, pero vi que era un hombre de gran solidez, un hombre que realmente era pensante y que decía lo que pensaba. También conocí al hermano, que era un senador, muy inteligente, pero una persona más tratable.

¿Por qué mucho más tratable, porque Álvaro Gómez no lo era?

Porque él no, él trataba de buscar algo más ideológico.

15 Álvaro Gómez Hurtado, líder del Partido Conservador, tres veces candidato presidencial, asesinado en noviembre de 1995.

¿Puntos comunes?

Sí, exacto. A Álvaro Gómez le interesaban más sus conclusiones y no tanto puntos comunes.

¿Qué recuerda así de ese comportamiento arrojado de Álvaro Gómez?

No me acuerdo. No me imaginaba que a Álvaro Gómez lo iban a asesinar. Fíjese que yo estaba con el director del DAS, Ramiro Bejarano, en el edificio de ese organismo, cuando llegó un funcionario a contarle del asesinato. Bejarano salió inmediatamente y yo regresé a la embajada para informar. Él se cortaba el pelo muy parecido a uno de los tres chiflados. Era muy, muy liberal. Hay que acordarse que la última vez que un presidente en Colombia fue elegido por un solo partido fue Ernesto Samper Pizano, pero nunca más, ya los partidos están en decadencia, los liberales, cada candidato hace su propia agrupación, Noemí Sanín, todo eso, y les ponen nombres y son agrupaciones, pero no son partidos.

Bejarano era de armas tomar como liberal, creía mucho en eso e incluso yo regresé a Colombia después de jubilado para hacer una ponencia y él me criticó mucho, aunque éramos amigos. Era una persona muy vivaracha, muy inteligente y rápido, rápido, sus conexiones mentales eran rapidísimas y yo nunca pude tener total confianza en él por la simple razón de que era una persona más liberal que colombiana, ¿me entiende? Él lo que quería era que el partido saliera adelante y todas las críticas a Samper las veía como críticas que le hacían daño al liberalismo, y creo que sigue en las mismas. Eso es de lo que me acuerdo de Ramiro. Eso sí, su reacción cuando entró el tipo y nos dijo, cuando estábamos él y yo juntos, que había muerto Álvaro Gómez Hurtado, fue inmediata; se paró de un salto y me dijo me tengo que ir. Nunca dudé de la capacidad

de él como liberal, como político, como colombiano, pero no era una persona que se sentía cómoda trabajando mancomunadamente con Estados Unidos. Néstor Humberto¹⁶ tampoco, pero sin embargo le digo, por el sentido del humor y porque tanto despachamos él y yo, muchos más que Ramiro. En fin, Álvaro Gómez era una persona recta pero muy de derecha. La familia de Álvaro Gómez Hurtado siempre pensó que como los americanos saben todo lo que pasa en Colombia, yo tenía que saber y vino varias veces Enrique Gómez Hurtado a pedirme encarecidamente, a rogarme, que yo le dijera quién había sido y yo tenía que decir que no sabía. La hija de Álvaro Gómez Hurtado también me lo pidió y creo que todavía deben creer que yo sé o los Estados Unidos saben. Fue una cosa muy penosa porque era un hombre de derecha, pero era un hombre honesto. Creo que ese magnicidio fue una cosa terrible para Colombia pero también lo fue el asesinato de Jaime Garzón, de quien fui amigo.

¿Y cuál hipótesis manejó en ese momento el gobierno de Estados Unidos de la muerte de Álvaro Gómez?

Pues no sabíamos y no íbamos a dedicar ningún tiempo en tratar de averiguar, no tenía nada que ver con las relaciones bilaterales, era un asunto totalmente colombiano, nosotros teníamos las manos llenas con trabajar contra el narcotráfico y tratar de fortalecer el sistema judicial en Colombia, así es que no hicimos ninguna investigación, ninguna.

¿Y de acuerdo con lo que usted escuchaba y de su experiencia de sus contactos, al final con qué impresión quedó?, ¿quién estaba detrás de ese asesinato?

16 Néstor Humberto Martínez, ministro de Justicia de Samper.

Yo lo he dicho públicamente: creo que fueron militares, probablemente en retiro, y que lo que hicieron porque ellos le habían pedido a Álvaro Gómez que encabezara un gobierno que sería formado después de un golpe de Estado contra Samper. ¿Se acuerda de la carátula de *Semana* con el titular “Ruido de sables”?, el general Bedoya¹⁷, todo eso. Yo creo que ellos, los militares jubilados, le pidieron a él que encabezara ese gobierno y él lo ponderó por un tiempo, le puso cabeza pero finalmente dijo que no, entonces fue que lo mataron. No tan solo por desquitarse, por lo que ellos consideraban una traición, sino también para cerrarle la boca, porque si por alguna razón el gobierno hubiera podido jalarle la lengua de pronto se van todos ellos al calabozo.

¿Y esa versión que surgió recientemente de que Samper estaba involucrado en eso?

No lo creo, no lo creo. Mire, Samper puede ser muchas cosas, pero no un asesino. Simplemente no lo creo, no le puedo decir por qué... pero yo tengo un sentido y cuando conozco a alguien siento de lo que es capaz de hacer, y yo he conocido personas en mi carrera que eran capaces de mandar a matar a alguien, pero Samper no creo; ahora, eso de “a mis espaldas” es otra cosa. Él es una persona sin escrúpulos, claro, un mentiroso que le aceptó dinero a los narcos.

17 Harold Bedoya, comandante del Ejército nombrado por Botero en contravía de Samper. Botero consideraba que se debía tener un hombre fuerte frente a la guerrilla si se pensaba en acuerdos de paz. Samper no confiaba en él y terminó pidiéndole la baja. “El problema de Bedoya, que empezó a aparecer muy pronto, era que actuaba en solitario y con una obstinación rayana en el autismo; no era un jugador de equipo”, escribió Samper en su libro, Op. cit., p. 64. Bedoya salió del Ejército en agosto de 1997.

Óscar Naranjo...¹⁸

Ah, gran personaje, gran personaje, inteligente, hijo de un jefe de la Policía. Como yo le conté, mi tío fue jefe general de los carabineros de Chile, yo siempre tengo una gran admiración por los militares y la policía porque son unas instituciones muy fuertes, en cualquier democracia. Tienen que existir y tienen que ser respetados, yo nunca he estado en un país donde se respetaba menos a los militares y a los policías que en Colombia; yo iba a recepciones en otras embajadas y ni un solo 'milico', ni un solo policía, yo los invitaba a mi residencia porque creí que era una institución importante.

Acláreme eso, ¿comparativamente en Colombia se respeta o se respetaba menos a la Policía y al Ejército que en otros países de la región?

No, es que no representaban ostensiblemente el mismo papel público. Usted va a una reunión en Chile, del gobierno, ahí hay varios militares, ahí hay carabineros, es una indicación de que son aceptados como una institución al mismo nivel que otras partes del gobierno, mientras que en Colombia todo el mundo le hace la venia, todo el mundo sabe que esos defienden a la patria pero están aquí y los otros están allá.

Pero eso nos lleva a otro tema, su impresión de la oligarquía colombiana...

Bueno, en primer lugar los colombianos son anglófilos, tremendamente anglófilos. Hoy en día el propio Juan Manuel

18 Cuando Frechette llegó a Colombia, Óscar Naranjo Trujillo se destacaba como un oficial que quería darle un mayor énfasis al trabajo de inteligencia y contrainteligencia de la Policía Nacional. Su participación en el desmantelamiento de los carteles de Medellín y Cali fue reconocida y premiada por los gobiernos de Colombia y Estados Unidos. El general Naranjo fue director de la Policía de 2007 a 2012.

Santos es un anglófilo, escribió un libro con Tony Blair y se fue a estudiar Economía a la London School of Economics. Hay una calle allá en Bogotá donde hay una serie de casas estilo Tudor, es decir, el respeto que hay por los ingleses en Colombia entre las oligarquías es mucho mayor que por Estados Unidos, aunque Estados Unidos tenga mucho más poder; me acuerdo del primer embajador colombiano que conocí, Jaime García Parra, que era una gran persona, muy inteligente y conservador, pero proinglés a morir.

Ahora es más de estilo americano, los yupis colombianos se vienen a estudiar acá, no a Europa ni a Inglaterra.

Sí, sí, sí, pero la oligarquía, es decir los grandes cacaos, son anglófilos.

¿Y qué otras características ve usted?, ¿porqué eso de no invitar a militares es porque los militares no son del estatus social de la oligarquía, eso podría explicar también que no estuvieran presentes?

Claro, claro, pero en Chile tampoco son del mismo estatus, en ningún país son del mismo estatus que los políticos.

¿En Brasil?

No, al contrario, los más blancos en el Brasil están en la Armada, los que son un poco más café con leche están en la Fuerza Aérea y los más oscuros están en el Ejército.

En Colombia la más elitista es la Armada...

Sí, puede ser. Es igual en Chile, es igual en Perú, en todo lo demás pero es que, mire, había un tiempo, tal vez en el siglo XIX, cuando una familia de bien metía a un hijo como cura y a un hijo como militar, eso se acabó.

¿Usted conoce alguna sociedad tan clasista o más clasista que la colombiana?

Bueno, no, pero esto no quiere decir que no exista, yo no he estado en todos los países del mundo, pero en Colombia es increíble. Mire, los colombianos son queridos, muy queridos y nos trataron muy bien, tenemos excelentes recuerdos, pero maman gallo, 'ponen conejo', hacen plata ilegal con el narcotráfico. Me acuerdo de Pastor Perafán¹⁹ con el baúl de fotos que trajo de él con todos los grandes personajes de la aristocracia colombiana. Llevaba una bufanda que le llegaba a las patas. Hace algunos años muchos colombianos aún en la aristocracia hacían mucha plata del narcotráfico hasta que finalmente la cosa se fue secando, ellos se empezaron a dar cuenta de que era una cosa realmente criminal y que le hacía daño al país. Yo he conocido a colombianos que en un tiempo se le acercaban narcos y le decían mira, dame mil dólares como participación en un cargamento de cocaína y te regreso diez mil después de vendido en Estados Unidos, y ellos ponían la plata. Era igual que los colonos americanos en Estados Unidos bajo los ingleses que se juntaban para hacer un cargamento para mandarlo a Inglaterra y después se repartían lo que habían ganado. En Colombia era igual, y no solo eso, sino que gente de la alta sociedad todavía en este momento hacen fiesta con cocaína en su casa, pero dicen ah, pero no somos ni adictos ni narcotraficantes.

Ese era otro problema que había en el debate durante el proceso 8.000; yo veía que muchos de los personajes que estaban atacando al gobierno por estar en complicidad con

19 Justo Pastor Perafán, narcotraficante convicto en Estados Unidos. Fue jefe de una organización de narcotráfico que operaba en la capital colombiana y el departamento del Cauca. Se codeó con las élites social y política colombiana. Era asiduo visitante de clubes y centros sociales de la capital. Fue detenido en Venezuela y enviado a Colombia. Tenía negocios de hotelería, construcción y siderurgia.

el narcotráfico eran drogadictos, tanto en periodismo como en política. ¿Usted cómo veía eso?

Bueno, que Colombia era un país nadando en narcotráfico y estaba infectando todo. Yo sí creo que en un momento dado Colombia se iba por el caño pa abajo.

¿Recuerda cuál es el momento más crítico de ese escenario?

Hay varias cosas que decir, acuérdesse que nosotros, Estados Unidos, no podíamos darles ayuda a los militares por las violaciones de derechos humanos. Hasta cuando llegó el momento en que Estados Unidos decidió meter la cuchara en Colombia para combatir el narcotráfico, y le propusimos a los militares que trabajaran con nosotros. Les daríamos equipo, entrenamiento y todo lo demás. Los militares no duraron mucho en contestarnos que no, por dos razones: una, que luchar contra el narcotráfico causaba corrupción dentro del estamento militar, era un poco como decirle a una prostituta mira, tápate el rabo; y número dos, y lo dijeron claramente a Estados Unidos, ustedes tienen una injerencia demasiado pesada en derechos humanos, ustedes siempre andan buscando violaciones de derechos humanos, nosotros no nos vamos a meter. Entonces nos fuimos a la Policía y les dijimos qué tal. La Policía agarró la batuta inmediatamente y empezamos a darle equipo, aviones, entrenamiento de fuerzas especiales para que pudiera lidiar contra el narcotráfico. Cuando llegué a Colombia la fuerza aérea de la Policía era más grande que la Fuerza Aérea Colombiana y la envidia que le tenían las otras fuerzas a la Policía era palpable porque los gringos le daban cualquier cosa a la Policía, y a ellos muy poco. Mire, es por eso que estuvimos casados con los policías y es por eso que me ordenaron en Washington que teníamos

que poner a Rosso José como jefe de la Policía, porque si no nos íbamos a hundir.

¿Ustedes estaban convencidos de que Serrano era una persona honesta que no tenía tratos con los narcos?

Sí, hay gente que tenía dudas. Pero mire, Serrano despidió a cinco mil policías por corrupción, y él me dijo sabe, embajador, a mí me va a matar un expolicía, no me van a matar los narcos, y se fue cuando terminó su periodo como jefe de la Policía como agregado o embajador en Viena. Pero yo se lo dije al presidente Samper, si usted quiere tener buenas relaciones y cooperación con Estados Unidos tiene que sacar a Vargas de ese puesto y tiene que poner a Rosso José, y le insistí y le insistí. Iba a verlo cada mes y para diciembre me dijo ya he nombrado a Rosso José Serrano y Vargas se va a España como agregado policiaco para la Unión Europea.

Volvamos al perfil de Óscar Naranjo...

Ah, supremamente inteligente. Yo me reuní muchas veces con él y con Rosso José para hablar de la lucha antinarcóticos. Naranjo era jefe de inteligencia, supremamente inteligente, muy decente, un hombre diferente de Rosso José que era una persona muy de clase media, buena gente, yo jugaba tenis con él y me ganaba todo el tiempo porque era chaparro pero rápido; Naranjo tiene un gran cerebro.

Con muy buenas relaciones con la CIA...

Sí, claro. Con todos los elementos de nuestra embajada.

Y él iba a contarle a usted lo que estaba ocurriendo en el país porque han salido algunos WikiLeaks que reflejan que él es uno de los asiduos visitantes de la embajada para hacer una composición del lugar a los embajadores y a los funcionarios.

Él fue jefe de inteligencia de la Policía en mi tiempo y nosotros lo buscábamos para saber cuál era la opinión de él, además él tenía mejor tino de lo que estaba pasando en Colombia por ser colombiano, así es que totalmente normal. Yo despachaba muy poco con Rosso José y con Naranjo en el cuartel de la Policía, lo hacía en mi residencia, en la biblioteca, que era mucho más discreto. Otra persona con la cual yo despachaba en mi residencia era Botero, él venía con sus tres maletas hechas de cuero de qué sé yo, unas maletas hechas en Italia, carísimas, donde tenía todas sus computadoras de las cosas legales e ilegales que había hecho. Usted sabe, Botero desde un comienzo fue criado mal, fue criado por su padre y su madre, Gloria Zea, para que fuera presidente de Colombia. Ellos lo mandaron a Harvard, sacó un MBA, sacó una maestría en Administración Pública, hablaba muy bien inglés, inteligentísimo. Cuando despachábamos él iba tomando notas con su computadora y me contó la esposa, él tuvo una esposa muy bonita que era de una familia que vendía objetos de arte, tenía unos hermanos y ella era muy bonita, vivían muy cerca de la residencia; ella me contó que él dormía con las maletas al lado de la cama, en su oficina, las maletas estaban a un lado, ahí estaban todos los secretos y las suciedades de Fernando Botero.

¿Usted nunca escuchó cosas de Naranjo, por ejemplo, de alianzas con un cartel para combatir a otro?

Sí, pero la cosa es que yo no mido a las personas de esa manera, yo estaba en Colombia para hacer lo que me pedían, yo tenía que tener aliados y había dos hombres de armas tomar, Serrano y Naranjo, pero también Vargas Lleras, que hizo mucho para reintroducir la extradición en el Congreso. Yo lo veo simplemente en términos de mi misión: cumplir lo que quería Washington, que quería que Colombia se pusiera

las botas y declarara firmemente que estaba en contra del narcotráfico y del crimen organizado, y que trabajara con nosotros, esa era la tarea y ellos creían lo mismo, estaban dispuestos a hacer lo mismo. Muchas historias me llegaron, muchas historias, pero la cosa es que uno no puede darse el lujo de decir bueno he oído esto, de pronto no vaya a ser, no, yo hablaba con ellos y había resultados, eso es lo que yo pedía.

La lectura que muchos le dieron a eso, y fue la expresión más gráfica en su momento, es que Frechette cogió por las bolas a Samper y logró lo que quería porque sabía que le conocían todo, e incluso en algún momento lo iban a mencionar en el encausamiento contra el cartel de Cali en Miami.

Yo nunca me preocupé mucho... mire, es que Colombia es un hervidero de historias, todo el mundo le cuenta cosas a uno y uno no puede ponerse a juzgar. Eso sí, yo desconfiaba de toda la gente que me mentía y yo sabía quién estaba mintiendo, Samper entre ellos. Uno no puede ir a decir no quiero nada contigo, a ti te acusan de haber hecho esto.

Cuando usted dice “despachaba” con Botero en su casa, ¿qué quiere decir?

Sobre todo lo que estábamos haciendo con la defensa, la lucha antinarcóticos, la guerrilla, teníamos mil cosas, yo tenía más que ver con el Ministerio de Defensa y la Policía que con casi cualquier otro ministro.

¿Y cómo era el tono suyo, era de exijo que se haga esto o por qué no hacemos esto?

No, no, nunca. Yo decía ¿por qué no hacemos esto?, y siempre era muy franco en decirles mire, yo tengo instrucciones de

Washington de tratar de hacer esto, quisiera hacerlo, quiero que ustedes sepan cuáles son mis instrucciones de hacer esto.

¿Y si no se hacía qué pasaba?

Bueno, eso lo dejaba yo así, colgando en el espacio, yo no soy una persona a la que le gusta decirle a un ministro de otro país que vamos hacer esto o lo otro. La única cosa con la que yo pude amenazar fue con la descertificación y ahí Samper me mamó gallo. Rodrigo Pardo, no es que me mamó gallo, pero nunca creyó que Estados Unidos pudiera descertificar a Colombia, y cuando llegó el día en que se descertificó a Colombia, yo creo que hablé por teléfono con él y me pareció que se había caído o al suelo o a su cama porque era muy temprano en la mañana, no sé si es verdad, pero su silencio me dio esa es impresión, obviamente quedó totalmente sorprendido. Pero el objetivo de la descertificación es darle un campanazo al gobierno de que tiene que rectificar su actuación para que, si no ha hecho lo suficiente, el año que viene le podíamos dar una descertificación pero no aplicarla. En inglés eso se llama un *waiver*.

¿Pero qué había dejado de hacer Colombia, si en ese momento Samper estaba siguiendo las instrucciones?

Estaban empujando con la barriga, hacían lo mínimo posible, lo mínimo. Porque nos les gustaba, porque algunos recibían plata de los narcotraficantes, es decir, un millón de razones, pero simplemente no querían enfrentarse a eso, había algunos que entendían el poder del narcotráfico en Colombia, otros no.

Volvamos al perfil de Fernando Botero, ¿usted siempre confió en él o había algo de él que no le despertaba confianza?

No, no, él era, no tengo la palabra en español, era una persona de una manera de hablar demasiado fácil, yo siempre desconfío de una persona que puede hablar sobre cualquier cosa, hasta que yo pueda cerciorarme de que es una persona honesta. Y entonces empecé a escarbar y llegué a la conclusión que le di a usted, que Gloria Zea y Botero padre habían criado a este niño para que creyera que iba a ser el presidente de Colombia y nunca le criticaron nada.

Pero usted lo llevaba a su casa. Llevarlo a casa de un embajador era ya un voto de confianza...

Sí, señor. Es que yo tenía que tener el máximo de confianza posible con la gente con la que tenía que hacer mi trabajo, no era cuestión de que yo le creía cien por ciento todo lo que me decía, pero tenía que hablar con él, tratar de convencerlo, obtener su reacción y también venderle la posición de mi gobierno, eso es muy complejo.

¿Y no hablaban del 8.000²⁰ cuando se reunían?

Sí, claro.

¿Y cuál era la posición de él?

Que no era con él la cosa.

¿Entonces con quién?

Qué sé yo, pero acuérdesese, yo soy embajador y mi afán es conseguir la cooperación colombiana, no es hacer una investigación de los colombianos y yo sé que la historia de Gloria Zea es una historia que me toca el corazón, la hija ilegítima de un señor con mucha plata con una prostituta y ella hizo una gran tarea y cuando Fernando Botero estaba en prisión

20 Número que se le asignó al proceso de la filtración de dineros del narcotráfico en la política, el ejército, la policía, la farándula y el deporte en Colombia.

en un cuartel cerca de mi residencia, vino Gloria Zea siempre protegiendo a su hijo y me dijo: me dice Fernando que él le cuenta todo a usted con tal de que haga algo para que no lo condenen. Le contesté: muy simple, que me diga la verdad. Regresó a la semana con un escrito que era una chambonada, basura, puras tonterías, le dije esto no es suficiente, Gloria, lo siento mucho; se puso a llorar. Se fue y regresó a las tres semanas con más mentiras, otro basurero. En esa época me fui enterando de que Botero tenía tres amantes en la prisión y que a las tres les había dicho, de una manera parecida al hermano de Hillary Clinton, que se iba a casar con ellas²¹.

¿Y usted qué logró de Fernando Botero cuando era ministro de Defensa?

Bueno, él en ciertas cosas hacía exactamente lo que habíamos acordado, el gran detalle con él era quién había aceptado la plata, yo creo que fue él, pero ahí hubo varias zozobras, usted sabe que Néstor Humberto Martínez Neira renunció repentinamente, ahí hubo algo, yo siempre he pensado que hubo alguna intentona de parte de Samper de pasarle el muerto a Néstor Humberto y entonces él se retiró del gobierno, un tipo muy inteligente. Néstor Humberto no es en absoluto proamericano, pero tampoco es una persona que anda gritando que Estadós Unidos no sirve para nada.

Déjeme entender bien, aunque pueda ser una cosa muy pragmática: usted está lidiando con Botero, el hombre que aparecía en los narcocasetes como uno de los que estaba canalizando el dinero del narcotráfico. ¿Qué le da a usted confianza para llevar a su casa a un tipo que es enlace de una campaña con los carteles?

21 Anécdota que el exembajador cuenta en otra parte de la entrevista.

Él era el ministro de Defensa de Colombia y yo tenía que obtener resultados. Él era mi conducto para obtener ese resultado; muchos de los generales eran brutísimos y yo no despachaba con generales, yo despachaba con el ministro, yo soy representante del presidente de los Estados Unidos. No era que los despreciara, incluso fui a tirar al blanco con Bonnet²², el general Bonnet, hablé mucho con Bedoya, pero me di cuenta de que los dos eran incapaces, que no sabían qué diablos hacer, el Ejército colombiano se había vuelto una fuerza de cuartel incapaz de hacerle frente a la guerrilla.

¿Y qué buscaba Fernando Botero con usted, congraciarse nada más?

Claro, hacer la cooperación y creo que taparme un poco los ojos sobre la cuestión de la plata tratando de darme cooperación. De vez en cuando me daba un regalito de información, pero yo nunca confié totalmente en él aunque tenía que trabajar con él, es que cuando uno es embajador y le dicen saque resultados, usted tiene que meterse en un engranaje con los ministros responsables.

¿En qué términos hablaba Botero de Samper cuando ustedes se reunían?

Yo siempre hablaba con respeto y él también.

¿Él nunca le decía yo no confié en Samper?

No, no, y yo nunca le pregunté, a mí me parecía un atrevimiento. Yo reporté todo esto a Washington. Iba muy a menudo a ver a todos los ministros con los cuales teníamos problemas o temas conjuntos porque esa era la única manera de hacer algo. El gabinete de Samper no trabajaba en equipo.

22 Manuel José Bonnet Locarno, comandante del Ejército de diciembre de 1996 a julio de 1997.

¿Cuál es su impresión del presidente López Michelsen?

Lo conocí tan poco que nada. Leí muy poco de sus escritos porque no me ayudaban a entender a los colombianos.

¿Y de su hijo Felipe López, director y dueño de *Semana*?

Me pareció un tipo de la clase alta con un sentido elevado de su propia inteligencia y de la importancia de *Semana*. No me interesaba ser gran amigo de él, sabía que *Semana* estaba dándome coñazos cuando podía, así es que lo traté con respeto. Pero le repito, no era mi tarea ir a Colombia a darle coñazos a medio mundo que criticaba a Estados Unidos. Mi objetivo era obtener cooperación.

Y hablando del amor por Inglaterra, él era uno de los grandes anglófilos de Colombia...

Los colombianos, en términos de las corbatas, les encanta las Hermes de París, esa es una seña de ser de cierta posición, pagan un dineral por esas corbatas que además no son muy bonitas pero qué va, pregúntele a (Antonio) Caballero, que escribió que yo andaba con corbatas de payaso.

¿Qué opinión tiene de él?

Hablé con él personalmente solo una vez. Leía su columna, sabía cuál era su posición, pero es un tipo muy provinciano, muy pero muy pero muy provinciano, si él supiera cuán provinciano es. Me acuerdo de un artículo de él donde habla con gran asombro del hecho de que él y su hijo fueron a comer una hamburguesa en Nueva York y encontró que la hamburguesa era buena, imagínese una columna entera hablando pestes del país que él odia, los Estados Unidos, qué oso.

¿Pero solamente por el caso de la hamburguesa o recuerda otras cosas?

No, no, también yo pensé que un tipo que anda insultando a un embajador por las corbatas es realmente un tipo de muy baja cultura, que esas son cosas que hace una persona de baja cultura o un criminal de esquina.

Es uno de los columnistas más respetados y uno de los más leídos en Colombia...

Yo sé, qué lástima para los colombianos, ese señor era una vergüenza.

¿Y por qué le molestaba lo de las corbatas?

Porque me parece una crítica totalmente ridícula, a mí no me importa que él crea que la corbata es de payaso, yo la compré, me gustaba a mí, no era una corbata estafalaria, pero no era Hermes. Qué diablos, es decir, estamos hablando de una cosa tan baja, es como dos empleadas en una casa diciendo ¿vio?, ¿vio la corbata del jefe?

¿Y no era una burla como la que usted, con su buen humor, también podría hacer por ejemplo de esta ministra que dice que tiene la boquita como un culo de gallina?

Bueno sí, pero no escribí un artículo sobre eso, se lo dije a usted privadamente y se lo digo a mi esposa, porque creo que ella es, número uno, inteligente, ha sido muy eficaz y también muy bonita.

CAPÍTULO 5

El álbum de la crisis (II)

Andrés Pastrana...

Buena gente (pausa larga), no es un gran intelectual, pongámoslo así, pero es un hombre de armas tomar, de buena voluntad, que trató de hacer lo mejor que pudo y le doy mucho crédito por haber decidido revelar los narcocasetes.

¿Usted cree que él manejó bien el asunto de los narcocasetes?

Bueno, no sé si lo manejó bien o mal, pero el hecho es que él ordenó que se sacaran y se sacaron, y fue Morenito (Luis Alberto Moreno) el encargado de pasarlos.

Hay una versión de que esos casetes salieron de la embajada de Estados Unidos, que los entregó el gobierno de Estados Unidos²³.

23 El periodista Gonzalo Guillén me dijo para este libro que él recibió un juego de las grabaciones y documentos de manos de un funcionario

No, es ridículo, si hubiera sido de alguna manera verdad yo lo hubiera sabido. Le puedo asegurar que yo trabajaba muy mancomunadamente con la CIA y con la DEA y todo lo demás, a tal punto que la DEA se quejó. A Pastrana lo vi como una persona muy triste, en mi tiempo de vez en cuando nos invitaban a almorzar con él y otros, a veces él llegaba buscando, me parecía, que yo me quejara de Samper, y yo no creía tampoco que a mí me tocara como embajador de Estados Unidos andar por círculos de la sociedad quejándome de Samper. Si él hacía una cosa que era pública, que era contra la política de nosotros, yo lo decía, pero no quería meterme en pelea de comadres.

¿Cuándo fue el primer pronunciamiento que usted hizo para criticar a Samper y decirle que su campaña estaba financiada con dineros del narcotráfico?

Yo nunca le dije que su campaña estaba financiada, eso era un problema ya ultrapasado, todo el mundo lo sabía, yo lo sabía, él sabía que yo sabía.

Pero, digamos, ¿cuál fue su primer pronunciamiento crítico?

Mire, los medios me seguían como abejas al azúcar. Cada vez que yo salía de despachar con algún ministro, ¡fuá! veinte periodistas, y cada uno quería hacerme la misma pregunta porque él quería que su canal o su periódico publicara esa vaina y me decían ¿y qué piensa de la cooperación con Estados Unidos?, no es suficiente, mi gobierno cree que tiene que

estadounidense que trabajaba en la embajada de Estados Unidos. En su libro *Memorias olvidadas*, el expresidente Pastrana asegura que recibió los casetes del oficial de inteligencia la Policía Carlos Barragán Galindo, que trabajaba hombro a hombro con la DEA en la intercepción de comunicaciones del cartel de Cali.

aumentar, estamos dispuestos a poner mucha plata aquí, a trabajar mancomunadamente, pero tiene que haber más esfuerzo de contrapartida. Esa era mi línea de siempre, no varió nunca y eso, claro, se publicó en los periódicos, así que yo nunca tuve que decirle nada a Samper, estoy seguro que él lo sabía.

Embajador, ¿era proporcional toda la intromisión de Estados Unidos y de usted en Colombia en esos momentos por la suma de dinero que estaba invirtiendo su gobierno en ayuda para la guerra contra las drogas? Es que cada vez que yo le pregunto a usted por qué hicieron esto o por qué lo otro, usted me dice que porque estaban metiendo mucha plata en el país, pero en su momento no era mucho²⁴.

Entiendo la pregunta. Mire, la ayuda de Estados Unidos no era simplemente una maleta llena de plata, era equipos, era entrenamiento, era compartir procedimientos, cosas que en Colombia no se habían hecho antes y eran esenciales. Digamos, nosotros ponemos un dólar y los colombianos gasten dos, pero Colombia no hubiera hecho nada sin la ayuda de Estados Unidos, porque no habían desarrollado las técnicas y no habían utilizado esos equipos. Y siempre querían más helicópteros. Entonces la ayuda de Estados Unidos fungió como una especie de fertilizante, sin eso los colombianos seguirían como antes. Cuando yo llegué a Colombia los abogados decían que la Policía funciona muy bien cuando lo agarran a uno con las manos en la masa, pero no hay suficientes policías como para brindarle seguridad al pueblo colombiano y por eso es que hay tipos con escopetas en frente de todos los almacenes

24 En julio de 1994, el senador Jessie Helms pidió al Congreso que suspendiera una partida de US\$30 millones que recibía Colombia para la lucha contra el narcotráfico.

y los edificios grandes, y el hecho es que el trabajo de detective que hacen ustedes en Estados Unidos todavía no se practica aquí. Además, el sistema judicial es tan ineficiente que es muy difícil utilizar ese tipo de pruebas. Entonces la ayuda de Estados Unidos puede que no haya sido del mismo monto de lo que invirtió Colombia, pero después de todo Colombia es Colombia y tiene que pagar por las cosas que hace. Pero sin ese fertilizante de Estados Unidos yo le apuesto que no hubiera funcionado.

Enrique Santos Calderón...²⁵

Ah, Enriquito me gusta mucho. Hablan mal de él. Pero cuando estuvo como director en *El Tiempo* él siempre me trató muy bien, tuvimos muchas conversaciones, me hizo muchas entrevistas. Siempre me pareció una persona de una gran y aguda inteligencia. Me gusta hasta este momento. Tengo buena impresión de él. No concuerdo con todas sus ideas políticas. Cuando hablábamos de Colombia me daba ideas que yo no había podido extraer por sí solo y yo las pensaba y las repensaba y las analizaba y a veces las rechazaba pero a veces también las adoptaba porque creía que el análisis era correcto.

¿Él era parte de los Conspiretas, como los llamaba Samper?

Sí, claro.

Que se reunían en la casa de...

De Garzón, él, Valdivieso, este tipo que fue ministro de Economía con un nombre inglés, Rudolf Hommes. Ahí no se estaba hablando de conspirar contra Samper.

²⁵ Influyente columnista de *El Tiempo*, luego codirector del diario. Fundó la revista *Alternativa*. Es hermano del presidente Juan Manuel Santos.

¿Con Hernando Santos²⁶, quien apoyó mucho a Samper, no tuvo ninguna relación?

No, me invitaba de vez en cuando a esas reuniones del clan de los Santos, un montón de personas y el viejo Santos, que le encantaba criticarme en mi cara en frente de esa gente. Pero es una persona de edad, era más viejo que yo, era en su casa y yo creo que la gente sabía que si yo no le daba una respuesta no era porque le tenía miedo o porque él tuviera la razón, simplemente una cortesía para un señor de quien yo era su anfitrión.

¿Eran muy provocadores los comentarios?

A veces tenían algo de verdad, otras veces eran estrafalarios, cosas ya de viejo, ya que se empiezan a correr las correas dentro de su mente.

El fiscal Valdivieso...

Alfonso y yo somos buenos amigos. Cuando yo llegué era De Greiff²⁷, el fiscal, un pronarcotraficante de primera que

26 Director de *El Tiempo*, padre del exvicepresidente Francisco Santos Calderón. Dice Ernesto Samper sobre él: "Hernando Santos, por su parte fue mi mejor y más noble aliado a lo largo del gobierno. Era de esas personas que por estar por encima del bien y del mal, se la puede jugar sin esguinces, como se la jugó conmigo". Op. cit., p. 160.

27 Gustavo de Greiff, primer fiscal de Colombia. Fue nombrado en 1991. La embajada de Estados Unidos le retiró la visa aduciendo que tenía vínculos con el narcotráfico. Como fiscal, promovió la legalización de la droga y acusó a los drogadictos de Estados Unidos de ser los responsables principales del problema del narcotráfico. Estas posiciones enfurecieron a la entonces fiscal de Estados Unidos, Janet Reno. La relación se enturbió aún más cuando De Greiff escribió un memorando a un juez federal en Nueva York informando que su despacho no tenía pruebas de que Dandenis Muñoz, alias 'la Quica', hubiera participado en el atentado al avión de Avianca ocurrido en noviembre de 1989 y por el cual Muñoz afrontaba cargos en Estados Unidos. El 22 de octubre de 1995, junto con el periodista Juan Tamayo, el autor publicó en los periódicos *El Nuevo Herald* y *The Miami Herald* un artículo que revelaba que una testigo de Estados Unidos aseguró que De Greiff se dejó chantajear del narcotraficante Joaquín Builes, de quien De Greiff había sido socio en una mina de oro. Builes, quien estaba

finalmente tuvo que irse a vivir a México, donde, como embajador, hacía ponencias en pro del narcotráfico y yo me fui a quejar ante Samper, y le dije ¿esta es la política de Colombia? Y me dijo que en Colombia no les exigían a los embajadores que siguieran la línea del gobierno. Yo le dije a Samper usted me ha dicho muchas veces que está contra el narcotráfico.

¿Pero De Greiff decía que estaba a favor del narcotráfico?

Decía que todas las políticas estaban erradas.

Pero eso no es estar a favor del narcotráfico...

Bueno, pero en resumidas cuentas estaba a favor del narcotráfico. Él no quería hacer nada en contra del narcotráfico. Es decir, si usted ve a una persona asesinando al vecino y no hace nada, usted pudo haber delatado y no lo hizo. Él no trabajó para nada con nosotros. Él exigía que todas las acusaciones, porque no teníamos extradición, se juzgaran en Colombia y pedía todos los cargos de los Estados Unidos. En Estados Unidos le dábamos diecisiete cargos (contra una persona), y decía este no es crimen en Colombia, esta es una exageración, total quedaban con dos o tres cargos. Si había un juicio, al tipo le daban seis meses, un año.

¿Pero qué indicios pueden deducirse de eso? ¿Lo hacía por convicción o porque estaba en la nómina de los narcotraficantes?

No lo sé, de pronto lo estaba, pero no lo sé a ciencia cierta, lo que sé es que impedía enormemente la cooperación entre

en prisión en Colombia, amenazó al fiscal con revelar la relación con él si no lo dejaba libre. El narcotraficante fue liberado a finales de 1993. El testimonio de Victoria Uribe, una coleccionista de arte, se produjo durante el juicio a la Quica. Cuando el abogado defensor presentó una objeción contra el testimonio el juez del caso la rechazó y dijo que De Greiff podía ser considerado un coacusado en ese juicio. De Greiff calificó de difamatorias las declaraciones de la testigo.

Colombia y Estados Unidos para luchar contra el narcotráfico. Él, a nuestro juicio, hacía todo lo que podía para no juzgar a nadie con las pruebas de Estados Unidos y dejar que fueran condenados por unos periodos irrisorios.

¿Conoció a Mónica de Greiff²⁸, su hija?, ¿qué impresión tiene de ella?

Ella es bastante inteligente y ha tenido puestos, y no creo que ella esté totalmente de acuerdo con las ideas del padre. Pero el padre se fue a México por muchos años y hacía propaganda, ponencias, diciendo que la política de Estados Unidos es errónea. Y que se debía legalizar el uso de narcóticos.

Él dice que tiene un problema en la columna porque no se arrodilla ante Estados Unidos...

Sí, claro, ¿quién más decía eso? Era un nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Ella fue difícil pero no estaba tan abiertamente contra los Estados Unidos.

El fiscal Valdivieso dio una batalla más efectiva en los medios que en la Fiscalía, y nunca pudo encontrar lo que se llamaba entonces la prueba reina.

Yo no soy abogado. Mucha gente me ha dicho que Valdivieso no era penalista y por eso no le había ido tan bien. Sin embargo, él hizo todo lo posible para colaborar utilizando las pruebas, no haciendo cosas por detrás sino abiertamente y nos convertimos en buenos amigos. Él fue después embajador ante Naciones Unidas y yo era presidente del Consejo de las Américas. Nos veíamos mucho. Y la esposa Marta me gusta mucho. Yo le voy a contar un caso que tiene que ver

28 Mónica de Greiff Lindo, abogada de la Universidad del Rosario. Fue tesorera de la campaña de Ernesto Samper y ministra de Justicia en el gobierno del presidente Virgilio Barco. Entre 1991 y 1993 ocupó la vicepresidencia de Shell en Colombia.

con la expulsión de este señor Senneca²⁹ de la embajada. Una noche llegó a mi casa Senneca con un fiscal. Yo no conocía al fiscal y me dice Senneca, este hombre tiene la prueba de que Gilberto Rodríguez Orejuela está en un apartamento a dos o tres cuerdas de aquí pero no puede conseguir un carro de la Fiscalía y yo quiero que usted me permita utilizar un carro de la DEA para hacer la captura. Y le dije no puede, eso no está permitido bajo el acuerdo entre Colombia y Estados Unidos. El carro tiene placa diplomática, pero voy a llamar a Alfonso Valdivieso ahorita para que él me ponga un carro de la Fiscalía para hacer la cosa. Lo llamé. Él, claro, atónito con mi pregunta, mandó el carro de la Fiscalía y se los llevó. Al otro día el jefe de la DEA no vino a mi oficina para contarme de la captura de Gilberto, se hizo humo todo ese día. El martes le digo bueno, Tony, ¿qué tal Gilberto?, y me dijo no había nadie en el apartamento y ninguna indicación de que alguien hubiera habitado allí por varios meses. Valdivieso pudo haberse agarrado conmigo como si yo estuviera haciendo una intromisión, diciéndole cómo hacer las cosas, pero no. Siempre trató de ayudar dentro de las posibilidades de la ley colombiana. Hay gente que dice que es un incapaz, un ingenuo, o que no era criminólogo, que sabía de derecho comercial o civil pero que no era lo que se necesitaba. Sin embargo, le puedo decir que trabajé mancomunadamente con él, me veía con él, no todos los días, pero día por medio y trabajábamos muy bien. Hubo una estrecha colaboración. Yo trabajaba muy de cerca con mi asesor jurídico del Departamento de Justicia que es puertorriqueño, así que hablaba muy bien español y conocía bastante el derecho colombiano; entonces, cuando Valdivieso me decía una cosa yo siempre consultaba y nunca este tipo

29 Tony Senneca, entonces jefe de la DEA en Colombia.

me dijo no me suena eso, siempre me dijo eso es correcto, eso es así. Ahora que podría haber sido una persona más capaz (Valdivieso) no sé, pero el hecho es que yo pongo la mano en el fuego por Alfonso Valdivieso.

Humberto de la Calle...³⁰

De la Calle es un gran señor, un gran pensador, una persona a la que le encanta negociar, que tiene grandes conceptos, pero se deja llevar por las ideas, no es un hombre de acción. Yo creo que él podría negociar con la guerrilla por diez años sin cansarse porque le encanta hacer eso y es conceptuoso, es un hombre honorable. Le tengo mucho respeto y está haciendo un gran trabajo en La Habana.

Guillermo Pallomari, informante del gobierno de Estados Unidos, declaró en una audiencia en Estados Unidos bajo juramento que De la Calle se reunió con Samper, con los Rodríguez Orejuela. ¿Qué sabe usted de eso?

No sé nada. Me llamó la atención que Pallomari era de origen chileno y quedé horrorizado por lo que le pasó a su esposa. Pero después de salido de Colombia sé muy poco, salvo que él entró en el *witness protection program* (programa de protección de testigos).

El papel que jugó De la Calle durante la crisis...

Yo creo que fue positivo, pero no tanto, no me metí mucho en como lo manejaban a él. Él renunció y creo que fue bueno que lo hubiera hecho porque es un hombre honorable.

30 Humberto de la Calle Lombana fue vicepresidente en el gobierno de Samper. Renunció a su cargo en septiembre de 1996 en medio de la crisis de los dineros del narcotráfico en la campaña presidencial. Guillermo Pallomari, el contador del cartel de Cali, declaró en una corte federal de Miami bajo la gravedad del juramento que De la Calle participó junto con Samper en una reunión con los cabecillas de esa organización en 1994. De la Calle lo negó. ("Witness: Drug lords met with Samper", Gerardo Reyes y Alejandro Santos, *The Miami Herald*, 24 de julio de 1997, p. 1B.

¿Usted no cree que él, en un momento dado, estaba echándole candela a la crisis para quedar como presidente?³¹

Él no es ese tipo de persona; en su cama, en la noche, cuando se ponía a dormir, podía pensar en ser presidente, pero es una cosa muy diferente a hacer una cosa así bajo el mantel. A mi juicio, es una persona demasiado gentil, no sé si el adjetivo es el correcto.

Horacio Serpa...³²

Ah, Horacio Serpa, tiene un gran sentido del humor, tal vez mayor que el de Samper, que era extraordinario. Me encantaba hablar con Serpa porque era un político de pura cepa no obstante que muchos lo consideraban un 'protraqueto'... Le cuento, en dos ocasiones estábamos hablando de asociaciones con Samper, y le digo ah, yo también conozco al jefe de la Fedenana. ¿La Fedenana?, me dijo. Sí, la Federación Nacional de Narcotraficantes. ¿Y qué más?, me dijo, y le dije la Fedetrapo, ¿y qué es eso?, me preguntó, y le respondí, la Federación de Traquetos Políticos.

¿Cómo reaccionó?

Se puso a reír. ¿Qué me iba a poner cara fea? No. Y él me echaba chistes contra Estados Unidos, pero muy buenos,

31 Ernesto Samper se refiere a De la Calle en su libro como un "franco-tirador" a quien, desde que fue nombrado embajador en España, "la mosca de la conspiración había comenzado a picarle".

32 Ministro del Interior de Ernesto Samper Pizano, quien solía referirse a Frechette como el "gringo maluco", una expresión que al ser traducida al inglés por los corresponsales sonaba mucho más fuerte que en español, "*a sick gringo*". Serpa ha sido candidato presidencial tres veces. Durante el proceso 8.000 actuó como el gran defensor de Samper en discursos altisonantes que culpaban a la oposición y al gobierno de Estados Unidos de una conspiración mediática contra el presidente. Serpa fue investigado y absuelto de las acusaciones de filtración de los dineros del cartel de Cali en la campaña presidencial.

algunos no muy decentes pero se podían repetir en frente de señoras.

¿Y en dónde se reunían con Samper? ¿Todo esto en medio de la crisis?

Sí, yo iba a su oficina y fue ahí que él me propuso ir a Cartagena.

Usted acaba de utilizar una palabra muy fuerte: ‘protraqueto’. Eso para un político sin que haya sido condenado por eso, es muy fuerte. ¿En qué se basa?

Muy dentro de mí yo tenía la sensación de que lo había hecho, yo no tenía prueba, no tenía documentos. En Colombia todo el mundo dice yo no tengo acusaciones contra mí en la Fiscalía; cuánta gente llegaba a mi oficina o me mostraba en cocteles un documento de la Fiscalía que dice no hay expediente contra tal y tal persona, y claro eso nunca era verdad. Ellos no sé cómo hacían con la Fiscalía, pero el tipo buscaba tal vez en un libro y decía no hay nada. Es decir, en Colombia pasa todo eso, mucha gente tiene cosas, sabe cosas y no dice nada aun cuando también hay personas que se benefician ilegalmente. Colombia es un país de una mezcla tan rara, de personas tan queridas, tan educadas y también tan, tan torcidas.

¿Y eso, alguna vez le encontró alguna explicación a ese perfil esquizoide del colombiano?

No. Hay culturas y Colombia es una donde algunas cosas simplemente no se admiten. Como le dije, por dos años todo el mundo me decía que no podía ser lo de Samper y finalmente las cosas empezaron a cambiar. ¿Qué fue lo que cambió el balance de esa ecuación? No sé, pero ocurrió. Gente muy seria que le gustaba mucho decir no, no es posible, no es verdad.

Es una cultura muy curiosa, nunca he visto una cultura parecida, me gusta Colombia.

¿Qué le gusta de Colombia entonces?

Me gusta la gente, muy querida, ya le conté, la gente que trabajaba para nosotros en la residencia, qué cariño tuvieron.

Embajador, hábleme un poco de la gente que se acercaba para decirle yo soy inocente. ¿Eso no lo hacía sentir a usted como el procónsul del que habla Caballero, a quien todo el mundo va a presentarle la lección? ¿Cómo se sentía usted ante eso?

Mal, era un asco. Llegó Pastor Perafán, llegó con un baúl lleno de fotos de él con todos los tipos de personajes de la sociedad.

¿Cómo fue eso?

Tenía que ver con que había más y más acusaciones en los periódicos sobre Pastor Perafán y entonces yo creo que él vino como para decir no me quiten la visa. Yo no sé si la tenía o no, pero no tomé medidas contra eso. Pidió una reunión conmigo, lo recibí y me dice ese cuento de que todas esas cosas no eran verdad, que no tenía ninguna implicación más allá y que aquí están las fotos.

¿Y qué fotos recuerda?

De todo el mundo, de todo el mundo, el tipo se metía en todos lados, y usted sabe, yo no tenía tiempo ilimitado. Cuando él me mostro el baúl y algunas fotos, dije bueno muchas gracias, usted comprenderá, no tengo tiempo. Por ejemplo, el general Zúñiga³³, del que todo el mundo en el Ejército sabía

33 General Hernando Camilo Zúñiga, comandante de las Fuerzas Militares. Fue señalado por Jorge Salcedo, asesor de seguridad del cartel de Cali, que se convirtió en informante de Estados Unidos, de haber tenido contactos con el jefe del cartel de Cali, Miguel Rodríguez Orejuela. Zúñiga

que había aceptado camionetas y plata de los narcos, vino y me dijo que todo eso que decían de él no era verdad. Difícil de creer eso, hay demasiadas fuentes, y entonces salió en los periódicos que yo estaba presionando para que él se fuera de la comandancia del Ejército, y claro él reaccionó llamándome para pedir otra reunión, y me dijo usted me está tratando de botar, todo esto que dicen de mí es mentira, y le dije bueno, pero mi gobierno cree en eso, yo no voy a salir a decir a los medios que usted hizo eso o lo otro, pero a nosotros nos parece que es bastante contundente la información. Entonces llegamos a un trato con él, le dije mire, hagamos lo siguiente: usted se jubila, sale del Ejército y yo no le quito la visa. Él trató de bloquear eso. Fue a los otros generales y les contó, y los generales salieron con una declaración diciendo que Estados Unidos estaba amenazando a Zúñiga. Pero a las dos semanas renunció y se terminó el problema, porque él sabía perfectamente que era verdad.

¿A quién más amenazó con retirarle la visa aparte de Zúñiga?

Yo creo que fue el único con quien yo tuve que hacer eso personalmente.

¿Y recuerda a alguno al que se la quitaron sin avisarle?

No, nunca le quitamos la visa a nadie sin tener pruebas adecuadas para hacerlo.

¿Y fueron muchas las visas que ustedes retiraron?

Algunas, no muchas. No sé qué es lo que es mucho, pero ni tengo el número.

calificó de malintencionada la declaración y recordó que él había expulsado a Salcedo del cuerpo de reserva del Ejército Nacional.

¿Digamos un centenar de visas en un año?

No, no creo que fueron tantas, porque había mucha gente que sabía perfectamente que nosotros sabíamos todo y ni se acercaban para obtener la visa, pero en la sociedad colombiana no tener visa para una persona de cierto nivel es casi un veneno mortal.

Es una muerte civil...

Exacto. Una cosa que conocí en Colombia que me extrañó y me entristeció es que hay muchas familias, muchas, que tienen un hijo o una hija en prisión en Estados Unidos porque cuando jóvenes y tontos se llevaron cocaína. Algunas de esas personas nunca han dicho públicamente que el hijo o la hija están en prisión en Estados Unidos, sino que están estudiando o están viviendo ahí, personas importantes todavía que venían, me contaban y me preguntaban si yo tenía la posibilidad de pedir una cancelación de la pena o un perdón, y yo les explicaba que bajo la ley un embajador no tenía ese tipo de poder. Y todos me hicieron jurar que yo nunca hablaría de los casos de sus parientes. Eso nunca lo he hecho. Creo que como una docena de personas vinieron a pedir ayuda, personas muy activas y que tienen familiares purgando penas en Estados Unidos. Eso sí que es una tragedia. Y los agarraban a esos colombianos en la época cuando las penas que daban eran larguísimas, ahora son más cortas.

Dejamos a Serpa por la mitad...

Ah, Serpa. Mi mamá y Serpa se avinieron como dos palomitas. Serpa vino un día a tomarse el desayuno y empezó hablar con mi mamá, ella muerta de la risa con los chistes de él, ella también le hizo chistes, fue una cosa impresionante.

¿En su casa?

En mi casa, en mi casa mi mamá (risas) realmente...

¿Y su mamá sabía quién era Serpa?

Sí, claro. Yo le conté, pero usted sabe, mi mamá no tenía nada que ver con política y encontró una persona con la cual le encantó hablar.

¿Y qué chistes hicieron?

Uf, no me acuerdo, tengo muy mala memoria. A veces me acuerdo pero me es difícil. Mi mamá estuvo ahí por dos o tres semanas, creo que se vieron por una segunda vez y pasó la misma cosa.

Un embajador cuya principal bandera es luchar contra el narcotráfico, convencer a un país de que desmantele un cartel, pero en su residencia uno de los supuestos implicados entre el gobierno y el cartel de Cali se sienta a echar chistes con su mamá, ¿no le parece un poco loco eso?

Sí, pero qué le voy hacer. Era un buen momento, a mí me gusta reírme, mi mamá no le iba a dar secretos, él tampoco a ella, y es más, me gustaba relajarlo porque yo tenía que ir a verlo. Él tuvo varios cargos muy importantes y algunas veces decía la verdad, algunas veces no y algunas veces no sabía.

¿Y usted no sentía ninguna rabia ni rencor hacia una persona que mantenía una posición básicamente ante sus ojos falsa y mentirosa?

Pero claro.

¿Entonces cómo podía llevarlo a su casa a desayunar y a echar chistes con su mamá?, no puedo entender.

El embajador tiene que tener contactos que ayudan a las políticas de su país y si eso implica tomar desayuno con

alguien que no es enteramente abierto, lo hago. Mire, digamos que hay un señor que es el ministro de Samper, y que yo sé a ciencia cierta que es un gran narcotraficante, pero necesito hablar con él y es mucho mejor hablar con él desayunando en mi residencia que yendo a su despacho. Yo lo hice, lo hice porque era importante saber qué es lo que me decía, y a veces me decía la verdad, a veces no, pero por lo menos yo tenía el trato con ellos.

¿Usted hablaba con él directamente de los narcocasets y de los vínculos con el cartel de Cali?

No, yo no entré en los narcocasets, eso ya era historia pasada.

Bueno, los vínculos con el cartel de Cali.

Claro que sí.

¿Y él que le decía?

Seguramente me dijo algo para pasar a otro tema. Cuando una persona me hace eso yo dejo de insistir porque no tiene sentido tener un encontrón, un jalón de cabello con esa persona. Acuérdesese, yo como embajador a veces tengo que ir a ver a las personas más horrendas, pero son personeros (funcionarios) del gobierno ante el cual yo estoy acreditado, es decir, si un embajador de Estados Unidos en cualquier país no pudiera ir a ver a un ministro aunque el ministro fuera crucial para la tarea del embajador porque el tipo era un... qué sé yo, el embajador se cortaría la mano simplemente para decir yo nunca he hablado con él. Yo no. Ahora, hay gente que yo veía muy poco porque era demasiado mi rechazo hacia esas personas, pero le puedo decir, cuando yo necesitaba hablar con un ministro, no importa quién fuese, yo iba a hablar con él, porque yo tenía una tarea que hacer.

¿Cuáles eran esas personas que no se tragaba usted?

Uf, muchas. En este momento, déjeme ponerle cabeza, no estoy tratando de esquivar el tema.

Sigamos con los personajes: Rodrigo Pardo³⁴, ¿qué opinión tiene de él?

Rodrigo Pardo es una persona muy inteligente y realmente muy dulce, es una persona muy querida que no tiene poses con nadie, leo sus artículos, me gustan. Pero a él no le gusta particularmente Estados Unidos, eso está bien, él es colombiano.

¿Y en el caso de Rodrigo usted quedó con la impresión de que él sabía lo que estaba pasando en la campaña?

Sí, él lo negó siempre, nunca le creí porque simplemente no era creíble; por ejemplo, alguna vez le dije Rodrigo, es que tú me has contado que a veces como jefe de la bolsa de plata de la campaña que tenían para gastar para comunicaciones, que a veces no tenías ni un peso, y al otro día te entregaban qué sé yo, una gran suma. ¿No te pusiste en ningún momento a pensar de dónde diablos sale esto?, No, no. ¿Quién soy yo para juzgar a este señor?, de pronto simplemente no cabe dentro de su carácter poder decir y exigirle a Samper una explicación, tal vez él sabe que casi todo el mundo en Colombia tiene sus secreticos y es mejor no empujar demasiado. En Colombia se pelean mucho los políticos con secretos y amenazas.

34 Rodrigo Pardo García-Peña fue director de comunicaciones de la campaña presidencial. Estudió Economía en la Universidad de los Andes. Samper lo nombró canciller. Estuvo bajo investigación por el caso de la infiltración de dineros del cartel de Cali en esa campaña. Fue exonerado en 1996 por el fiscal Alfonso Gómez Méndez. Ha sido director de *El Espectador*, Noticias RCN Televisión, revista *Cambio* y director editorial de la revista *Semana*.

Y en Estados Unidos también...

Sí, pero mucho menos, mucho menos. En Colombia son como peleas de comadre, algo realmente extraordinario, un tipo amenaza, el otro amenaza y si la contraamenaza es creíble se terminó, ya no se oye nada o siguen con la cosa hasta que llega un momento en que uno de ellos dice aquí me tiene fundido, no voy a seguir más porque de pronto me encuentro un problemón. Porque nadie vive en una isla, ni en Colombia ni en ninguna otra parte. Hay mucha gente que sabe los secretos de uno, normal. Yo siempre creí que Rodrigo Pardo es una persona muy decente, que lo que le pasó fue por sonso. Buen analista pero no es una persona para confrontar a alguien más poderoso. Me gusta mucho Rodrigo, le tengo un gran respeto por sus opiniones, como también lo tengo por Rafael Pardo. Son personas, a mi juicio, relativamente honestas y que analizan muy bien las cosas y son patriotas.

Néstor Humberto Martínez...

A Néstor Humberto a veces no le gustaba lo que estábamos hablando nosotros pero siempre tuvo un gran sentido de humor; si hay una clave para mi personalidad es tener sentido del humor, si yo conozco a una persona aunque me odie pero que tiene buen sentido de humor, a mí me gusta.

¿Qué despachaban con Néstor Humberto, cuáles eran los temas con él?

Reformas de la justicia y toda las cosas de la extradición y un millón de detalles y qué es lo que podría hacer Colombia para colaborar más en la lucha antinarcóticos, y claro siempre había razones por las cuales Colombia no podía hacer esto, no podía hacer lo otro y entonces preguntábamos ¿y bueno, ahora qué hacemos? Y ahí quedábamos mirándonos, porque

no había alternativa, es decir, los criminales seguirían haciendo sus cosas y Colombia se veía incapaz. Finalmente se hizo una reforma en la administración de justicia, por lo menos en lo criminal.

¿Y usted notaba que Néstor Humberto estaba incómodo con Samper?

En un momento dado sí, cuando él renunció, en un periodo antes de la renuncia. Él nunca criticó a Samper, él nunca me dijo oye te voy a decir, no, aunque él y yo hablábamos mucho; una vez yo tuve una recepción en la residencia y llegó Néstor Humberto muy pálido a la recepción, llegó tarde y yo lo saludé y me dijo acabo de renunciar. No hablamos más porque era una fiesta, así es que, como dicen en inglés, sumando dos y dos no salen veinticinco.

¿Pero después nunca llegaron a hablar del motivo de su salida?

No, y yo rara vez hablaba con la gente con la cual tenía que tratar sobre ese tipo de temas porque yo creí que eso los ponía en una situación muy difícil. De vez en cuando y si era absolutamente necesario, yo les hacía una pregunta, como las preguntas que le hice a Uribe en Medellín, aunque no era miembro del gobierno central en esa época, pero solo cuando no había alternativa, es decir las sospechas sobre Uribe eran bastantes, el amigo (César) Villegas ¿por qué no hizo algo cuando se dio cuenta por los medios colombianos de que los narcos estaban recibiendo autorización para utilizar los aviones? Nunca me dio una buena respuesta; las Convivir, también respuestas no convincentes, que no eran armados, que no iban a hacer nada, que iban a tocar pitos o llamar por la radio para que vinieran las Fuerzas Armadas. Y no se trataba de eso en absoluto, era que el gobierno simplemente no tenía la mane-

ra de hacer cumplir... mire, hay dos facultades que necesita la Nación-Estado: una es control completo de su territorio, y la segunda es un monopolio del poder, es decir las armas. ¿En Colombia hace cuántos años que eso no existe? ¿Cuándo fue que Colombia tenía control del territorio nacional? Yo creo que nunca y todavía nada.

¿Y lo de las armas?

Acuérdese de las guerras que hubo en el siglo XIX, donde los terratenientes llamaban a sus campesinos y los llevaban como los peones de la Edad Media a pelear... el campesino no sabía ni jota de qué diablos estaba hablando su jefe, pero salía a morir; en la guerra de Mil Días hubo doscientos mil muertos, son cosas de la historia. Después en la época de la violencia en los años cincuenta murieron casi cuatrocientos mil. Es decir, no estamos hablando de uno que otro pobre campesino al que le pegan un machetazo, no, esta era una cosa grande y aquí en Washington no me entendían cuando yo trataba de explicarles; me iba a reuniones con todos los departamentos, los gringos se quedaban absolutamente atónitos.

Por ignorancia...

Porque no sabían que yo le estaba diciendo cómo era la cosa. Me acuerdo muy bien que John Negroponte³⁵, que era de la turba, como dicen en Brasil, de los derechistas, en una reunión me dijo pero eso es como la Edad Media, le dije precisamente, embajador, es la Edad Media. En ese sentido no en todos los sentidos, tenemos que entender que Colombia no es un país entero, maduro, que cumple todas las funciones de la Nación-Estado y tenemos que tratar de encontrar

35 Diplomático estadounidense de origen británico. Fue embajador en Honduras, México, Filipinas e Irak. También fue representante de Estados Unidos ante Naciones Unidas.

alguna manera para que ellos se conviertan en eso, porque el narcotráfico nos hace un daño terrible. Eso lo puedo decir porque él lo dijo como que atónito, y yo quedé también un poco atónito, que a esas alturas una persona con responsabilidades importantes dijera eso.

¿Pero qué es lo que provoca el comentario ‘eso de la Edad Media’?

Que el terrateniente siempre llama a sus campesinos y les dice, nos vamos a la guerra y los campesinos no dicen ni chus ni mus, se van a seguirlo y hacen la guerra contra otro terrateniente que ha hecho lo mismo con los campesinos que le trabajan a él, y ahí mueren un pocotón de campesinos; es la Edad Media, es una cuestión casi totalmente feudal. Los americanos no entendían eso, era muy difícil que ellos entendieran que había un gobierno que había existido por mucho más que un siglo sin haber tenido control de su territorio nacional; que permitía que grandes trechos del territorio nacional fueran controlados por bandidos o guerrilleros o tipos fuera de la ley, ¿y por qué?, porque no tenían la fuerza militar para disolverlos. Además había la falta de voluntad, como eso ocurría allá donde ‘el diablo perdió el poncho’, no le importaba a la gente de las grandes ciudades y Colombia es ochenta por ciento urbano, ¿no? Los colombianos, a mi juicio, a veces no se preocupan mucho por saber que en el Putumayo pasa esto y lo otro; sí, da para titulares en los periódicos y comentarios, pero para el ciudadano ordinario no es importante.

Juan Fernando Cristo, vocero de la presidencia de Samper...

El otro día fui a una conferencia donde apareció él, que es ministro del Interior, aquí en Washington. Hizo una buena

presentación y cuando me vio, abrazos aquí y abrazos allá. Cristo, que trabajó como jefe de comunicación de Samper en el Palacio de Nariño, odiaba a los Estados Unidos, me odiaba a mí y andaba con historias para quedar en la negra nosotros. Por ejemplo, mi esposa escribió un libro que se llama *Poder compartido*, que habla sobre varias mujeres en Colombia, publicado por Norma. La estimación de mi esposa es que eran mujeres realmente extraordinarias. Cuando Jacquin Samper (esposa de Ernesto Samper) se dio cuenta de que Bárbara estaba trabajando en eso, Jacquin le dice muy claramente que ella debe estar en el libro por esta razón o por la otra. Bárbara no le iba a decir que no a Jacquin Samper, y no era porque no le gustaba Jacquin, simplemente porque no quedaba dentro de los parámetros que ella fijó para su libro y sus estudios. Cuando Jacquin se dio cuenta de eso se enojó bastante. Y yo creo que eso influyó en unos ataques que hizo Juan Fernando Cristo contra Bárbara y contra mí. Bárbara vino a Estados Unidos dos años seguidos en febrero, cuando aquí es invierno, y se fue a Ocean City que es un balneario y donde tenemos un amigo que nos prestó un apartamento donde ella trabajó sobre su libro solita, ahí no había nadie. Había un restaurante abierto donde ella podía comer, y más nada. En una de esas, un periodista colombiano me dice: ¿tú sabes que Juan Fernando Cristo dice que tu esposa es loca y que se fue para Estados Unidos para entrar en un manicomio, para hacerse un tratamiento. Y lo hizo un año y después durante el año siguiente? Y luego la agarró conmigo, que yo también era loco pero que yo tomaba pastillas.

¿Y ahora que le dio a usted el abrazo qué le dijo?

Yo dije esto no puede ser, le di un abrazo también de vuelta, yo no le iba a dar una cachetada ahí en el Inter-American

Dialogue³⁶. No dije absolutamente nada. Le hice dos preguntas. ¿Dónde quedó el proyecto del presidente Santos de sacar a la Policía del Ministerio de Defensa?, y me dijo sí, él quiere hacer eso pero no se ha hecho. Yo (Frechette) tengo mis sospechas de que son los militares los que no quieren que salga la Policía del Ministerio de Defensa. La otra pregunta, le dije, el general Mejía acaba de dar una entrevista muy interesante en *Semana*, donde dice que él es un soldado, que no se mete en política y que él va a cumplir cabalmente lo que le ordene el Presidente. Todo muy bien, una persona extraordinaria y con un papá que también fue comandante del Ejército, pero después, en un párrafo que me llamó la atención, dijo: nosotros garantizamos la seguridad de los guerrilleros desmovilizados. Claro, a otro perro con ese hueso. A esa gente los van a asesinar, tal vez no tantos como a los de la UP, y yo no creo que el Ejército pueda decir yo te garantizo la vida. Pero no es porque Mejía sea mala gente, es la naturaleza humana. Pero después dice que vamos a traer fuerzas especiales del exterior para proteger a los desmovilizados. ¿Fuerzas especiales? El hecho es que Colombia hoy en día tiene el ejército más grande de América Latina. Son muy orgullosos de eso. Pero yo estoy seguro de que los generales no quieren que sus soldados, muy bien adiestrados y provisionados, se conviertan en escoltas. Y me dijo (Cristo) no sé de dónde salió la idea. A mí me quedó la pregunta ¿esa idea de dónde salió?, ¿qué quiere decir?, ¿por qué lo dijo tan escuetamente, sin dar más explicación?, ¿y por qué Yamid Amat no le preguntó qué quería decir usted, porque eso es una cosa bien interesante?

36 Centro de Análisis, Intercambio y Comunicación de Asuntos del Hemisferio Occidental.

Al recordar usted todo lo que Cristo dijo, ¿qué pensó de él, o le pareció que había que arreglarlo a lo colombiano, echarle tierra a las cosas?

Yo me puse en primera fila para que me viera, me dio una mirada, me dio otra mirada y después una gran sonrisa y abrazo. Yo creo que él viene a Washington por lo que está haciendo el gobierno, y que como le dije, Colombia es un héroe para los Estados Unidos ahora, pero eso no va a durar para siempre porque los gringos quieren resultados. Si después de algunos años todavía no hay un proceso de paz que funcione, los gringos van a decir aquí solo hay una manera de hacer esto, acabar con estos señores, y yo creo que muchos colombianos están de acuerdo con eso. En cierto sentido, él estaba echándole tierra al asunto.

García Márquez...

No lo conocí nunca.

Alberto Santofimio. En esa época, ¿qué concepto y qué información tenían de él?

Mala. Pero no era una figura estelar para nosotros. Simplemente que era alguien en quien no se debía confiar. Es una persona que no le interesaba a nadie en Washington.

Miguel Maza Márquez...³⁷

No lo conocí. Él ya había salido, creo que es un tipo funesto. Parece que lo tienen en juicio. No sé si lo han condenado. Ese es un ejemplo de que el sistema judicial en Colombia no funciona para nada.

³⁷ Policía retirado, exdirector del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS). Candidato presidencial en las elecciones que ganó Samper. Fue vinculado a la investigación por el asesinato del candidato presidencial Luis Carlos Galán.

Heyne Mogollón, el presidente de la Comisión de Acusaciones...

Lo conocí una vez. Samper le dio bastante plata para comprarle su voto para que pudiera hacer obras en su distrito. Pero más allá de eso, fue un año muy difícil en Colombia porque los periódicos titulaban todo el día sobre ese tema.

El periodista Mauricio Vargas...

Mauricio es un excelente periodista, pero es un mentiroso. Él pidió hacerme unas entrevistas y yo le dije yo no doy entrevistas así nomás, entre dos, tiene que estar mi asesor de prensa ahí, haciendo una grabación, tomando nota de todo. ¿Está bien? Si, está bien, me dijo. Hicimos una serie de conversaciones. Él las publicó, no había nada de especial ahí pero en una de esas dijo que yo había dicho que este país es una mierda. Eso nunca se lo dije a Mauricio Vargas. Y entonces le mandé decir que se acordara que había un récord por escrito de todo lo que habíamos hablado y que ahí no se encontraba eso. Y más o menos le hice saber muy cortésmente que no se asomara a mi puerta más nunca. Es muy bueno, leo su columna de vez en cuando, pero es un tipo que inventa vainas.

Pero al mismo tiempo usted dice que es un extraordinario periodista...

Sí, es muy bueno, yo creo que muchas de las cosas que él analiza, las analiza bien, pero una cosa es ser un buen analista y otra ser un gran mentiroso. Y él dijo una mentira, algo que nunca le dije. Un periodista no puede permitirse mentiras de ese tipo. ¿Para qué un embajador va a hablar con un periodista para darle información porque es buen analista solo para que el tipo le invente una vaina?

¿Conoció a la senadora María Izquierdo?

Sí.

¿Qué recuerda de ella?

Ella, usted sabe, dio mucha evidencia en contra de Samper. Compartió sus conocimientos con Alfonso Valdivieso y la gente de la Fiscalía, y después de unos años la embajada le retiró la visa. Ella tiene dos hijas que viven en Estados Unidos, una es médica y la otra no sé qué es lo que hace. A María Izquierdo le habían quitado la visa pero una de las hijas se le enfermó gravemente y ella fue a la embajada, me dijo por favor, déjenme ir a ver a mi hija, y la embajada le dio una *one time* visa, es decir, solo para entrar y salir, nada más. Entonces vino a verme, porque sabía que era muy amigo de Alfonso Valdivieso, cuando él estaba de embajador de Colombia ante las Naciones Unidas y yo era el presidente del Consejo de las Américas. Ella vino a verme y me dijo eso, y le dije mire, yo no puedo meterme en eso, ya estoy jubilado, pero voy a tomar nota por si acaso de alguna manera le puedo ayudar. Me puse en contacto con Valdivieso y él me dijo que era una mujer que le había hecho un gran servicio a Colombia, en el sentido de que le había dado a él y a la Fiscalía informaciones muy importantes que llevaron a la cárcel a mucha gente. En los últimos años ella ha intentado por intermedio de sus hijas conseguir una visa, yo hice todo lo posible para decirle a la embajada, les mandé unas cartas diciendo que yo conocía muy poco a María Izquierdo, pero que por favor hablaran con Alfonso Valdivieso, porque él era una persona que como fiscal trabajó muy estrechamente con Estados Unidos y contra la corrupción, y que Valdivieso casi que pondría la mano en el fuego por ella. Pero no me resultó, pero eso pues es evidente, uno cuando ya está jubilado no tiene ningún poder ni nada.

No hemos hablado de personajes de izquierda de la época, como Antonio Navarro Wolff...³⁸

A Navarro Wolff lo conocí y me pareció un tipo... bueno era de izquierda, era de izquierda festiva, como dicen en Brasil, un tipo de izquierda pero de ciudad, no tenía nada que ver con el campo, y era una persona inteligente, una persona que cuando yo lo conocí ya reconoció todos los errores del M-19 y todo lo demás. No era una persona que le encantaba a Estados Unidos³⁹, pero era alguien que hablaba con mucha sensatez y con una libertad sobre la política en Colombia. Yo no traté de forjar una buena amistad con él, pero le veía de vez en cuando, siempre quedé impresionado. Me pareció una persona con mucha dignidad.

Mockus...⁴⁰

El primer discurso político que yo escuché en Colombia, diez días después de asumir la embajada, fue un debate entre Mockus y Peñalosa sobre la alcaldía; Mockus me pareció un tipo raro, estrafalario, intelectual y no creí que presentó bien la cosa. Peñalosa, al contrario, era un tipo muy capaz, muy locuaz, muy hábil, yo creo que tiene buenas ideas a nivel de ciudad y desarrollo de ciudad; me gustó su discurso, y luego fue alcalde y lo hizo muy bien. Después lo vi en Nueva York cuando yo fui el presidente del Consejo de las Américas, lo invité y él nos invitó a su casa, que quedaba fuera de Nueva York, lejos, nos fuimos en un taxi, nos tomó cuarenta y cinco minutos llegar a su casa. Era una casa decorada a la indonesia,

38 Ingeniero y político colombiano que militó en el movimiento M-19. Ha sido gobernador de Nariño, ministro de Salud y congresista.

39 Navarro fue becario de la Fundación Rockefeller.

40 Aurelijus Rutenis Antanas Mockus Šivickas, filósofo y político colombiano. Fue alcalde de Bogotá y aspiró a la presidencia de Colombia en 2006.

digamos, tenía solo pinturas y decoraciones de Indonesia, hasta la planta principal estaba decorada un poco como una casa de Indonesia, y la esposa estaba ahí, una mujer muy atractiva, inteligente, hablamos sobre la política. Yo no quedé muy entusiasmado con ese discurso de Peñalosa porque le dije, yo no creo que él tiene lo que se necesita para ser presidente en Colombia. Él no me pidió nada, simplemente una reflexión que se la di a la esposa después, pero es una gran figura.

Y Mockus no lo convenció como alcalde, ¿por qué?

No, no, no sé, era demasiado folclórico, no era la barba, porque yo tengo también, tal vez no una barba mockusiana pero una barba. No sé, no me convenció, era demasiado académico para mí y yo dije bueno, es que la gente no se va a comer este cuento, ¿no?

No le fue mal. Todo su planteamiento de la educación ciudadana tuvo un gran éxito no solamente en Bogotá, sino que después lo imitaban en varias partes del mundo.

Sí, no cabe duda, esa fue muy buena idea, pero algunas de las ideas de Peñalosa fueron a mi juicio también muy importantes para el desarrollo urbano; hay varios expertos en desarrollo urbano en América Latina, especialmente en Brasil, y Peñalosa es uno de ellos, es decir, un tesoro de Colombia, es un tipo reconocido internacionalmente como un urbanista.

Alcanzamos a hablar ayer algo de Guillermo Pallomari. ¿Cómo fue el caso de Pallomari?

Bueno, Guillermo Pallomari era un chileno que había sido contador en Chile y se vino y parece que estableció un negocio, no sé si fue en Cali o en otro lugar y en una de esas se conoció con alguno de estos traquetos y eventualmente lo invitaron a ser el contador de ellos y le pagaron un dineral. Tenía una

esposa, tenía uno o dos hijos y él cambió de parecer, quiso alejarse de todo eso, él sabía el daño que hacían estos narcos, y tuvimos un contacto con la DEA a través no me acuerdo de cuál canal con él y finalmente Pallomari nos dijo, yo no aguanto más estar aquí, yo creo que corro el riesgo de que me maten. Entonces Estados Unidos ofreció llevarlo en una avioneta y Washington me preguntó ¿qué opina usted de sacar a Pallomari clandestinamente de Colombia en una avioneta de la DEA? Le dije mire, si hacemos algo así y el gobierno lo descubre, es muy posible que tengamos unas zozobras políticas, un estremecimiento justo en el momento en que queremos tener el máximo de cooperación; pero al final Washington me convenció de que ellos estimaban que era la única manera de sacar a Pallomari antes de que lo mataran, porque Pallomari ya sospechaba que lo matarían y salió en la avioneta hacia los Estados Unidos. A la esposa, como usted sabe, la asesinaron.

¿Él en ese momento alcanzó a ofrecer información diciendo yo tengo contabilidad que compromete a...?

Sí, pero no me acuerdo de todos los detalles.

¿A políticos, porque él tenía contabilidad que comprometía a políticos?

Claro, él sabía de muchos. Uno de los problemas que se tenía en Colombia era que no había manera de hacer estimativos del montón del dinero que regresaba a Colombia, usted sabe que el narcotráfico no hace cheques, vienen contenedores llenos de billetes, ¿cómo esconder eso?, ¿cómo hacer el blanqueo? Era un tema que nos interesaba mucho porque no sabíamos cómo y a raíz de estudiar mejor cómo hacían, le pedimos al gobierno que creara ciertas oficinas para velar sobre el blanqueo de dinero. Valdivieso ayudó mucho y él se

especializa en eso ahora, él tiene un bufete de abogados y da mucho apoyo a ese tipo de asuntos en Colombia. Muchos de los bancos empezaron a tomar esas medidas y Colombia fue un país ejemplar.

Hablando de eso, embajador, ¿usted fue uno de los promotores de la extinción de dominio?

Sí.

¿Cómo fue eso?

Bueno, yo no soy abogado. Íbamos a hacer un poco como se hacía aquí en Estados Unidos: se incautan los bienes de estos tipos y después se los reparte el Estado, generalmente con la policía, y esa era una manera porque estos tipos estaban... mire, es que los Rodríguez Orejuela eran dueños de cientos, posiblemente miles de apartamentos en toda Colombia, hasta en Bogotá, algunos cerca de mi residencia, acuérdesese de la historia de Tony Senneca, y había drogas La Rebaja, donde estos tipos blanqueaban el dinero cobrando menos que otras farmacias por los medicamentos.

También es cierto que en un tiempo fueron representantes de la Chrysler en Colombia...

Sí, yo sé, es que en un momento dado en Colombia era una cosa increíble, digamos el auge, la ostentación de los narcos. Todavía me asombro pensando en César Gaviria y La Catedral, me acuerdo de 'Chepe' Santacruz Londoño, que en Cali quiso entrar a un club, muy de sangre azul (risas), y tenía una estatua de un oso enfrente, no porque la cosa era un oso, pero entonces él pidió entrar como socio y se lo negaron; él se construyó una casa igualita al club, simplemente para decirles yo tengo los medios como para burlarme de ustedes; era increíble, y los hijos de Rodríguez Orejuela después me mandaban car-

tas diciendo que ya no estaban metidos. 'Chepe' Santacruz Londoño entró ilegalmente a Estados Unidos y se estableció en Atlanta para distribuir mejor la droga porque Atlanta tiene ferrocarril, tiene carros, tiene aviones, ideal para eso, y él tuvo con su esposa tres hijos aquí, todos ostentan pasaporte americano. Ellos después me reclamaron, no vayan a meterse con nosotros porque nada tenemos que ver con eso, y parece que era verdad, no tenían que ver con la cosa; claro, vivían de la plata del viejo.

¿Qué recuerda usted de una carta de Élmér Herrera, uno de los líderes del cartel de Cali, ofreciendo información acerca de la financiación de la campaña?

Las ofertas para darnos información llegaban a granel a la embajada. Yo iba a una recepción y alguien se me acercaba y me decía yo tengo detalles, después resultaba ser, pues nada, un poquito de humo y más nada, un poco como la madre de Botero, que me llegaba con esos papeles escritos por Botero que no servían absolutamente para nada, no daba ningún detalle, pero clamaban por su inocencia.

¿Pero al mismo tiempo también se conseguían cosas buenas?

La gran mayoría eran chimbas, y le voy a decir una cosa, algunas veces yo creí que lo que nos habían entregado era verídico, pero gente de mi embajada, que son expertos en la materia, me decían que no, que no les parecía. Ahora, en algunos casos yo insistí que eso se pasara a Washington, no obstante las dudas de ellos, pero en otros casos, como yo no tenía prueba reina ni cerca, lo deje pasar, es decir que Frechette diciéndole a unos expertos que conocen el país muy bien o por lo menos al narcotráfico y toda la cosa, que yo tengo

la razón y que ellos no. En algunos casos sí me impuse porque yo conocía a colombianos personalmente que me habían dicho la misma cosa y les dije mire, esto y esto pasa, tengo las siguientes fuentes y vamos a mandar eso a Washington, y en otros casos les dije okay, yo no tengo nada que pueda contrabalancear lo que han dicho ustedes. Pero muchas de las cosas que nos llegaban eran totalmente chimbas.

¿Y ustedes en algún momento pensaron en hacer un acercamiento al cartel de Cali para enterarse de cómo había sido la financiación de la campaña, o ellos hicieron alguna oferta de información?

Mire, si mal no recuerdo había varios informes basados en relatos de personas que conocían a los Rodríguez Orejuela que decían que así había sido, es decir, no teníamos prueba reina, no había un recibo (risas), nada, pero había relatos dados por diferentes personas que más o menos nos hacían pensar que así había sido, y que el cartel casi hacía ostentación de decir que ellos le habían ayudado.

¿Y de alguna reunión de ellos personalmente con Samper tuvieron algún indicio?

No. Es que el presidente de Colombia, es decir...

No, antes, como candidato...

No que yo sepa. Por lo menos, si algo había yo nunca lo vi, nunca me dijeron y en Washington, claro, había mucha sospecha porque decían, ¿no será que esto es un embuste?, ¿cómo es posible que un candidato presidencial?, es un embuste simplemente para despistarnos o de pronto es una celada para vengarse de Samper. Samper después no hizo una cosa que había prometido, es decir, las hipótesis no faltaban para nosotros, pero finalmente quedamos bien convencidos de

que habían recibido eso, y todo lo que yo supe después indica claramente que teníamos razón.

¿Usted conoció a Lara Bonilla o durante su embajada investigó el asesinato?

No, me contaron mucho de él y también había otra persona cuyo nombre recuerdo, que en un momento fue ministro de Justicia, un señor con un bigotito, una persona muy decente, que después no tuvo éxito en la política en Colombia y él fue muy allegado a Lara Bonilla⁴¹. Incluso trabajó para Lara Bonilla, él me contó también. Un tipo bastante inteligente con un pelo negro crespo, tendría que buscar en mis archivos, pero muy buena gente, tuvo muy buenas ideas. Él fue un tipo totalmente mal entendido por la embajada, incluso por mí al comienzo, porque él había trabajado en la Casa de Nariño como un abogado, asesor legal, entonces sale el ministro de Justicia y Samper pone a este señor y era para hacer unas reformas, y claro, yo y los otros de la embajada dijimos este fue un compinche de Samper, él no nos va a ayudar, pero lo que no entendíamos era que este señor admiraba mucho a Lara Bonilla, era para él como un semidiós, y la esposa de este señor era hija del exdirector de *El Espectador*, quien fue asesinado. Lo que nos asombró fue que él era una persona con un punto de vista totalmente diferente al de Samper. Nosotros creíamos que nos había metido un gol, pero no nos metieron un gol, el tipo tenía muy buenas ideas, lo que no pudo es llevarlas a cabo porque otras gentes en el gobierno se interponían. A su esposa (Ana María Cano) la conocí una vez, era una mujer muy buena moza, no bella, pero muy buena moza.

41 Frechette se refería a Carlos Medellín, quien fue nombrado ministro de Justicia por Samper en enero de 1996.

CAPÍTULO 6

“Tengo algo que decirle, embajador”

¿Cómo seguía usted los movimientos de las FARC, lo que planteaban las FARC?

Bueno, había mucho en los periódicos, en la radio, no es que yo pasara todo el día pegado a la radio, no, no tenía tiempo, pero leía los periódicos. Usted me preguntó ¿cómo comenzaba el día?, leyendo todo eso. Sí, y la gente que trabajaba con los colombianos seguía el caso de las FARC, (en el Departamento de Estado) me daban informes que habían recibido de los colombianos sobre las FARC. Claro, mis preocupaciones en la época fueron varios americanos secuestrados por la guerrilla, tres de ellos fueron misioneros, vilmente asesinados. Creo que se lo mencioné a usted en un momento dado, yo tuve un experto agrícola que trabajaba para una organización, creo que cerca de Cali, que se llamaba La CIAT, y fue secuestrado.

Sí, escribí sobre el caso, lo entrevisté, era el Centro Internacional de Agricultura Tropical...⁴²

Y claro, después casi milagrosamente reapareció, pero yo lo veía ya como perdido. Así es que sí, yo seguía la cosa, pero en la época el peligro era que las FARC estaban aumentando, había unos veinte mil, según estimábamos nosotros, y estaban ahí en La Calera, es decir esto no era un chiste y había combates a nivel de brigadas de las FARC contra brigadas del Ejército, y a veces el Ejército salía mal librado. Hubo eso sí antes una batalla, un nombre indígena, un combate en el cual el Ejército le ganó a las FARC, la primera vez en muchos años y era a nivel de brigada, muchos hombres; y dije, ojalá esta cosa pueda funcionar, que el Ejército finalmente gane; pero los grandes oficiales del Ejército eran muy decepcionantes, eran Bedoya, Bonnet, eran generales de cuartel de mucha 'hablantería', muy teatrales. Bonnet siempre me encontraba, él tenía una mesa de cartas y tenía ahí su vaso de agua para mí y una copa, y posaba de intelectual.

Sí, era experto en mitología griega...

Bueno y tenía a ese hermano medio tenebroso, el negro Bonnet, ¿se acuerda?

Muy cercano a Julio Mario Santo Domingo...

Sí, pero tenebroso. El general Bonnet era entonces un poco folclórico y en cierto sentido me hacía gracia, así que me invitó

42 Se refería a Thomas Hargrove, un agrónomo del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT) de Cali secuestrado por las FARC en septiembre de 1994. Los guerrilleros pensaban que Hargrove trabajaba para la CIA. —Yo trabajo para CIAT, les dijo en su torpe español Hargrove a los guerrilleros en la camioneta. Nadie respondió. —¿Saben qué es el CIAT?, insistió. Unos de los jóvenes se animó a responder: —La CIA, esa es la agencia de inteligencia de Estados Unidos (*Made in Miami*, Gerardo Reyes, Editorial Planeta).

a tirar al blanco y fui con mi esposa, que con una metralleta Uzi es mejor que yo.

¿Solamente fueron una vez?

No, fueron dos o tres veces, pero claro el discurso de Bonnet era siempre el mismo, que los gringos eran pendejos; que los colombianos sabían cómo pelear y no necesitaban instrucciones de los gringos, y que cómo era posible que yo me atreviera a hablar de esa manera y, como le dije, yo traté de no asociarme con los oficiales de las Fuerzas Armadas, yo era con el ministro porque yo no era militar, pero en el caso de Bonnet y de Bedoya eran personas que se salían un poco de la figura tradicional que yo tenía, y yo sabía que había rumores de la posibilidad de un golpe, porque eso salía en la prensa.

Por el descontento con Samper...

Sí, eso fue más o menos en julio, agosto. Yo llegué en julio del 94, en julio del 95 cayó todo el cartel de Cali.

¿Qué impresión tenía usted de Bedoya?

Yo tenía mucho miedo de que eso pudiese cuajar (el golpe militar), era la primera vez que yo veía ese tipo de rumor en Colombia, fui a ver a Samper y le dije Presidente, bajo la ley americana nosotros estamos obligados a decirle a usted que nosotros tenemos información que indica que se está cocinando algo. Y Samper me contesta: no embajador, aquí tenemos una tradición muy civilista. Y se rio, entonces dije bueno, este tipo o tiene una sangre fría del carajo o yo estoy hablando tonterías. Eso fue en agosto, un mes más tarde sale “Ruido de sables” con la foto de Bedoya y él, que no es muy inteligente, tenía una buena amistad con el general McCaffrey, jefe del Comando Sur, iba mucho a Panamá y le

decía a McCaffrey que si le dejaba la tarea al Ejército ellos terminarían con las FARC en menos de un año. Entonces empezó a ocurrir una cosa que me llamó mucho la atención, llegó una persona bastante distinguida de la sociedad colombiana y me dijo embajador, ¿cuál sería la reacción de Estados Unidos si hubiera un golpe contra Samper? Y le dije inmediatamente olvídense, eso ya terminó, eso ya es cosa de otro siglo, Estados Unidos ya no se presta para golpes de Estado en esta región, pero empezaron a preguntarme todo tipo de personas, yo iba a una reunión y un tipo me decía tengo algo que decirle, embajador, y nos poníamos en un lugar un poco apartado y me decía ¿cuál sería la reacción? Yo tuve, por darle un estimativo, más de cincuenta indagaciones y fui nuevamente a Samper. Mi respuesta siempre era, olvídense, ese episodio ya no sirve, no se propone, no se va a hacer, y fui nuevamente a ver a Samper y le dije la cosa persiste, y él me dijo otra cosa, como que riéndose de mí y después claro, la historia repercutió por toda Colombia, los medios me preguntaban, pero eso fue un año después, alguien de los medios se atrevió a preguntarme. Sí, le dije el mismo cuento que acabo de decirle a usted, creo que fueron las Marías, las directoras de un noticiero de televisión.

¿Y ustedes presionaron entonces para que Samper sacara a Bedoya?

No, no en absoluto, no, pero yo traté de hablar con Bedoya, porque McCaffrey me seguía diciendo Bedoya es un genio, él tiene grandes planes, y yo iba a hablar con Bedoya y pues nada, pura paja, y yo creo que por ser militar, él entusiasmaba a McCaffrey, que era militar, también diciendo las Fuerzas Armadas pueden cuando los políticos civiles no pueden, esas

cosas; al final, yo le dije a Washington y le dije a McCaffrey, el general Bedoya es un cero a la izquierda, olvídense, quiere tener buenas relaciones, hágalo porque así es posible que ellos obedezcan más, o respeten más los derechos humanos; yo no me relacionaba mucho con los militares, y era la verdad.

CAPÍTULO 7

Sin visa

El gobierno de Estados Unidos le revocó la visa al presidente Samper en julio de 1996. Fue “la peor borrasca” de su mandato, según sus memorias. Samper sostiene que la utilización de este mecanismo por razones políticas “es un atentado contra la honra de los ciudadanos extranjeros que no pueden defenderse ni hacerse oír”. Según él, la cancelación de la visa fue parte de un chantaje de Estados Unidos con un arma que no resultó “tan demoledora como pensaban”. Cuenta Samper que un amigo suyo bien conectado lo había llamado unos días antes para comentarle alarmado que había recibido un mensaje de Washington: “Me conminaban a negociar rápidamente mi salida de la presidencia... con la garantía de que no me quitarían la visa ni sería perseguido judicialmente. Le contesté que ni lo uno ni lo otro era negociable”.

En prevención a que Estados Unidos abriera investigaciones judiciales en su contra, Samper le pidió al vicescanciller Camilo Reyes y al jurista Bernardo Gaitán Mahecha que se reunieran con el embajador para establecer si había planes en ese sentido en Washington. Los delegados prepararon un informe de la reunión en el que afirman que Frechette les manifestó que el gobierno de Estados Unidos “no tiene ni tendrá la intención de formular acusación alguna contra el presidente”.

¿De dónde surgió la idea de quitarle la visa al presidente Samper?

Eso surgió en Washington. No sé cuánto tiempo se discutió allí pero me hicieron la consulta.

¿Y de quién fue la iniciativa?

No sé.

¿No fue suya?

No, no fue mía. Pero cuando me preguntaron les dije si quieren hacerlo háganlo. Y les dije muy bien hecho porque no hay nada más despresticioso para un colombiano de importancia que no tener su visa, va a ser prueba fidedigna de que Samper estaba en muy mal estado con respecto a Estados Unidos. Yo me imagino que fue gente probablemente de la oficina del zar de la droga, pero no sé.

¿Eso venía analizándose desde antes de que usted llegara?

En primer lugar, lo que hizo Samper frente a la ley no dejaba duda para nosotros. No había que preguntarse. La única inquietud es que era un jefe de Estado y pensamos que eso iba a causar un rollo tremendo en América Latina porque es el Presidente y en Colombia hay gran respeto por las perso-

nas (públicas). Yo nunca he visto realmente un intercambio entre un presidente colombiano y alguien en una conferencia gritándole o mentándole la madre, como pasa en Estados Unidos. Eso no se ve en Colombia, hay mucho respeto. Pero había gente en Washington, entre ellos Gelbard, que decía quitémosle la visa para dar un ejemplo, otros decían *piano piano si va lontano*, ojo que nos puede salir el tiro por la culata, y yo me metí en ese grupo porque me pareció que estábamos poniendo mucha presión en Colombia sobre lo que la política de Estados Unidos era. Pero cuando ya eran claras algunas de las cosas que nosotros queríamos hacer en Colombia, Samper simplemente se oponía y de alguna manera no se hacían. Es decir, varios funcionarios decían sí, se va a hacer, y no pasaba nada.

¿Pero recuerda algo particular en ese sentido?

Serían los temas candentes de siempre, el narcotráfico, perseguir a los carteles, fortalecer la Policía.

¿Eso no lo hacía el gobierno?, ¿pero entonces cómo cogieron a los jefes del cartel de Cali?

Hicieron, pero no todo lo que nosotros pedíamos. Me acuerdo muy bien que Rodrigo Pardo y luego María Emma Mejía como que suspiraban cuando yo llegaba a su despacho porque yo tenía una lista enorme de cosas que habíamos discutido que ellos me habían dicho que iban a hacer pero no se hacían. Yo iba a ver al presidente y me decía cualquier cosa, yo no sé. Una de las cosas que se me hizo muy clara es que había una descomunal falta de coordinación entre los diferentes ministros que aparentemente todavía existe, no tanto durante Uribe porque Uribe tenía látigo, se reunía semanalmente con los ministros y los que no le cumplían pues los botaba. Uribe

en ese sentido tenía mucha simpatía en Washington porque era un hombre de armas tomar en eso. Pero Samper no. Una de las ventajas de María Emma Mejía como canciller era que ella tenía, a diferencia de Rodrigo, un gran sentido de organización y ella hacía reuniones con los otros ministros. Y yo sé por varias fuentes que algunos de esos ministros se resistían porque decían ella no es mi jefa, ella es ministra. Pero ella dijo voy a reunir a los ministros, coordinar para que todos los ministros que están involucrados hablen a la misma vez, en el mismo cuarto sobre las peticiones de Estados Unidos. Se puede hacer o no se puede hacer en vez de estas excusas de bueno, no sabemos qué pasó.

Entonces llegó un punto en el que ustedes pierden la paciencia...

Llegamos al punto en el que era totalmente obvio que no solamente había aceptado los seis millones, sino que estaba obstruyendo la cooperación entre Colombia y Estados Unidos. De vez en cuando se me preguntaba y finalmente dije okey, porque acuérdesse que para quitarle la visa a un jefe de Estado hay todo un procedimiento en el Departamento de Estado, la sección consular, y meterse a hacer ese tipo de cosa a la loca lo único que causa es mucha reacción negativa en Washington. Yo llamé a los jefes involucrados de la embajada y les dije están proponiendo eso en Washington, y claro ellos todos encantados de la vida. ¿Qué les va a decir? Les dije que sí. Se fueron todos contentos.

¿Cómo se hizo?

En varios cables yo iba dejando muy en claro que en mi opinión Samper estaba obstruyendo y tenía sus personas que le ayudaban dentro del gobierno, no tal vez los minis-

tros sino otras personas. Cuando tenía ejemplos los daba a Washington, cuando no, era simplemente un sentimiento de que aquí están, como dicen en Brasil, empujando con la barriga y no pasa nada. Yo creo que entre mi punto de vista expresado en varios telegramas a Washington y la reacción en Washington, ellos llegaron a la conclusión de que había llegado el momento, que le iban a quitar la visa, le explicaron que recibiría una carta diciéndole eso y diciéndole que ojo con tratarse de montarse en un avión que fuera a Estados Unidos porque la línea aérea no lo llevaría. La carta tiene que haber salido de la embajada. No iba firmada por mí sino por un funcionario de Washington pero nosotros la mandamos a Palacio con un motorista.

¿Cómo reaccionó Samper?

Él no me dijo nada, nunca me dijo nada sobre esto pero obvio que la reacción en los medios y toda la gente que había criticado a Samper y muchos de los que habían lo habían respaldado con esa entonación tan colombiana ¡uuuuuy, uuuuuuy!, (carcajadas), eso es muy de aquí, como decir 'buenísimo', otro superlativo muy colombiano que cuando se lo digo a mis primos en Chile se ríen.

¿Usted comentó antes de pedir la cancelación de la visa con algunas de sus personas de confianza en el gobierno?

No, porque yo no tenía ninguna confianza de que una medida tan ¡uuuuuy! iba a permanecer secreta. Yo no tenía amigos confidenciales dentro del gobierno de Colombia.

¿Al fiscal Valdivieso, a Serrano?

No, no, se hubiera filtrado. Alfonso (Valdivieso) le hubiera dicho a Martha, su esposa, o Serrano le hubiera dicho a Naranjo o a otros, y eso se filtraría.

¿Alguno de ellos le dijeron no estoy de acuerdo con esa medida?

Nunca, hay algunos que decían pero qué cosa tan terrible, jefe de Estado. Y yo respondía mire, mientras sea presidente él puede entrar a Estados Unidos para hacer trabajo oficial. ¿Quiere ir a la ONU?, no hay problema. Él tiene visa diplomática de Estados Unidos para ir a la ONU. Lo que se le quitó fue la visa personal. Muchos colombianos no quisieron aceptar mis explicaciones o simplemente me expliqué mal, porque siempre confundían la cosa. Recientemente me llamaron los medios cuando Samper visitó Nueva York y fue a las Naciones Unidas. Estados Unidos no puede negarle la entrada porque él tiene un pasaporte especial como secretario general de Unasur.

¿Samper en algún momento, a través de alguno de sus ministros, le mandó a decir reconsidere o expresó su protesta?

No, lo que disminuyó tremendamente fue mis contactos con él. Se volvió mucho más difícil hablar con él. Yo trataba de reservar mis visitas con Samper solamente para tratar cosas muy urgentes donde había habido un fracaso de la parte colombiana.

¿Cómo cuáles aparte del ruido de sables?

Algunas medidas que habíamos acordado de gobierno a gobierno, sin discutir las con él, sino con el ministro porque el sonsonete de Samper era vaya a hablar con el ministro. Yo iba a hablar con el ministro y el ministro o la ministra, con ellos habíamos acordado hacer esto y no pasaba nada y entonces yo iba a hablar con Samper, pero él me hacía esperar una semana antes de recibirme. Cuando le fui a decir que Estados Unidos

estaba convencido de que se estaba cocinando un golpe me recibió inmediatamente porque yo le dije a protocolo que era supremamente urgente y me recibió rápido. Y en realidad yo me di cuenta que salvo en casos de extrema urgencia hablar con Samper era perder el tiempo porque yo no tenía ninguna seguridad de que él iba a decir mire, llegó este gringo tal por cual y me dijo esto y lo otro. Yo creo que él simplemente me recibía y cuando yo salía se cerraba la puerta y él seguía con otras cosas⁴³.

¿Cuánto sabía Samper de las operaciones que hacía por ejemplo Serrano o que hacía Naranjo?

Poco o nada. Una de las bases de la cooperación entre Colombia y Estados Unidos fue mantener en extremo sigilo, muy estricto, ciertas operaciones porque sabíamos perfectamente que no hacerlo así era la estocada de muerte para la operación. Incluso habíamos formado con los colombianos grupos vetados en el sentido de que se sometían a exámenes, grupo élites, muy a menudo hacían nuevamente las mismas preguntas y chequeos y si alguien no respondía exactamente lo botaban del grupo. Ellos entendían que al entrar al grupo tenían que mantener un gran sigilo y si daba alguna duda en esos rastreos periódicos, salían de la organización.

43 En su libro, Samper asegura que Frechette nunca le advirtió formalmente de que se estaba fraguando un golpe. "(Frechette) habló, sí, del hecho con algunos funcionarios pero de manera informal, como sin querer queriendo y siempre minimizándolo (...) Tal vez si lo hubiera comunicado de manera formal o añadiendo a su 'inofensiva' versión que quienes acudieron a la cita le habían sugerido que había militares activos detrás de sus aspiraciones golpistas el gobierno habría estado en condiciones de prever e incluso de evitar los hechos de sangre que se presentarían a las pocas semanas, como el atentando contra el abogado Cancino (defensor de Samper) y Gómez Hurtado" (*Aquí estoy y aquí me quedo*, p. 210).

¿Lo que usted me está diciendo entonces es que las capturas de los jefes del cartel de Cali no debían haber sido asumidas por Samper como una victoria de él como presidente?

Pero él no las planeó, las planeamos nosotros con la policía colombiana y trabajamos muy estrechamente con muchas agencias en la embajada. El cartel tenía mucha plata y le estaba siempre ofreciendo plata a funcionarios de la Policía, el Ejército y todo lo demás. Esta era una cooperación Colombia-Estados Unidos pero que no había pasado a través del despacho del Presidente. Él había dicho que nosotros colaboráramos, más o menos diciendo a mí no me molesten con esos detallitos, yo soy presidente y tengo otras preocupaciones. Más o menos no lo dijo de esa manera, pero en cierto sentido para mí ese era un gran alivio porque si yo hubiera tenido que ir a explicar todas esas cosas, entonces se hubiera regado y las operaciones no hubieran funcionado.

¿Usted cree que el presidente continuaba bajo alguna presión o extorsión del cartel de Cali, ya siendo presidente?

No, no creo, pero él tenía muchas personas que lo rodeaban. Por ejemplo, mi predecesor Busby era una persona que tenía confianza con el presidente Gaviria, pero Samper... seis millones de dólares, ¿quién le iba a tener confianza?

¿Usted habló de frente con él sobre los narcocasetes?

No, él ya había hablado. Discutir eso de nuevo con Samper era abrir una llaga y yo no quería hacer eso. Es decir, él sabía y yo sabía. Era un secreto a voces. Entonces no valía la pena y a veces como que hacía saber que muchos de los detalles que yo quería discutir con él eran aburridos. Yo soy el Presidente, no me molesten con esas vainas.

¿La conversación más tensa, incómoda que tuvo con él?

Al comienzo eran con mucho chiste, después se volvieron más tensas, pero siempre con chistes, yo le trataba de llevar chistes y él me daba también. Pero como le digo cuando él finalmente empezó a decirme mire, trate eso con los ministros, yo iba a los ministros y les decía el Presidente me dijo, y rápidamente empecé a ver quién era un tipo que trabajaba fielmente con lo que se había acordado entre los dos gobiernos y quién estaba empujando con la barriga. No quiere decir que en todos los casos les caía bien Estados Unidos o lo que se había acordado. Por ejemplo, Cecilia López que fue ministra del Medio Ambiente, una mujer izquierdista, a ella le parecía que lo que estábamos haciendo con la aspersión, la fumigación, era fatal para el medio ambiente, y lo interesante, una de esas ironías de la historia, es que el jefe de Gelbard, el subsecretario Tim Wirth, que era un demócrata, exsenador de Colorado, había tenido grandes inversiones en el negocio de las flores y fue arruinado por la importación de flor colombiana barata. Colorado sufrió mucho cuando Colombia genialmente llegó a una fórmula de rehacer el mercado de las flores de Estados Unidos. Antes de eso las flores solo se vendían en floristerías, pero el modelo colombiano era venderlo en supermercados a precio de huevo. De todas maneras, Tim Wirth era muy ambientalista y cada vez que yo le iba a hablar del narcotráfico cuando estaba en Washington el tipo casi se dormía, no es que la cabeza le diera en la mesa pero casi. Y a él le caía mal lo que estábamos haciendo con la aspersión, pero desgraciadamente él tenía responsabilidad no solo por el medio ambiente sino también de la lucha antinarcóticos, así que él no iba a abrir su boca dentro del gabinete de ministros en Washington sobre

sus preocupaciones con lo que estaba pasando en Colombia. Mucho más importante para Washington era la lucha anti-narcóticos.

¿Y él no tenía prevención con Colombia por lo que los floristas habían causado su quiebra?

No, él sabía que esa era una cuestión de negocios. Si los colombianos podían vender las flores más barato eso es capitalismo, es la competencia, es decir uno puede decir carachos, yo tuve una gran plantación de flores y ahora estoy en la cuerera, muy bien, pero así es la vida.

¿Samper no le dijo a usted mire, embajador, no se meta en los asuntos de Colombia?

No, eso se decía mucho en los medios. Había muchas personas que decían que yo era entrometido, como usted me dijo ayer, pero él nunca me lo mencionó. Acuérdesse que él tenía el recuerdo del encuentro con Carla Hills, cuando él nos mintió así no más, abiertamente y trae al pobre embajador colombiano en la OMC que estaba en Ginebra y lo puso a mentirnos a nosotros. Ahora cruzarse con Carla Hills era cosa seria, ojo con eso, una mujer muy inteligente, abogada de mucha distinción y ella en ese momento, me acuerdo bien, me dijo mire, aquí no tenemos aliado en términos comerciales para nada. Todo esto cambió con los presidentes Pastrana y Uribe.

¿Qué posibilidades hay de que la CIA le hubiera dado las cintas a Pastrana?

No tengo la más mínima idea. Si la CIA lo hubiera hecho me hubieran contado. Ellos son como la DEA. Si tuvieron un triunfo se lo cuentan hasta que usted está totalmente hipnotizado por el mismo cuento. No creo eso.

¿A usted no le tuvieron que hacer un *debriefing* explicándole lo que había contra Samper?

Sí, claro que sí, cada agencia tenía su propio cuento, cada uno diferente, la DEA, la CIA, el Departamento de Estado y en la época Gelbard y otros en el Departamento de Estado y la Casa Blanca que decían que no debían enviar embajador.

Antes de que empezáramos toda esta serie de entrevistas yo venía con más expectativas de que usted podría conocer un poco más sobre la historia interna de cómo fue que se descubrió que Samper había recibido dinero del cartel de Cali, pero veo que usted lo que sabe es lo que todo el mundo sabe, no más allá.

A ver, un detallito... se sabe que Morenito tenía las cintas donde salía eso, no sé dónde consiguió Pastrana esas cintas, pero se las dio Morenito, Morenito se las ofreció al embajador en Colombia, Busby. A Busby le cayó muy bien la idea, a él le gustó la idea de que Estados Unidos con bombo y platillo anunciara eso pero el Departamento de Estado le dijo no, esa es una injerencia totalmente indebida en este momento, no lo haga, así que no lo hizo.

¿Pero Washington no tenía otras pruebas?

No, porque cuando ya se volvió público y ellos creían lo que Busby decía que les había dicho a mí me parece que esto es verídico, que esto realmente pasó, él aceptó el dinero. Porque Busby tenía la idea de que al hacer eso (un lanzamiento con bombos y platillos de los narcocasetes) Samper se avergonzaría y trabajaría con nosotros. Él no conocía a Samper. Entonces no hablaba mucho español. Él se entendió mucho más con Rafael Pardo, que era el ministro de Defensa, el primer civil

que ocupó ese puesto que hizo mucho de la estrategia para agarrar a Escobar.

¿Ustedes no estaban apostando a que la solidaridad de los colaboradores de Samper se fracturara, como lo sugiere un memo de la CIA?

Siempre había esa posibilidad pero no era una estrategia de Estados Unidos porque tenía un chance entre mil de darse, porque cuando yo llegué a Colombia quedé realmente sorprendido con la capacidad de los colombianos para mentir, mentirme a mí. Yo nunca he estado en un país tan complicado. Hay otros países en América Latina que cuando uno ya comienza a conocer la gente, usted tiene una buena idea dónde está. En Colombia eso es muy difícil, muy difícil. Después, poco a poco, me fui dando cuenta de que Botero era realmente nefasto. Era una persona de dos personalidades. Me fui dando cuenta de que era supremamente inteligente y que estaba dos o tres pasos más delante de los gringos pero que uno no podía confiar en él. No me sorprendió lo que le pasó. Y ya había muchas traiciones. Acuérdesse que Néstor Humberto Martínez Neira renunció a su puesto durante mi tiempo y yo tengo mucha sospecha de que él no me lo dijo, pero... A ver retrocedo, yo tuve una fiesta en mi residencia, alguna recepción. Néstor Humberto era una persona con la cual yo trabajaba mucho porque teníamos muchas reformas en el sistema de justicia. Y vi que Néstor Humberto no llegaba. Finalmente llegó como a las nueve y media pero pálido, pálido, parecía una sábana de blanco y me dijo ¿puedo hablar con usted? Claro le dije, nos fuimos a la biblioteca que estaba al lado, me dijo acabo de renunciar. Cuando traté de preguntarle por qué, él fue muy esquivo, no me lo quiso decir.

Pero lo que yo siempre he sospechado es que Samper lo iba a dejar a él colgado de la brocha.

¿Acusándolo de que él sabía?

Pero Néstor Humberto es una persona... bueno, hay gente que no confía en él, pero yo creo que es un hombre íntegro. Yo creo que cuando se dio cuenta de eso renunció y me dijo que la decisión la tomó esa tarde.

Embajador, es inevitable que todo esto lo muestre a usted con mucho poder, con mucha arrogancia, un embajador que descertifica a un país, le quita la visa a un presidente. ¿Eso cómo lo recibe usted, cómo maneja esa imagen que proyectaba hacia muchos colombianos?

No podía hacer nada. En primer lugar, muchas de las cosas que la gente me acusaba de haber hecho como el acuerdo del café no eran verdad, eran invenciones, una cosa muy típica de Colombia que se lanzan mentiras contra los enemigos en los medios y esa persona entonces responde. No me preocupó mucho. El hecho es que nosotros estábamos gastando mucho dinero, haciendo todo lo posible para salvar la democracia en Colombia y había gentes al más alto nivel de ese gobierno que estaban tratando de continuar haciendo sus fechorías. ¿Qué iba a hacer yo? Era la política de Estados Unidos. Yo no discrepaba, si hubiera discrepado me hubiera salido del Servicio Exterior. Pero me pareció muy justo. Colombia de un lado pidiendo ayuda de que no pueden con eso (el narcotráfico) y del otro lado criticando porque somos prepotentes, porque somos arrogantes. Es decir, yo me sentía mal porque a mí no me gusta que yo le caiga mal a la gente. Yo creo que eso es enteramente normal. Pero mi tarea era ser representante de Estados Unidos. Yo seguía diciendo que la

falta de extradición era un desacato al derecho internacional. Que la extradición era celebrada por la ONU como una de las maneras más eficaces de lidiar contra el narcotráfico. Era en el momento en que los narcos estaban utilizando batallones de abogados en Colombia que decían que mejor la tumba en Colombia que la prisión en Estados Unidos. Yo sé que lo que hizo Estados Unidos en ese caso no les cayó bien a los colombianos, a algunos mucho peor que otros. Nunca me olvido que un amigo mío de Venezuela, a quien había conocido en los años setenta, era el embajador de ese país, hizo una fiesta en la residencia. Poco después lo diagnosticaron con cáncer. Pero de todas maneras me invitó a la fiesta y quedé en una mesa, en una estaba Rosso José Serrano, en otra la esposa de Augusto Ramírez⁴⁴, él estaba en la mesa pero no hablaba nada conmigo. Él regresó del exterior e inmediatamente hizo publicar un artículo en *El Tiempo* que decía que la marihuana era el producto con más valor en Estados Unidos y usaba como base un artículo en *New York Times Magazine*. Entonces yo le escribí una carta de cinco páginas explicándole que la revista tiene otro editor y un *staff* (personal) totalmente separado del *New York Times*, así que decir que fue el *New York Times* es un error. En segundo lugar, le dije no he podido encontrar en ninguna parte cualquier cifra que llegue cerca a lo que usted dice. Con mucho gusto me gustaría reunirme con usted para presentarle más pruebas pero lo siento mucho, su artículo está lleno de errores. Al tipo le cayó malísimo porque era una persona con un gran sentido de autoimportancia. Él tiene un hermano, Jorge Ramírez Ocampo, buena gente Jorge. Augusto

44 Político conservador quien fue ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno del presidente Betancur.

me invitó a su casa y estaba lleno de gente, él tenía un apartamento de dos pisos y una de las piezas abarcaba dos pisos y era una biblioteca enorme, llena de libros, con escaleras para subir y bajar. Es decir, estábamos hablando con un intelectual. Hablamos un poco, buscando si me daba una bofetada verbal y yo haciéndole el quite, haciéndome el pendejo, me hacía preguntas y yo le respondía cualquier tontería. Pero me quedó muy claro que yo le caía como una patada en la cara. Entonces mi amigo, el embajador de Venezuela, me invita y estoy sentado al lado de la esposa de Augusto Ramírez Ocampo y Serrano por ahí. La esposa era bonita, muy bonita, con mucha dignidad, una mujer cuando joven bellísima, se da vuelta, sentada a mi lado y me dice ¿sabe qué, embajador?, yo lo odio a usted. Le dije lo siento mucho, señora. Seguí hablando con Serrano y otras personas.

CAPÍTULO 8

Álvaro Uribe, Brigada 20, CIA y paramilitarismo

¿Cómo fue su conversación con Álvaro Uribe sobre César Villegas⁴⁵?

Yo fui y le hice muchas preguntas a Álvaro Uribe porque era obvio que este era un hombre muy capaz que tenía un equipo muy bueno en Antioquia. Yo le tenía mucho respeto a los antioqueños, gente trabajadora, gente muy pujante, y fui a verlo para ver cómo despachaba, cómo funcionaba

45 César Villegas, empresario y accionista del equipo de fútbol Santa Fe, quien estuvo preso por enriquecimiento ilícito y testaferrato tras abandonar su cargo en la Aeronáutica Civil. La embajada sospechaba que Villegas fue quien otorgó las licencias de funcionamiento a una buena parte de la flota aérea de los narcotraficantes colombianos cuando Uribe era director de la Aeronáutica Civil. Villegas, a quien los jefes del cartel de Cali se referían como 'el bandi' en las grabaciones conocidas como los narcocasetes, fue asesinado por dos sicarios en Bogotá en marzo de 2002.

y quedé supremamente impresionado, pero le tuve que hacer muchas preguntas. Lo de Villegas nunca se lo acepté a Uribe. Villegas era un gran villano, ya lo sabía yo. También sabíamos que el gran auge en el uso de las avionetas de los narcos había sido en la época de Villegas, cuando él dirigía la oficina que expedía las licencias para esos aviones y que Uribe había sido la persona que lo puso en ese puesto. Villegas vino a verme muchas veces y me decía que no era verdad.

¿Qué impresión le dio Uribe?

Me asombró todo lo que me mostró de Antioquia porque Medellín era muy diferente de Bogotá. Quedé muy impresionado con todo lo de Uribe y nos sentamos a hablar solos. Fue muy cariñoso conmigo y con Bárbara. Yo le hice las preguntas: “Mire, yo soy muy frentero, y le tengo que decir que no entiendo cómo es que funcionó la cosa”.

¿Qué cosa?

Cómo fue que usted contrató a Villegas. Usted sabe que Villegas sin lugar a dudas les dio estas licencias a los narcos. Él dijo: cuando llegué a la Aeronáutica la única persona que yo conocía en Colombia que sabía algo de aeronáutica, que era un civil, era Villegas, que había estudiado ese tema allí. Lo verifiqué y era cierto, había estudiado allí. Ahora, claro, fue una respuesta bastante simple, y después dijo lo otro: es que yo no sabía de eso, antes de nombrarlo, de que tenía un vínculo, o que pudiera ser un torcido. Es decir, se lavó las manos, dijo simplemente que le miró las credenciales. Y claro, uno no puede en frente de una persona decir ¿cómo me voy comer ese cuento? Pero le hice la pregunta de diferentes maneras explicándole que en Washington simplemente no se entendía eso.

¿Se molestó?

No, era seco al contestarme pero para nosotros los americanos eso no es excepcional, no es una ofensa.

¿Hubo cuestionamientos sobre los vínculos de él con el narcotráfico?

Sí. La Defense Intelligence Agency⁴⁶ había hecho un informe hacía años que decía que él tenía relaciones con eso, pero nunca pudimos verificarlo. Yo les dije a todos (en la embajada): es importante que entendamos que este señor tiene futuro en Colombia y tenemos que saber lo máximo que podamos.

¿Cuándo fue la entrevista?

La entrevista fue como en el 96, cuando él era gobernador. Una de las tareas fundamentales del embajador es conocer líderes con potencial, por lo menos hacerse amigo y ver si hay una manera de colaborar juntos, sin que sea un cipayo de los gringos, que agarre cierta confianza, y el único que se ajustaba a esas impresiones era Uribe, por eso fui a verlo.

¿Por eso se investigó todo?

Sí, claro. Y Uribe tenía ese cordoncito flojo de Villegas. ¿Cómo se explica eso? Y ya había mucha gente que me decía no le tenga mucha confianza a Uribe, es un tipo ligado con los narcos, que apoya a los paramilitares. Me hablaban pestes de él en esa época, fui a verlo y quedé muy impresionado, pero no me dio ninguna satisfacción en los temas que nos preocupaban.

¿Qué hicieron ustedes en la embajada?

Mandé informes. Villegas ya no estaba en el puesto cuando yo llegué, era una persona de interés histórico. ¿Cómo se

46 Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Militares de Estados Unidos.

explica que Uribe iba a poner un tipo que resultó ser tan sucio? Uribe dijo que él lo hizo porque sabía de aviación. ¿Será verdad? No sé.

¿Le quitaron la visa a Villegas?

No, porque en realidad no nos pareció que eso tenía mucho impacto. No era una persona en el gobierno. No era una persona que estuviera abiertamente con los narcos. Había americanos en Washington que querían que yo le quitara la visa a medio mundo en Colombia, pero eso es ridículo. Es mucho mejor escoger personas que los colombianos reconocen y tienen algo que ver.

¿En el futuro qué podemos esperar del contenido de esos informes que usted firmó?

Va a salir (Uribe) como un dirigente impresionante, no obstante los rumores. Es que tenía toda esta idea de crear bandas sinfónicas en Antioquia. A mí me impresionó eso. Nos llevó a pequeños pueblitos y caseríos, y todo el mundo lo conocía y era obvio que lo estimaban mucho. Tenía todos los dones de un político.

¿Pero usted le mencionó directamente el informe de inteligencia?

No recuerdo exactamente lo que escribí en los informes, pero dije que era una persona que teníamos que ver en el futuro, que tenía un gran don de líder y que ciertamente Colombia se merecía a alguien mejor que Samper. Los informes son con verrugas y todo. Pero yo quedé impresionado con él.

¿Qué opinión tiene de él hoy?

Muy frustrante, es una persona muy diferente de lo que pensaba. No es democrático, no tiene mucho respeto ni por lo

judicial ni por el Congreso, es una persona autoritaria y muy populista, en muchos sentidos es muy parecido a Chávez.

Usted expresa mucha preocupación por el paramilitarismo pero 'los Pepes' (Perseguidos por Pablo Escobar), que sembraron también el terror en Colombia, contaban con el apoyo de la DEA. Los Pepes de ayer son los paras de hoy.

Si uno es una agencia de inteligencia como la CIA, la DEA, necesita información. Puede pedir autorización para hacerlo. Pero supongo que lo hacían solo para ciertas cosas.

¿Ustedes sabían si los militares colombianos cooperaban con los paramilitares?

En mi tiempo, de vez en cuando recibía información de que había participación de los paras como en el caso de (el general del Ejército) Rito Alejo del Río, quien le daba a los paras informaciones secretas y ellos, utilizando esa información, hacían sus ataques. Cuando yo le decía eso al ministro de Defensa (Fernando Botero) me abría los ojos pero no decía nada, como si fuera una gran sorpresa. Otro indicio: campamentos de los paramilitares.

Usted como embajador firmó unos reportes en los que se hablaba de la mentalidad del *bodycounting* (cuenta-cadáveres) de los militares colombianos que puede ser el origen de los falsos positivos.

El término *bodycounting* está relacionado con el general Westmoreland, testarudo que creía que entre más vietnamitas murieran, mayor era la posibilidad de ganar la guerra. Nunca logró, pobrecito, entender la situación, subían los muertos de parte nuestra y había una reserva sin fin de vietnamitas que no podían matar. En esa época se hablaba del *bodycounting*. Se llevaron el término a Colombia y me acuerdo de los oficiales

americanos al describirme lo que estaba pasando en Colombia utilizaban el término. Eso fue mucho más común al terminar mi periodo. En esa época no permitíamos que personal nuestro llegara cerca a las FARC, hubiera sido un 'escandalazo', y tenía miedo de que fueran a ser secuestrados.

Cuando en la región de la Occidental Petroleum, en el oleoducto La Occidental, quería utilizar un avión con radar Flir, radar infrarrojo que detecta los humanos aun en la oscuridad, que pudieran tratar de hacer volar el oleoducto, ellos dijeron que querían pagar un avión para volar sobre el oleoducto y entonces mandaban un mensaje radial alertando a los militares. Yo insistí que los tipos que fumigaran nunca fueran veteranos militares, tenemos miles de pilotos que saben fumigar, nunca fue difícil, y los contratábamos en otros países. La idea mía era no dar papaya. No dejarse engatusar en una situación.

Antes de que yo llegara, una pequeña unidad de ingenieros americanos fue a poner una escuelita, un fotógrafo le tomó una foto a un sargento con una pistola y se armó la grande, mi antecesor, Busby, no pensaba que eso se tenía que discutir con el gobierno, muy ingenuo, pero yo le decía a mi gente que así no era aconsejable. En cuanto estalló el escándalo, Busby les dijo a los americanos que hablaran con los militares colombianos, pero cuando se armó el furor, los altos mandos le dijeron al gobierno colombiano nosotros nunca dijimos que militares armados estaban autorizados. Quedamos muy en términos de opinión pública. Cuando llegué dije esto no me va a pasar a mí. No me importaba si los militares decían si estaban o no de acuerdo. Claro, ya me llegaban informes sobre falsos positivos y los mandábamos a Washington, de tipos muertos que aparecían ensangrentados y uniformes que

tenían sangre pero no huecos. No se necesita ser Einstein para entender lo que ocurría.

Aquí hay un confidencial de *Semana* sobre el tema: “Rayos y centellas y todo tipo de calificativos llovieron la semana pasada sobre la cabeza de Myles Frechette, quien pocas horas antes de dejar su cargo de embajador de Estados Unidos en Colombia, lanzó serias acusaciones en contra del servicio de inteligencia del Ejército Nacional. En la Vigésima Brigada hubo actividades de escuadrones de la muerte”.

Y eso sigue, y yo salí hace ya veinte años de Colombia y eso sigue... falsos positivos, escuadrones de la muerte. Pero la Policía también tiene que hacer una gran limpieza. Ellos han malinterpretado la importancia que le da Colombia a terminar con la guerrilla. Yo me acuerdo que en mi tiempo recibí informes increíbles de que a veces los militares en ciertos pueblos mataban a los gamines, chiquillos que andaban ahí tendenciosos, simplemente los mataban. Y amanecían los cadáveres y ya, nadie sabía nada, pero todo el mundo sabía que habían sido los militares. Me acuerdo también del caso insólito de que el Ejército presentó unos falsos positivos y estaban todos con uniforme, pero no había ni una sola bala que hubiera atravesado el uniforme, aunque adentro estaban acribillados. Cualquier persona, el mensaje era necesitamos una cabeza; lo mismo pasó con Estados Unidos en Vietnam, es triste decirlo, es decir Estados Unidos no es un país de personas superiores a los colombianos, cuando un comandante sabe que ser ascendido depende del número de cadáveres que trae, pues se las arregla y dice bueno, este tipo es nadie, no es hijo de nadie, no tiene casa, no hace nada.

¿Definitivamente entonces no le creyó a Uribe?

No, claro que no. Uribe es una persona de un carácter muy fuerte y yo detecté inmediatamente que él no iba a decirme ningún secreto. Él no tenía ningún interés en ser honesto ni conmigo ni con otras personas. Ese es Álvaro Uribe Vélez, es así. Le pregunté sobre las Convivir, me dijo no, que eso era una cosa muy sana, le dije: no estoy de acuerdo, con todo respeto, cómo es posible, no, es que no son armados, es que van por los bosques y si ven a un extranjero entonces lo reportan. A otro perro con ese cuento, y claro cuando hizo esa infame desmovilización de los paramilitares, que chiste, ¿no?, rifles que eran nuevos en el tiempo de Napoleón, que ya no disparaban, es decir ¿dónde están todas esas armas, muchas de ellas están con las bacrim, ellos no las entregaron.

¿O sea para usted fue un montaje?

Total, total y Washington se lo tragó. Y le pregunté a los altos personeros del gobierno, les dije mire, yo ya no soy embajador, pero esto huele a fo, y me dijeron no, lo que es importante es que bajemos el nivel de violencia en Colombia. Les dije es que eso va a volver, eso se va a ir llegando a todos los departamentos, se van a meter en política, van a sacar de la plata de las regalías, es decir, esto se va a convertir en un monstruo. Washington me dijo que muchas gracias por la información que pase buen día, y efectivamente así fue.

¿Y por qué esa actitud de Washington tan benevolente con Uribe?

Porque Uribe y Bush tenían buena química. Uribe un tipo de derecha, Bush un tipo de derecha. Mire, Uribe tuvo unas cualidades que son extraordinarias, él hizo mucho por sacar muchos de los inútiles de las Fuerzas Armadas. Cuando un

general o un almirante no le cumplía, pa fuera, eso era una cosa muy útil y estoy muy contento de que Santos recientemente hizo unos movimientos también dentro de su plana mayor. Porque los generales y los almirantes de vez en cuando se sienten que todo va bien, no siguen trabajando y comienzan a aceptar un cierto nivel de criminalidad y de terror. También Uribe era un tipo que hizo cosas que nunca se habían visto en Colombia y ciertamente no en mi tiempo, número uno: trabajaba siete días a la semana, número dos se llevaba a todos los ministros a un pueblecito ahí perdido en el monte para despachar y, ahí con esos aldeanos hablando sus cosas y esos pobres ministros diciendo, uy, caracho, yo quería ir a mi casita por allá, y los hizo sudar la gota gorda, y yo creo que lo hizo muy bien y sacó buenos resultados y su gente se dio cuenta. Él no era un tipo que aguantaba flojos.

¿Y cuánto sabe el gobierno de Estados Unidos de ese grado de complicidad de él y su gobierno con el paramilitarismo?

Yo no sé cuánto sabrán porque ya que no estoy en el gobierno, no tengo acceso a esa información pero no tengo la menor duda de que están muy bien enterados. Lo que pasa es que Colombia es un *success story*, como dicen en inglés, es un éxito de política exterior para los Estados Unidos. No quieren tirarles piedras a personas que ayudaron en eso y Álvaro Uribe es uno.

La posición de derecha de Uribe, la posición de ver a la guerrilla como el diablo en carne y a los paramilitares como personas que estaban ayudando al país, sin darse cuenta de que lo que pasaba es que Colombia nunca tuvo el Ejército para poder tener una presencia del Estado en todo el territorio

nacional, y la solución no quedaba en tener paramilitares por ahí, era fortalecer eso, limpiar el Ejército, todo lo demás. Él hizo una solución muy colombiana. El ministro de Defensa Echeverri⁴⁷, que en paz descanse, buena gente, me invitó a su casa cerca de Rionegro y ahí conocí a algunos de los señores con los cuales él salía a cabalgar los fines de semana. Eran todos terratenientes, parecían *cowboys* americanos en caballos enormes, y eran personas que no tenían absolutamente ninguna simpatía por la gente del campo, los campesinos. Era gente con plata y grandes negocios, y Echeverri, una persona que a mí me gustaba mucho, era alguien que tenía unas peculiaridades increíbles. Una era que él no firmaba ningún documento como ministro de Defensa, y yo le decía pero ministro, esa es su tarea, no, se la doy al comandante de las fuerzas, ¿por qué?, porque no quiero que me empapelen, si yo firmo algo entonces me van a dejar empapelado. Y también me dijo yo tampoco me voy a meter contra el narcotráfico, yo no creo en esa vaina porque yo creo que simplemente voy a estar ahí mezclando aguas turbias, y nunca lo hizo. Me dio mucha pena cuando lo secuestraron y me dio aún más pena cuando lo mataron en el intento para salvarlo. Llamé a la esposa, una mujer encantadora, muy gentil para decirle cuánto sentía su muerte.

Como persona Echeverri era excelente, creo yo, pero su manera de ser como ministro de Defensa era totalmente inexcusable. ¿Cómo es que un ministro de Defensa no va a aceptar firmar documentos? ¿Cómo es que un ministro de Defensa de un país que está hasta aquí con el narcotráfico no

47 Gilberto Echeverri Mejía, ministro de Defensa de Samper entre 1997 y 1998. Fue ejecutado por las FARC durante una operación de rescate del Ejército.

quiere meterse con el narcotráfico?, ¿Y usted cree que eso no se filtró por la tropa? ¿Entre los generales?, a este ministro le podemos hacer huevo de pato y ni se da cuenta, pero si se da cuenta no le importa. Era un hombre muy decente, lo que pasa es que era muy ingenuo, no se daba cuenta de que al decirme eso, me estaba diciendo que él era totalmente incapaz. Lo fui a ver en Rionegro, simplemente porque era una gran persona que había hecho mucho para impulsar la preparación para obreros en el SENA. Él y la esposa eran personas muy acogedoras, pero un ministro totalmente incapaz y yo no podía hacer nada, yo no podía pedir que lo cambiase, el Presidente sabía perfectamente cuáles eran las fuerzas y las debilidades de Echeverri.

Cuando se compara lo que pasó durante Samper con lo que ocurrió durante el gobierno de Uribe y la complicidad con el paramilitarismo, que viene a ser lo mismo que con el narcotráfico porque los paramilitares manejaban ese negocio, Samper queda como una monja...

Sí, pero yo ya no estaba de embajador. Uribe daba la impresión de ser un tipo de armas tomar que botaba generales, botaba ministros y hacía que las cosas se hicieran; les dio a los colombianos un sentido de más seguridad, los Estados Unidos querían éxito en Colombia y lo apoyaron.

¿A cualquier precio?

Aparentemente, yo no estaba en el gobierno, ya me había jubilado, pero la gente con la cual hablaba de muy alto nivel (en Estados Unidos) me dijeron simplemente cuando yo les decía esto es un desastre, están haciendo una cosa que no tiene presentación, como se dice en Colombia, y me decían no vamos a hacer nada, queremos bajar el nivel de violencia

en Colombia. Qué error más garrafal. Así es que eso es lo que hace el gobierno⁴⁸.

El informe de la CIA de la época que se filtró dice que la situación se pondría mucho más difícil para Samper si alguno de los miembros de su gabinete decide contar lo que ocurrió.

Yo nunca leí eso pero si me lo hubieran contado yo hubiera dicho ustedes están perdiendo el tiempo, eso no va a pasar. En Washington se equivocaron al pensar que Botero sería el primero en retirar su apoyo si había evidencia que conectase al presidente con los narcotraficantes. Pero lo que esta gente no sabía era cuán criminal era Botero. Me asombra qué mal escrito está. Aquí dice que porque Botero es el más ambicioso de los tres, es verdad, pero es que en la situación en Colombia si uno de los ministros se hubiera salido del gabinete y acusado a Samper, Samper lo hubiera podido fregar de un millón de maneras. Eso sería exponerse a quién sabe qué en Colombia, creo yo. Botero estaba ligado con Samper porque los dos sabían que había entrado la plata. Se la habían entregado a Botero y

48 Las respuestas del embajador Frechette sobre el expresidente Álvaro Uribe en esta sección son tomadas de la entrevista realizada para este libro y de otra que me concedió en febrero de 2009 y que fue publicada en el periódico *El Nuevo Herald*, bajo el título "Ex embajador de Estados Unidos comenta su decepción de Uribe". En esa oportunidad la oficina del presidente Uribe respondió que se abstenía de pronunciarse sobre la entrevista "por no haber sido testigos presenciales de la misma", pero aclaró que César Villegas continuó trabajando en la Aerocivil cuatro años después de la renuncia de Uribe a la dirección de la entidad en agosto de 1982. "En distintas ocasiones el jefe de Estado y el gobierno colombiano han rechazado de manera tajante cualquier vínculo del señor presidente con el narcotráfico o el paramilitarismo", agregó la nota. César Mauricio Velásquez, entonces vocero de la Presidencia, anexó unas constancias del director general del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC) en las que se certifica que el presidente Uribe nunca visitó en la prisión a Villegas. Este tema no fue consultado por el periodista en su petición.

Botero la había usado para la campaña. Es decir, estos tipos (refiriéndose a los autores del informe de la CIA) ni entienden la relación entre los dos. Pero le voy a decir que lo que hacía la CIA en Colombia, en términos de batallar el narcotráfico, era excelente. Ellos colaboraban con el DAS y con la Policía y con la DEA, no tanto en cooperación con la DEA, pero a veces en términos de seguimiento, poniendo a personas a pensar, a hacer la estrategia para capturar a algunos de los tipos, eran muy buenos en eso, muy concienzudos. Acuérdesse que fue el jefe de la CIA que vino a hablar conmigo sobre la Brigada 20; él fue el que me dijo que la Brigada 20 era un montón de tipos que abusaban de derechos humanos y que él sabía que la política era que Estados Unidos no podía estar apoyando una organización así.

¿Cómo fue ese proceso de desmonte de la Brigada?

Es una buena pregunta. Antes de eso Estados Unidos no tenía manera de extraer información creíble sobre las FARC y el ELN, entonces en un momento dado, no me acuerdo en qué año, pero ciertamente muchos años antes de que yo llegara a Colombia, se llegó a un trato con la Brigada 20: que sería creada específicamente para hacerle seguimiento a la gente con la cual nosotros no podíamos, las FARC, el ELN; nosotros le dimos equipos para chuzar teléfonos, le dimos jeeps, le dimos máquinas de escribir, otros equipos de oficina y por muchos años la CIA y el Departamento de Defensa recibían informes sobre la guerrilla hechos por los militares colombianos y no tengo la menor duda de que muchos eran creíbles, verídicos. Pero en mi tiempo yo tuve dos jefes de la CIA que trabajaron muy estrechamente conmigo en Colombia y eran buenos hombres y ellos estaban dedicados a luchar contra el narcotráfico, pero también estaban regidos por

las mismas leyes norteamericanas en contra de la violación de derechos humanos, y un buen día entra el jefe de la CIA, hablaba muy bien español y me dice embajador, acabo de descubrir que la Brigada 20 está violando derechos humanos en Colombia y mucha de la información que nos dan sobre la guerrilla es pura paja, y me dijo mis instrucciones eran de que yo no tuviera relación con unidad alguna del Ejército o de cualquier entidad del gobierno que violara derechos humanos, y entonces me dice ¿cuál es su reacción? Le dije retire todo lo que le hemos dado hoy mismo si es posible, eran como las... era antes de almorzar y a las seis de la tarde me dijo hecho, no hay nada de lo nuestro que quede allá. Porque lo último que yo necesitaba era un informe en Washington, sobre todo en el Congreso donde había algunos que se oponían a la ayuda para Colombia, que había un grupo en el Ejército que estaba haciendo las de Sánchez. Claro, el coronel jefe de la brigada, yo lo conocía, inmediatamente va a ver al agregado militar y al jefe de la misión militar para decirle mire lo que ha pasado aquí, la CIA nos ha quitado todo. Nos dicen que estamos violando derechos humanos, no es verdad; claro, los gringos en la misión militar y en la agregaduría se comieron el cuento y vinieron a verme, como es posible que usted... y les dije miren, no vamos a discutir esa vaina, yo sé por una fuente americana que eso está ocurriendo y más le creo a una fuente americana que a una fuente de unos oficiales colombianos, no porque los colombianos sean brutos, somos todos americanos aquí, todos trabajando para el mismo gobierno y eso es así, claro. Durante meses después los militares llegaban a mi oficina y me decían no, es que usted está equivocado y todo lo demás, finalmente el gobierno decidió que eso era lo inevitable.

El agente de la CIA ¿qué indicios tenía de lo que la Brigada estaba haciendo?

Me hizo un relato de media hora, pero yo le dije que estaba convencido, no hay problema, terminemos con eso porque eso es una amenaza, es como una bomba de tiempo que puede explotar en cualquier momento y nos echa a perder todo lo que estamos haciendo en Washington para obtener el dinero que necesita Colombia. Entonces en un momento dado el gobierno de Colombia quería mandar a este coronel como embajador en Guatemala y fui al gobierno y le dije mire, ojo con esa vaina, nosotros le damos mucha plata a ustedes para que ustedes manden a un violador de derechos humanos a Guatemala. No tiene presentación aquí en Washington.

¿A quién se lo dijo, embajador?

Al ministro de Defensa, no me acuerdo cuál fue.

¿Qué cosas específicas de violación derechos humanos encontró?

No que yo me acuerde, pero sí tengo presente que en la época él me dio los ejemplos y yo le dije bueno, se acabó esta vaina, hágalo esta tarde si puede.

Si la CIA estaba preocupada con la brigada es porque la situación debía estar bien jodida...

Bien podrida, y es verdad, él me dijo yo tengo instrucciones, no necesito llamar a Washington, yo sé que ellos quisieran que yo me deshiciera de esa conexión. Le dije yo estoy completamente de acuerdo, hagámoslo y hágalo usted esta tarde. Y él fue esa misma tarde y les quitó jeeps y equipos para chuzar teléfonos, y claro, el coronel, no me acuerdo el nombre de él, de inmediato se fue a la misión militar de nuestra embajada para decirle que ellos (la Brigada) estaban haciendo una labor

muy buena, anticomunista y que yo estaba haciendo algo que no tenía que hacerse, y ellos siguieron por meses tratando de convencerme de que el coronel este era bueno y que lo que se había hecho era incorrecto.

¿Qué organismo o qué personalidad dentro del gobierno de Estados Unidos tenía simpatía con la Brigada 20, porque antes no habían tomado decisiones de fondo?

Antes, mucho antes, no sé cuántos años había durado la relación con la Brigada 20; en Colombia había la guerrilla y eran marxistas algunos, comunistas otros, y nosotros, Estados Unidos, no teníamos cómo mantenernos más o menos informados sobre lo que estaban haciendo. En primer lugar no teníamos los medios ni los recursos, no era gran prioridad, era importante saber eso pero lo más importante era luchar contra el narcotráfico. Entonces el Ejército colombiano nos ofreció, eso fue muchos años antes de mi llegada, nos ofreció la Brigada 20 para seguir lo que estaban haciendo los comunistas, los izquierdistas en Colombia, incluso el ELN y el EPL, y nosotros encantados de la vida porque recibíamos los informes muy a menudo y eso se reportaba a Washington y la gente en Washington tenía más o menos la confianza de que eso era así. Desgraciadamente, usted sabe, nosotros en Estados Unidos a veces tenemos demasiada confianza con aliados que tenemos en otros países. En Portugal, por ejemplo, nosotros dependimos del PIDE, el servicio secreto de Portugal, para decirnos qué es lo que estaba haciendo la izquierda; en Irán por muchos años nosotros teníamos una organización de espionaje bastante chica porque Irán tenía un gran aparato anti cualquier persona que estaba en contra del Sha y se llamaba SAVAC. Entonces SAVAC recopilaba toda

esa información y nosotros nos tragábamos todo lo que nos daba la SAVAC. Total, cuando llegó el momento de la verdad nosotros estábamos confiados totalmente en el SAVAC, y siempre hay esta tentación en la CIA.

¿Y en el caso de la Brigada 20 eso estaba ocurriendo?

Es que en Washington la cuestión de los comunistas en Colombia era una cosa de tan poca prioridad que me imagino que los funcionarios de más baja categoría en Washington estaban a cargo. Lo más importante que hacía la CIA en Colombia era colaborar con la DEA y con funcionarios colombianos en contra del narcotráfico.

Pero al mismo tiempo se hablaba de que ya había una relación entre el narcotráfico y la guerrilla...

Sí, esa sospecha la tenía yo también. ¿Y las pruebas? Si mal no recuerdo, el Ejército colombiano publicó un librito, se llamaba *El cartel de las FARC*; el libro en español era una cosa más o menos inepta, sin embargo, le hicieron una traducción al inglés que era muy buena, era mejor que el original en español, más convincente, y eso el Ejército por vía del agregado lo repartió a granel en el Congreso (de Estados Unidos). En el Congreso los republicanos decían ahí vemos que las FARC son un cartel. En esa época nosotros no sabíamos que ese grupo estaba tan metido en narcóticos, la opinión era que sí, pero utilizaban la cocaína para obtener abastecimiento en Venezuela, pero no estaban interesados en mandar narcóticos a Estados Unidos. Cada vez venían y me hacían la misma pregunta y yo decía que las FARC no eran como los carteles. Los republicanos querían darle más ayuda al Ejército. Ellos estaban convencidos de que si la embajada no hacía más informes (sobre violación de derechos humanos) sería más fácil encontrar

una salida para darles ayuda a los militares. McCaffrey decía me interesan los derechos humanos pero era uno de los que estaba buscando una salida para los militares. En mi tiempo había mucha resistencia del Ejército y la Marina a cooperar con Estados Unidos porque ellos decían que pedíamos mucho y no le dábamos mucho. En 1997 se firmó un acuerdo para la cooperación de la Armada de Colombia y Estados Unidos para capturar barcos con narcóticos. El alto mando de la Armada se opuso rotundamente y fue solo cuando yo les dije que lo hacían o serían descertificados por segunda vez y solo con esa amenaza finalmente aceptaron el acuerdo⁴⁹.

¿Qué papel jugaba en todo eso el general Rito Alejo del Río?

Era un comandante muy conocido dentro de los militares americanos, pero como le digo yo trataba muy poco con los generales y los militares personalmente. Como yo era embajador, iba a hablar con el ministro. Conocí a Bedoya porque él se me acercó. Y también a ¿cómo se llamaba el otro?, el que siempre me recibía con una revista *Time* para hacerme ver que él leía inglés, ah, Bonnet, con Bonnet tirábamos al blanco también.

¿De dónde viene su afición por las armas?

Cuando llegué a Estados Unidos me metía en NRA, la Asociación del Rifle de Estados Unidos porque ahí se podían comprar armas de otros países baratísimo, y a mí siempre me encantaron las armas. De niño en Chile tenía un rifle de aire comprimido y cazaba pájaros. Cuando me vi en una situación de que yo podía comprar un rifle en 25 y 30 dólares, como yo

49 Esta respuesta fue complementada con la entrevista que le hice a Frechette en 2009.

soy interesado en la historia, compré rifles japoneses, rusos, alemanes. Yo los usaba para disparar al blanco.

¿Cuál es el gusto de disparar?

Simplemente adquirir una pericia en hacer algo, hay mucha gente que le encanta eso, es una tradición muy americana aunque no nací en Estados Unidos. Me gustó la idea y yo iba mucho cuando podía y después conocí a Bárbara y ella fue conmigo, después nos invitaron a cazar venados, gracias a Dios nunca dimos en el blanco. Mi esposa usaba Uzi, un arma buena, muy confiable. Como es chica y fácil de utilizar, se utiliza mucho en la protección a personas expuestas a ataques. A ella le encantó, ella disparaba mejor la Uzi que yo. Como le decía, con el general Bonnet íbamos a disparar al blanco en Bogotá. Yo iba con mis guardaespaldas y ellos traían la Uzi. Yo llevaba otras armas. Le explicaba a Bonnet que eran armas que yo podía utilizar si alguien trataba de matarme o secuestrarme. Lo que tiene la Uzi es que tiende a subir y al disparar hay que empujar para abajo para mantenerla en el blanco, mi esposa hace eso.

Y tengo entendido que el deporte le causó sordera en un oído...

El doctor me dijo que dejara de disparar tan seguido y me dieron unos aparatos para protegerme los oídos pero es una protección muy leve. Lo que está pasando es que tenemos tanta gente en las fuerzas armadas y muchos regresan medio sordos, por eso es que están haciendo estas pruebas para buscar medicinas contra la sordera. Finalmente, hace seis años me di por rendido y compre *hearing aids*, me molestan, pero es que es muy vergonzoso decirle a la gente repítame, por favor.

Volviendo a la Brigada 20...

Entonces el gobierno en Colombia me hizo caso, dijeron bueno, okey, usted está equivocado, embajador, pero entendemos sus preocupaciones y no queremos dar lugar a más dudas.

Usted me decía que históricamente los militares tenían cierto resquemor a encargarse de la guerra contra las drogas.

Los militares no querían colaborar con nosotros porque creían que nosotros insistíamos en las violaciones de derechos humanos. En los años ochenta vino a Colombia un alto representante de los Estados Unidos para decirle al gobierno colombiano que tenían que hacer algo para luchar contra el narcotráfico y quería saber si podía hacerlo con el Ejército. No sé cómo eso fue transmitido al Ejército, pero le llegó la respuesta de que el Ejército no quería por dos razones: la primera es que el narcotráfico corrompe y si ellos se metían a pelear con el narcotráfico saldrían corrompidos. La segunda era que Estados Unidos simplemente era demasiado 'metete' en asuntos de derechos humanos. Entonces Estados Unidos, viendo que no tenía posibilidades, se vinculó con la Policía. Cuando yo llegué a Colombia, la Policía estaba muy bien equipada. Tenía equipo y entrenamiento de fuerzas especiales, tipos entrenados que podían bajar de helicóptero por soga para atacar, es decir los militares se hicieron daño con esa decisión de no colaborar con nosotros porque Estados Unidos le dio todo lo que necesitaba a la Policía, incluso mucho entrenamiento. Luego eso causó celos. Que la Policía es esto y trataban de obstaculizar lo que estaban haciendo, eran como niños pequeños y la Policía les correspondía. Yo siempre he pensado que valía la pena separar a la Policía de los militares, ponerla en otro ministerio, y claro todos los militares no quieren porque se

verían reducidos en importancia. Comparada con el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, la Policía parece chica y si fuera separada entonces sería más difícil la cooperación. Pero yo creo que es una buena idea. En Chile los carabineros son un cuerpo separado de los militares. También el entrenamiento para ser policía es muy diferente que para ser militar. Es decir, el militar echa plomo y hace preguntas, la Policía tiene que ser más calmada y estudiar mejor la situación y sobre todo no irse a la violencia inmediatamente. Eso es aceptado en Estados Unidos.

Usted usó la expresión ‘metete’, que me imagino que es un chilenismo para referirse a una persona entrometida. ¿Es el calificativo con el que más lo recuerdan a usted?

¿A mí? Ja, ja, metete. Bueno, para eso me mandaron, no me mandaron simplemente para quedarme en la embajada, me mandaron a entrometerme, a tratar con los ministros y a obtener más cooperación, y lo logré.

¿La CIA colaboraba en algún aspecto para que Samper quedara más en evidencia por sus vínculos con el narcotráfico?

No, si recogían alguna información sobre el presidente la compartían conmigo, pero no era la tarea importante. La tarea importante era el análisis para ayudar en la lucha contra el narcotráfico. Y tuvimos unos reveses, usted sabe, se acuerda del coronel Velásquez⁵⁰. Yo trabajé varios años y ya tiene su visa. Yo lo conocí una vez en una visita a Cali.

50 Carlos Alfonso Velásquez Romero, coronel del Ejército, comandante del Bloque de Búsqueda de Cali, que fue víctima de una celada de los cabecillas del narcotráfico en esa ciudad ante la negativa de recibir sobornos. Fue grabado en un video con una mujer en la habitación de un motel que fue usado por los narcotraficantes para chantajearlo.

¿Pero fue la CIA la que le hizo la grabación a Velásquez acostándose con una mujer?

Yo creo que fueron altos oficiales del Ejército porque Velásquez era una piedra en el zapato, un tipo de armas tomar. Me acuerdo que una vez el general Zúñiga me dijo que Estados Unidos siempre sospechaba de que los militares no estaban haciendo lo que debían hacer, y le dije bueno, a veces con mucha razón, ustedes no confían totalmente en nosotros pero tenemos que trabajar juntos. Las sospechas están ahí, no somos angelitos ni los unos ni los otros. Me acuerdo que habló mal de Velásquez, dijo que era un tipo que siempre tenía sospechas de que había conexiones entre los narcos y los altos oficiales, y era verdad, el propio Zúñiga había aceptado un par de camionetas de parte de los narcos y quién sabe cuánto más. Velásquez es un tipo idealista, un tipo que había hecho una muy buena carrera y un hombre íntegro, acuérdesse que cuando se dio cuenta la primera persona con la cual él habló fue con su esposa y le contó, imagínese semejante situación. Claro, ella podría decir bueno me contaste porque sacaron un video. Para mí, ver a una persona como Velásquez que era suficientemente íntegro en Colombia en esa época, cuando uno nunca sabía a quién tenerle confianza, me dejó muy impresionado. Es por eso que yo hice tantos esfuerzos para ayudarle a recuperar su visa.

¿Por qué usted sacó a relucir esto cuando estábamos hablando de la CIA y usted dijo que tuvimos algunos fiascos?

(Piensa unos segundos) Ah, ya. Yo salí de Colombia y parece que alguien de la oficina del agregado militar dijo que él tenía información de que Velásquez era un tipo metido con los narcos, con la izquierda, un montón de cosas, y en base a ese memorando se le negó la visa a Velásquez y eso era

simplemente la venganza en el Ejército en contra de Velásquez porque entre americanos siempre me decían que Velásquez era un tipo totalmente recto.

Cuando yo trabajaba en *El Herald* escribí un artículo de que varios funcionarios de la embajada vendían los cupos de importación de sus carros a narcotraficantes, e incluso un agente de la DEA lo hizo. ¿Le tocó ese caso o cualquier caso similar de corrupción entre funcionarios de la embajada o agentes de la DEA con el narcotráfico?

No me tocó nunca, pero le cuento: esa cuestión de poder entrar carros libres de impuestos es una cosa que a mí nunca me ha gustado porque tuvimos casos en Brasil, antes de que llegara a Río, donde los funcionarios de la embajada importaban Cadillacs, carros de los más lujosos, pedían plata prestada en Estados Unidos, los entraban y tenían derecho a venderlos después de un año o año y medio en el Brasil, y así lo hacían e importaban otro más y se hacían un dineral, y eso nunca me gustó porque eso demostraba que aunque no era ilegal, estaban tomando ventaja de su puesto diplomático. Dejaba un mal olor. Y eso todavía existe en el Servicio Exterior. A nadie lo despiden, pero el Departamento de Estado dice usted va a tener que vender ese carro por la misma plata que lo compró.

Hablando de mal olor, ¿en algún momento usted tuvo reportes de que había compañías internacionales que estaban haciendo arreglos con la guerrilla para pagarle vacunas, o a empresas como las bananeras con los grupos de autodefensa para buscar protección?

Yo siempre lo sospeché pero nunca tuvimos pruebas contundentes.

Cuándo dice que sospechaba, ¿a cuál de las modalidades se refiere?

El de multinacionales pagándole a los 'paras' porque era natural, era una manera que los paras tenían para ser autosuficientes, es decir, yo lo protejo y me imagino que las compañías americanas que habían tenido en un tiempo mucho problema con gente de sindicatos que eran de izquierda le harían caso a los paramilitares. Y además era muy convincente el cuento de los paramilitares y me imagino que el de la guerrilla. Si usted no nos paga la vacuna, entonces le vamos a hacer daño. Entonces, ¿qué hace la multinacional? Pero yo tenía un problema un poco al revés: Colombia es un país que tiene muchas leyes sobre el empleo, que hay que hacer esto y hay que darle este tipo de beneficio a un empleado y etc., entonces muchas compañías colombianas no enganchaban gente permanente sino temporales y de esa manera se evitaban tener que pagar los seguros, que sé yo, los beneficios, pero el gobierno de Colombia les caía como un martillazo a las compañías americanas y me imagino que también de otros países que no cumplían cabalmente con la ley colombiana. Es decir, un hombre de negocio americano sabe que del gobierno no puede depender de ninguna manera, que el americano tiene que cumplir cabalmente cien por ciento con la ley colombiana pero el colombiano busca la manera de esquivarlo y eso causa malestar, no solo en Colombia.

¿Y usted de quién tenía sospechas dentro de las empresas americanas que pudieran estar en acuerdos con el paramilitarismo?

Bueno, simplemente que querían proteger su inversión, no me iban a decir a mí la verdad porque sabían perfectamente que esto es en contra de la ley y que si yo reportaba eso a

Washington de pronto ellos tendrían problemas en Estados Unidos. Pero mire, yo tengo mucha experiencia en América Latina. Pero no tenía la menor duda de que algunas de estas multinacionales pagaban. Por eso cuando le hicieron el juicio a 'la Chiquita', no me sorprendió.

¿Y usted nunca se los sugirió? ¿No les dijo están jugando con candela?

Bueno, yo no se lo decía de esa manera porque iban a decirme usted me está acusando. Yo siempre les decía: yo soy una persona que se cierne a la ley, hay que hacer lo que dice la ley, no se pueden pagar vacunas. Mire, yo conocía a la United Fruit en Honduras, ahí teníamos la tabacalera que era una compañía inglesa pero la mayoría de los técnicos en tabaco eran de Estados Unidos, y más que eso, la mayoría de ellos eran del sur de Estados Unidos, con esos acentos del sur, era para morirse de la risa. Yo conocía todo eso. Ah, a propósito, eso me recuerda un cuento. Cuando fui vicecónsul en San Pedro Sula, una de las cosas que hace un vicecónsul es registrar el nacimiento de cualquier persona con derecho a ciudadanía norteamericana. Entonces las madres después de dar a luz venían al consulado, y yo le ponía la huella de una patica del bebé en un documento. Un día en Bogotá en el año 97, entra mi secretaria y me dice que un agente especial de la DEA quería hablar conmigo. Yo le pregunté sobre qué tema porque yo no trataba con los agentes individuales, era con los jefes. Me dijo que era personal. Bueno, entra el joven, un tipo bastante joven, saca del bolsillo un sobre y dentro del sobre está la prueba de su nacimiento con la patica, y era yo el que había firmado el documento, que júbilo, que cosa tan fantástica. Y él seguramente le dijo a su mamá que había conocido al funcionario que había registrado su nacimiento. Muy bien

parecido, muy decente. Yo quedé hasta emocionado. Él había nacido en Honduras de padre y madre estadounidenses que trabajan para la United Fruit.

Ahora que usted dice que solo hablaba con los jefes, ¿usted cree que dejó una imagen de una persona arrogante?

No sé, no creo, es decir, no es que yo rehusaba a hablarles, pero sabía perfectamente que si yo me ponía a hablar con un funcionario de la DEA o de la CIA mucho, claro si yo le decía como está, la familia qué tal, eso está bien, o si me lo mandaba su jefe para darme una informe sobre algo que ellos estaban haciendo, pues yo hablaba, pero nunca quise que los jefes de esas agencias pensarán que yo iba a ir a espaldas de ellos para hablar con sus funcionarios.

Usted ha dicho que otros gobiernos en el pasado también recibieron dinero de la mafia. ¿Podría precisar?

No tengo pruebas.

¿Pero está convencido de que recibieron?

Sí, claro, Botero no era pendejo. Él sabía perfectamente que el tipo le estaba diciendo vete, el propio Samper iba a ver a los grandes cacaos, pero Botero iba a ver a otra gente.

¿Y López Michelsen?

Bueno, López tuvo sus problemas con Estados Unidos, ¿no?, en Panamá. No me acuerdo de todos los detalles, pero al final los Estados Unidos recularon un poco aunque tenían pruebas, aparentemente. Yo no pregunté cuáles eran pero personas que trabajaron en la embajada dijeron que López había recibido plata, pero quién sabe por cuáles manos pasó el dinero.

Bueno, lo que yo sé porque yo cubrí el juicio a Noriega y la DEA, lo que hizo el gobierno de Estados Unidos fue

un *subpoena* (notificación) para que declarara cómo fue la reunión entre los narcos y el gobierno, y qué papel jugó Noriega en eso, pero nunca se habló de una acusación.

Okey, usted tiene razón, yo nunca me interesé en buscar todos los detalles porque era antes de mi llegada a Colombia. Mi problema era Samper y cómo sacar el máximo de cooperación del gobierno colombiano.

¿Y de Belisario qué sabía?

Yo lo fui a ver pero estaba bien viejito. Las primeras personas que yo visité en Bogotá fueron los expresidentes. Fue muy cortés, pero no me dijo absolutamente nada. López como que me echó una media vaciada. Me dejó entrever que a él no le gustaban los Estados Unidos. Eso quedó claro.

Hay dos libros, uno que dice que López fue enlace de la CIA y otro de la KGB...⁵¹

Pudo haber sido de los dos. Cuando la CIA hace un tipo de enlace así no le cuenta absolutamente a nadie. Esa es mi experiencia.

¿Y su impresión de Juan Carlos Esguerra?

Una característica de los embajadores de Colombia en Washington es que nunca admiten que hay situaciones que necesitan solución, siempre dicen que Colombia es fabulosa, una delicia, fantástica. Una de esas personas era Juan Carlos Esguerra Portocarrero, un abogado famoso y exministro de Defensa. Él me enseñó la palabra ‘papayaso’; yo nunca hubiera dado semejante papayaso, me dijo una vez en su carro. Me gustó esa frase. Cuando estuvo de embajador de Samper, Esguerra

51 Se trata de los libros *The World was going our way*, de Christopher Andrew, e *Inside the company*, de Phillip Agee. El autor abordó el tema en el artículo “Los espías de Moscú que cantaban boleros”, *El Nuevo Herald*, 9 de julio de 2006.

trató de comunicar al Departamento de Estado y a algunos miembros de nuestro Congreso que me retiraran de Colombia.

¿Qué hizo?

Bueno, yo me enteré porque del Departamento de Estado me llegaban informes diciendo que el tipo estaba diciendo que yo le estaba haciendo daño a la relación, que había mucha cooperación y que yo dejara de molestar la paciencia y claro, Samper se comió el cuento. Decía que yo era demasiado duro. No me preocupó porque yo no tenía la menor duda de que no me iban a botar. Estábamos dando resultados y usted sabe, para los gringos los resultados es el oro, no son las promesas. Pero me acuerdo que hubo un seminario después de yo haber salido de Colombia al cual fui invitado para hablar sobre ese país. Él estaba de embajador en Washington y estaba en primera fila y todos los expertos, incluso colombianos, hablaron largo y muy francamente sobre las deficiencias del sistema judicial en Colombia. ¿Y al terminar eso cuál fue mi sorpresa? Que se para Juan Carlos Esguerra Portocarrero y dice no, no hay ningún problema judicial en Colombia, funciona muy bien, no, es el sistema americano. ¿Y para qué mintió? Nadie le creyó.

Pero es el trabajo de un embajador...

No es de pararse y decir un montón de mentiras, uno puede decir sí tenemos algunos problemas pero con la ayuda de Estados Unidos estamos... él se puso en ridículo, a mí me dio pena, pero yo ya sabía para ese tiempo que él había trabajado con María Emma Mejía, entonces canciller, y con Samper, para ver si Washington me botaba. Pero eso no funcionó. Yo salí de Colombia varios meses después del periodo normal de un embajador, que es de tres años.

Esguerra fue luego nombrado ministro de Defensa.

El presidente Santos le encomendó que hiciera la llamada reforma a la Justicia cuando estalló un escándalo de que ahí había habido un intercambio de favores. Y el pobre Santos tuvo que agarrar un avión de Brasil, donde estaba de viaje. Regresó, se encontró con un escándalo hirviendo, le tuvo que pedir al Congreso que deshiciera la ley y el Congreso lo hizo. Entonces el *rating* de Santos bajó de una manera muy precipitada.

¿Y cómo le cayó el embajador Lleras de la Fuente, quien dijo que usted era un chupasangre, un vampiro?

Bueno, era una persona muy seria, inteligente, pero no sabía *cómo* hacer diplomacia. Se ofendió enormemente cuando se dio cuenta de que el presidente de Estados Unidos lo iba a recibir solo una vez para recibir las credenciales pero que después todas sus conversaciones serían con el secretario de Estado, de Justicia o de Defensa y se quejó en los medios. Así que Lleritas no quedó contento aquí. Él no tenía experiencia como diplomático y se sintió ofendido por Washington cuando se dio cuenta de que él era mucho menos que el embajador de Estados Unidos en Colombia. La señora era encantadora. Hubo un libro escrito aquí por el embajador de Guatemala en Estados Unidos entre el 42 y el 44, se llama *Gente menuda* y cuenta cómo era Washington. En esa época Washington era un villorio, con mucha gente bastante ignorante, no es lo que es ahora. Él se refería a los guatemaltecos como gente menuda. Imagínese el embajador de Guatemala durante la Segunda Guerra. Pero el libro me hizo llorar, me acuerdo porque vi que lo había escrito una persona muy sincera. Hablaba la realidad, esto es lo que significa ser embajador aquí de un país pequeño.

Él quedó absolutamente asombrado con el tamaño de Estados Unidos y lo que encontró aquí.

Hablando de llorar, en toda esta crisis ¿hay algo que lo conmovió a usted?

Sí, a veces cuando la gente que venía y me contaba lo que les había pasado a sus parientes, no había manera de aguantar el llanto; los parientes metidos en líos de narcotráfico, mulas. Bárbara escribió un libro llamado *Poder compartido*. Varias de las historias que nos contaron algunas de las mujeres ahí la hicieron llorar a ella y a mí también. Lo que hay en Colombia es una memoria colectiva de la sociedad en general y eso no existe aquí. Usted puede encontrar personas en Colombia que le pueden hablar con autoridad sobre la sociedad a cierto nivel en toda Colombia.

Pero es que la oligarquía es relativamente pequeña en Colombia, todo el mundo se conoce...

Precisamente, lo mismo en Honduras y Guatemala. Y el que no puede, como 'Chepe' Santacruz, entrar en la sociedad lo hace a su manera. A 'Chepe' y otros del cartel los capturaron rápidamente. 'Chepe' se escapó de la cárcel porque llegaron a visitarlo dos dizque abogados y no era así, uno era un motorista. Le quitaron el vidrio entre ellos, y 'Chepe' se vistió con la ropa de uno de los visitantes y se fueron tranquilamente 'Chepe' y el otro y salieron en el carro. Cuando llegó el Inpec, encontraron a este pobre desdichado ahí adentro y como no tenían cargos contra él pues lo soltaron. Cuando se escapó, a mí me mandaron instrucciones de Washington de que le dijera a Serrano que no debían matarlo, era importante agarrarlo vivo para poder interrogarlo. Serrano se quedó mirándome, como sonriéndose y claro, efectivamente, en una noche, el carro con 'Chepe' adentro se acercó a unos policías que lo

estaban buscando. ‘Chepe’ salió del carro, se agarró a balazos y lo mataron. Después Washington me mandó a asegurarme de que Serrano no había ordenado ese asesinato.

¿Por qué?

Porque querían que el tipo diera información. ‘Chepe’ Santacruz se fue a Estados Unidos ilegalmente con su esposa en los años ochenta. Se fueron a Atlanta, que es un centro de aviación, ferrocarril, de buses, y ahí empezaron a repartir cocaína colombiana. Ahí tuvieron los hijos, pero después, con el pasar del tiempo, los carteles mexicanos fueron tomando control al detal. Y ‘Chepe’ y los otros colombianos que estaban se regresaron a Colombia. Había un gran afán de hablar con él y poder hacerle preguntas.

¿Quién le pedía que no mataran a Santacruz para poder interrogarlo?

Fue el Departamento de Estado. Obviamente con base en discusiones con otras agencias. Claro, Serrano siempre sonriéndose, no, qué va ¿matarlo? Los policías son iguales en todas partes del mundo. Si uno mata a un policía aquí, ojo porque la policía lo va a perseguir hasta matarlo a usted.

Hay una versión de que el cartel de Cali ofreció información sobre Samper.

Yo no creo que sea cierto. Si ocurrió en mi tiempo yo lo hubiera sabido. Yo no puedo imaginarme qué es lo que hubiera pensado Rodríguez Orejuela si hubiera dado información sobre Samper. Estados Unidos le iba a hacer el juicio, lo iba a encarcelar, no tenía chance de escaparse.

Pero esto ocurre cuando él todavía estaba en libertad...

No sé. No en mi embajada. Yo llegué en julio. Hice regresar a Serrano, los dos gobiernos se dedicaron a destruir el cartel

de Cali y lo conseguimos en junio del 95. El primero que cayó fue el tercer hermano de los Rodríguez, que es medio bobo, lo agarraron en una calle. Serrano me contó cómo fue la cosa, y que no pudieron encontrar la caleta (de Miguel Rodríguez) hasta que a un policía se le ocurrió medir el cuarto y se dio cuenta de que en un lugar que no era obvio el cuarto era más pequeño que en los otros tres lados, entonces dijeron aquí hay algo, y ahí empezaron. Ahí tenía agua, linternas... Yo felicité personalmente a varios miembros del grupo que encontraron la caleta y eran mujeres valerosas. Un ejemplo fue que estas dos mujeres, obviamente vestidas de civil, estaban siguiendo un tipo que tenía conexiones con Orejuela y los seguían a cierta distancia, para que el tipo no se diera cuenta, pero el tipo cargaba una colonia muy fuerte y le siguieron el tufo, el tipo dio la vuelta a la esquina, entró por un portal, llegaron las mujeres, no sabían dónde estaba, pero olfateando como perros se dieron cuenta de que había entrado ahí y ese fue uno de los grandes indicios; después la policía vio en la ventana a una mujer que era identificada como empleada de servicio doméstico de Rodríguez. Es que eso eran novelas escuchar todo eso⁵².

52 Entrevisté a mediados del 95 a dos de las detectives que se identificaron como Marta y Patricia. Marta, de veintiún años, conocida entre sus amigas como 'Nariz Profunda', era experta en seguir el movimiento de escoltas. Su apodo se lo ganó después de lograr ubicar a un intermediario de Gilberto Rodríguez siguiendo una estela de Lapidus, una loción con la que prácticamente se duchaba el sospechoso.

CAPÍTULO 9

¿Doble moral?

¿Embajador, Estados Unidos empezó a recompensar a la gente que entregara información?

Sí.

¿Usted qué impresión tiene de cómo se manejó ese dinero?

No, porque eso se manejó bajo los canales indicados del Departamento de Justicia.

¿Pero no le llagaron rumores de que se le estaba dando dinero a gente que no había dado ninguna información?

Sí, y yo les preguntaba, no a diario pero regularmente, a los jefes de todas estas organizaciones. Ellos siempre me dijeron que no, ahora, yo no iba hacer una investigación y sin embargo los rumores persistieron. Como yo era el embajador tenía que hacer funcionar la maquinaria de toda la embajada, no podía distraerme con eso. En algunos casos, algunos

funcionarios de la DEA acusaron a otros funcionarios de la DEA de haberle pasado plata a gente ilegalmente y entonces querían que yo fuera el juez, querían que yo decidiera quién estaba diciendo la verdad, el agente número uno o el agente número dos. Yo les dije yo no puedo juzgar si ustedes no pueden resolver esto entre ustedes; lo que deben hacer es que regresen los dos agentes a los Estados Unidos. Ahí se calmaban las aguas.

¿Hay una oficina de investigación interna de la DEA que podía definir eso?

Claro que sí, pero en Estados Unidos. Yo creí que la DEA quería era perseguir la droga pero les caía mal que el embajador se entrometiera en asuntos internos de ellos.

¿Pero también la policía colombiana se encargaba de entregar ese dinero?

Sí, también. Es que en Colombia los rumores caen a granel y diariamente. Y uno nunca sabía si era verdad o era alguien que estaba tratando de desquitarse o era alguien que quería hacerle daño a alguien.

¿Y escuchó si algún alto oficial de la policía estaba involucrado?

Nunca sobre Serrano, nunca sobre Naranjo, pero sí de alguno de los otros incluso un general muy tropero, que después resultó que había estado involucrado en cosas sucias. La plata del narcotráfico es tan cuantiosa que me extraña realmente que más policías de alto nivel no se metieron en cosas ilegales; ese general que fue condenado recientemente en Estados Unidos es una excepción, además hablemos al pan, pan y al vino, vino. Las instituciones americanas que trabajan con sus contrapartes colombianas tienen un gran interés en que

no se lesionen las relaciones entre esas agencias, así es que siempre ellos piensan, mejor no le digo al embajador lo que está pasando. Trabajar mancomunadamente de esa manera no es fácil pero es necesario. Eso se ha logrado en gran manera en Colombia, pero en México no tanto. Los mexicanos no se fían en los gringos y viceversa. Crear cooperación entre dos países donde hay mucha criminalidad con mucha plata envuelta es muy, muy difícil. Los colombianos son nacionalistas pero los mexicanos mucho más. Recuerdo que antes de llegar a Colombia hubo un ejercicio americano de un grupo de reservistas del ejército americano para hacer una pequeña escuela allá en Juanchaco, cerca de Buenaventura, para los afrocolombianos, ¿se acuerda? Y entonces salió publicada una foto en la prensa colombiana de un sargento americano con una pistola en suelo colombiano. ¡Se armó tremendo escándalo! Y había razón: la Constitución no permite eso en Colombia, y entonces ¿qué pasó?, que toda esa buena intención, todo el dinero que se gastó en esa operación resultó un fracaso en términos de relaciones bilaterales. Finalmente no sé si se construyó la escuelita. Estados Unidos salió de eso con un ojo en tinta e incluso había rumores de que los que habían pasado la voz para revelar eso habían sido agentes cubanos mandados especialmente de La Habana. ¿Es verdad lo de los cubanos? Quién sabe. Entonces yo fui muy cuidadoso en Colombia con el personal de la embajada. Les dije a los militares y a los de la DEA, ustedes bajo ninguna circunstancia pueden participar en operaciones, pueden ayudar en la planeación, pero no pueden participar en operaciones. El funcionario que yo sepa que hizo lo contrario, lo devuelvo a Estados Unidos, los saco como viento fresco, no quiero que eso pase.

¿Los sacó cómo qué, como viento fresco?

Viento fresco. Dicho chileno. Pero de todas maneras los militares (estadounidenses en la embajada) me decían es que nosotros tenemos que protegernos, y les dije ustedes están aquí vestidos de estadounidenses y andan por la ciudad vestidos de uniforme, ¿usted cree que si no hay un izquierdoide por ahí con una pistola, no los va a tratar de asesinar?, cuando salgan a la ciudad que vayan de civil, dejen los uniformes aquí en la embajada o en su casa, pero no en la calle y me preguntaban ¿qué tal las pistolas?, tampoco y además les prohíbo que vayan a la zona rosa. Me he enterado que ustedes van a chupar guaro a la zona rosa y no puede ser, no puede ser, está prohibido, claro, uff, ayyy embajador, sea más realista, usted es demasiado religioso, demasiado mandarín, pero los obligué, no les permití usar armas ni aun esas pistolas que se pone uno aquí, en las piernas.

¿Ahí en la zona rosa después mataron a un agente de la DEA?

Sí, pero eso fue después de mi tiempo, pero en mi tiempo el ejemplo que yo usaba era lo que le ocurrió al hijo del general Octavio Vargas, al que hice enviar a España como agregado policiaco ante la Unión Europea para reemplazarlo con Rosso José. Su hijo estaba ahí bebiendo con unos amigos y alguien disparó sin querer matar, pero lo mató. Yo fui personalmente a darle el pésame a Vargas porque estaba bien golpeado.

A propósito de la zona rosa, ¿usted recuerda al coronel James Hiett, que estaba a cargo del Plan Colombia, y la esposa, que era drogadicta y enviaba drogas a Estados Unidos?

Lo leí en los periódicos. Ya no estaba de embajador en Colombia. Mire, qué penoso. Y su esposa tenía fama de escandalosa. Hay que preguntarse ¿por qué las autoridades militares

estadounidenses no se opusieron a que ella lo acompañara en Colombia?

Ya había un antecedente de que ella había estado en tratamientos de rehabilitación por droga...

Sí, y además acusaciones de haber tenido relaciones sexuales con varias personas.

Me gusta que toquemos ese caso para ponerlo en una perspectiva más amplia, embajador, es el de la guerra de las drogas. Con todos estos dobles estándares, después vimos a la DEA en el escándalo de agentes en Bogotá tomando trago con narcos, prostitutas pagadas por narcos, toda esa cosa, ¿usted todavía cree que ese es un problema que se puede solucionar?

Tenemos que encontrar otras maneras, pero la legalización no es una respuesta; acuérdesse que el narcotráfico no es solo en Colombia o en Bolivia. Es un problema mundial. La cocaína colombiana llega hasta Rusia, llega hasta Afganistán, como la heroína afgana llega a Estados Unidos, es decir, todo el mundo está envuelto en eso. Yo me acuerdo haber estado en Mallorca hace unos cinco años, linda, bella isla, haciendo excursiones, y la policía española captura una veintena de criminales con cocaína colombiana en un restaurante cerca de nuestro hotel. Hoy en día España es per cápita el mayor consumidor de cocaína en Europa y posiblemente en el mundo. También hay que acordarse de que la legalización conlleva ciertas responsabilidades y también secuelas, como el crimen. Es un problema muy complicado y hay que ponerle mucha cabeza, yo no sé cuál es la respuesta final pero hay que tener en cuenta que gente que se convierte en drogadictos cometen crímenes, hacen daños a familias, es un costo terrible. Una cosa es decir vamos a legalizar esto. Pero cuando el gobierno

del país que quisiera legalizar se da cuenta de todos los costos adicionales que eso conlleva, entonces dice busquemos otra vía. Me acuerdo que una vez el general McCaffrey, muy frustrado, ya de jefe de la oficina contra las drogas (zar antidrogas), en Washington, llegó a Colombia y después de una discusión con unos funcionarios colombianos, se frustró. Dijo ustedes tienen que acordarse de que la cocaína y la heroína van a ser rápidamente reemplazadas por drogas artificiales fabricadas en laboratorios y entonces nosotros no tendremos que hacer nada por ustedes. McCaffrey no era la persona indicada para ser zar antidrogas ni para hacerle frente al problema de la droga. En una ocasión, cuando él era todavía jefe del Comando Sur en Panamá, yo lo acusé ante sus superiores de haber escrito tonterías sobre Colombia.

¿Por qué?

Por malinformar a sus superiores sobre la situación en Colombia, y el jefe de él me dijo usted es el primer embajador en mi carrera que ha tenido el coraje de llamarme por teléfono para decirme una cosa parecida, y tomó acciones inmediatamente.

¿Y probaron lo que usted estaba denunciando?

No le puedo dar más detalles, salvo que existe un documento elaborado por el general que probaba lo que yo había dicho. Lo irónico es que el general McCaffrey tuvo razón en ciertas de sus predicciones. Hoy, además de la cocaína, además de la heroína, además de la marihuana, hay toda una farmacopea de drogas artificiales como el éxtasis y la metanfetamina. Mucho de eso entra a Estados Unidos desde México. Pero en Colombia se producen algunos de los ingredientes precursores como también algunos de los materiales químicos

para producir la metanfetamina y se mandan a México donde se produce la metanfetamina, la píldora. Hay tanta plata involucrada en esto. Me asombra que hay gente que pertenece a todas las camadas sociales, culturales y profesionales de nuestra sociedad que se convierten en drogadictas y desperdician su vida.

¿Y usted que conoce tanto a Estados Unidos porqué esa tendencia cultural o psicológica de la gente a meterse todo el veneno que se pueda por las narices, por las venas? ¿Por qué esa tendencia de este pueblo a drogarse?

Yo no sé, pero no es una nueva costumbre. En el siglo XIX en este país había morfina, había heroína, que era legal, eran medicinas que se vendían en farmacias. Mucha gente en Estados Unidos, hombres y mujeres, llegaron a ser drogadictos. No es un problema nuevo, no le puedo decir por qué, incluso hay una obra de teatro escrita por un estadounidense en la cual la esposa y la madre de la familia es drogadicta. Antes del siglo XIX en Estados Unidos, uno de los más grandes contribuyentes al ingreso calórico de cada americano era el licor destilado, el whisky; Abraham Lincoln, por ejemplo, tomaba whisky durante el día; era muy normal en esa época recibir muchas de sus calorías, no por vía alimenticia, sino por licor. Hoy es diferente.

Embajador, ¿dónde están las organizaciones de narcotráfico estadounidenses, porque no puede ser que toda la cadena de los carteles mexicanos y colombianos esté manejada solamente por extranjeros?

Así ha sido históricamente.

¿Quiere decir que en Estados Unidos no hay gringos que estén metidos en el negocio? ¿No hay poderosos?

Sí, hay gringos. Siempre ha habido criminales americanos, pero el hecho es que muchos de los criminales más famosos, de más renombre, fueron de origen extranjero: italianos, mexicanos, dominicanos, jamaquinos, colombianos, chinos. Desde el siglo XIX, mucho del crimen organizado en Estados Unidos ha involucrado gente de escasa educación, de reciente llegada a este país.

¿Pero hay una gran responsabilidad del sistema bancario? ¿Hay algún banquero preso en Estados Unidos por lavado de dinero del narcotráfico?

Sí hay.

¿Quién es?

No conozco sus nombres, pero sé que existen.

No hay muchos considerando el problema porque el banco siempre negocia con el Departamento de Justicia lo que llaman postergación de la acusación, donde usted llega a un acuerdo para que no se formule cargos, paga una multa y se acabó. O sea, la impresión que yo tengo es que aquí, si no hay carteles de la droga, estos señores, los financistas, son facilitadores.

Sí, y precisamente los instrumentos que usted menciona son diseñados para evitar tener que estar por años en las cortes. Reciben una sentencia corta o una multa.

Hay una congresista que dice que hay que pasar de las multas a la responsabilidad penal porque no hay más de diez directivos bancarios en Estados Unidos en una cárcel en este país por haber lavado dinero del narcotráfico.

Le voy a decir lo siguiente: no cabe duda, no porque yo sea un experto en la materia, de que el sistema de justicia en Estados Unidos esta apuntado más y más a la responsabilidad

individual de funcionarios de la banca o de grandes empresas. El fenómeno en que una empresa simplemente pagaba una multa lentamente irá desapareciendo. Más y más fiscales y altos funcionarios de nuestro gobierno están recomendando encarcelar a los individuos responsables.

¿Usted cómo se define políticamente?

Yo creo que en la política y en lo social, el Estado tiene que intervenir más y ayudar más, hay que crecer por ejemplo en educación porque estamos entrando en un siglo donde sin educación uno no llega a nada; tenemos que aumentar el dinero que usamos para infraestructura, hacen falta carreteras, en este país, que sé yo, un veinte por ciento de los puentes está en estado deficiente, así que en ese sentido social yo gastaría más, yo estoy dispuesto a pagar más impuestos, pero no extraordinariamente, y sí creo que los ricos tienen que pagar más en impuestos. Ahora en Colombia están en una gran batalla sobre los impuestos.

A lo que se opone su amigo Luis Carlos Sarmiento...

Si yo fuera uno de los grandes cacaos me opondría. ¿Por qué? Por las mismas razones que en enero, cuando yo estuve en Centroamérica, los grandes cacaos me dijeron ¿para qué le voy a dar mi plata al gobierno, para que no hagan nada con ella o hagan chanchullo?

Embajador, ¿quién es el personaje histórico que usted más admira?

Creo que a Roosevelt.

¿A Franklin o a Theodore Roosevelt?

Bueno, es que conozco más a Franklin y al otro también hay que admirarlo; recientemente ha habido biografías que muestran que él realmente transformó los Estados Unidos,

digamos de ser un país que velaba por su seguridad a un país que ya casi se puede decir que era imperialista, la cuestión del canal de Panamá y todo lo demás, y era un hombre con una visión mundial... se fue a África, pasó meses ahí, casi se muere, le dieron fiebres. Franklin nos sacó de la Depresión de 1929. Cuando comenzó su carrera política, Roosevelt no era considerado de gran peso cerebral. Cuando joven tenía fama de mujeriego, de muy buen mozo y qué sé yo, pero él tomó este país y empezó a hacer cosas realmente increíbles, carreteras, represas, infraestructura de todo tipo, maneras de crear empleos para jóvenes que estaban desempleados y nos sacó de la Gran Depresión.

¿Usted piensa en inglés o en español?

A veces yo pienso en español porque simplemente es conveniente pensar en español.

Ah, ¿es por temas?

Sí.

¿Por ejemplo?

La música latinoamericana. Hablando de eso, soy gran admirador de Carlos Gardel, de Pedro Mujica, de Ernesto Lecuona, cuya música se tocaba mucho en la radio en Chile. "Júrame que aunque pase muchos, te acordarás en el momento en que yo te conocí". Gardel, pues claro, 'Chinita de mi barrio'... se escuchaba mucho Gardel en los años cuarenta en Chile y mi mamá cantaba muchos de sus tangos. Pero también me encanta la música contemporánea de Latinoamérica y tengo muchos discos de músicos o cantantes latinos, incluso de Colombia, Cuba, Brasil y República Dominicana.

Y hablando de América Latina, ¿qué personaje le causa admiración?

Mire, en Brasil admiro a muchos, pero eran del siglo XIX, como el Barón de Maua, el primer empresario moderno en Brasil. Era un *entrepreneur*, como decimos en inglés, hizo grandes fortunas y murió sin un centavo. También Getulio Vargas hizo mucho por Brasil entre 1930 y 1940.

¿Y de Allende, su paisano?

Yo no soy de izquierda. Allende era un socialista. En Chile el socialismo es más de izquierda que el comunismo. Él era una persona de extremo. Mi tío fue comandante en jefe de los Carabineros de Chile y se jubiló yo creo que un año antes de que Allende fuera elegido. Usted sabe que además de los oficiales de las Fuerzas Armadas de Chile acusados de violaciones de derechos humanos, durante esa época también algunos oficiales de carabineros fueron acusados de lo mismo.

¿En su juventud usted fumó marihuana?

Nunca.

¿Solamente licor?

Sí.

¿Y usted nunca tuvo problemas de licor, lo de un joven común y corriente que se toma unos tragos y se emborracha y ya?

No me gusta tomarme más de dos o tres tragos máximo; no me gusta sentirme medio emborrachado, no es que sea puritano, es que no me gusta, es decir, hacer eso con el cuerpo de uno me parece una ofensa, las drogas también, cigarrillo nunca, además tengo el ejemplo de mi padre, que murió de fumar tanto cigarrillo.

Después de que usted sale de Colombia logra los objetivos de corto y mediano plazo, pero la guerra del narcotráfico sigue igual y no hay opciones. ¿Cómo se siente usted ante eso?

Muy frustrado, evidentemente, muy frustrado y yo les dije en Washington que yo no veía salida realmente a esto, por la manera en que estábamos tratando el problema.

Pero es que se pone presión aquí y salen por allá y se van reciclando...

Después de que regresé de Colombia, finalmente en Washington concordaron con mi argumento y decidieron hacer algo más amplio que la lucha antidroga. Se preparó un documento para una política más ambiciosa para darle a Colombia más recursos, y de ahí salió el Plan Colombia; se dijo que esta era una lucha antiterrorista además de ser antinarcóticos. De esa manera se podía esquivar la prohibición en la legislación americana que decía que los violadores de derechos humanos no iban a recibir mucha ayuda.

Pero mire, después del Plan Colombia ya otra vez los cultivos de coca están creciendo...

Yo sé.

¿Cuál es la opción?

No sé, pero le he dado muchas vueltas en mi mente. Todavía estoy en eso.

Todo lo que usted luchó contra eso, toda la gente que ha muerto en esa guerra, no solo en Colombia y en México, ¿y ahora qué?

Es muy decepcionante, muy frustrante, pero como embajador estadounidense uno tiene que cumplir con la política de su país. Son pocos los embajadores que diseñan una política.

El embajador puede hacer sugerencias y a veces son aceptadas. Logré cumplir con todo lo que me pidió Washington. Creo que si hubiera quedado el general Vargas como jefe de la Policía en Colombia, no hubiéramos tenido muchos de los éxitos que obtuvimos con Rosso José Serrano, por ejemplo. Pero yo no me inventé la política y a veces la critiqué.

Basado en mi decepción por la falta de una cultura democrática en Venezuela, cuando Washington argumentaba que Venezuela era un ejemplo de éxito de nuestra política, yo traté de decirles que esa no era la realidad y que necesitábamos buscar otras maneras de fortalecer la democracia en ese país.

Con respecto a Cuba, aunque ahora tenemos embajadas en los dos países, ahora estamos en una situación en que la persona en La Habana con la mano en el timón es Raúl Castro y nuestro gobierno cree que Castro lentamente abrirá su país, no tan solo económicamente sino también en política democrática y esa no es una expectativa realista.

En términos de Colombia, estoy muy preocupado por el problema de la impunidad y lo que eso implica para el futuro. Aunque se suscriba el acuerdo de paz, la violencia continuará. Aunque el uso de glifosato ya no está permitido para destruir la coca, el cultivo de esa planta en Colombia está aumentando. Ahora estamos en una situación en que, a pesar de los buenos augurios para el proceso de paz, estamos preocupados por el incremento de cultivo de la coca y todo lo que eso conlleva en términos de la cuenca del Caribe. Recientemente, el Departamento de Estado le pidió al Congreso reautorizar el uso de glifosato en Colombia si fuera necesario. Ese mensaje es para Colombia. Lo único que funciona eficazmente para matar las matas de coca es el glifosato.

Pero es que los estudios más recientes están diciendo que es muy dañino para la salud...

Sí, pero eso es solo un informe después de muchos años de análisis que decían que el glifosato no le hacía daño a la salud del ser humano.

Usted decía en septiembre del 95 que en cuestión de quince años los carteles de la droga serían barridos...

A ver, yo nunca quise decir que todo criminal metido en el narcotráfico desaparecería, pero yo sí creía que todos los grandes carteles, como el de Cali y el de Medellín, cesarían de existir, de operar, que habría otras organizaciones, pero más pequeñas y menos potentes y menos capaces que las otras. No quise decir en esa declaración que todo el narcotráfico iba a terminar, porque eso sería una estupidez. Y en términos históricos, el uso de narcóticos es muy viejo en el mundo... el otro día sacaron una historia que alguien había encontrado unas pipas de Shakespeare enterradas en un jardín en Inglaterra y que, al examinar las pipas hallaron rastros de marihuana. Eso no es nada nuevo, la palabra asesino en español viene de *ḥaššāšīn*, en árabe. Así les decían en el Medio Oriente a los tipos que ingerían el hachís y después eran mandados a asesinar. Acuérdesse que hay musulmanes desde el año 700 después de Cristo. Así que aquí no hay nada nuevo. Yo creo que el ser humano va a ingerir droga siempre, la cuestión es buscar una manera de tratar con eso para que no se convierta en crimen y no mate al drogadicto. Obama acaba de anunciar que va a disponer 27 millones de dólares para encontrar una manera de dar tratamiento médico a los adictos a la heroína, porque ha habido un enorme crecimiento del uso de heroína y de muertes, sobre todo en regiones que antes

no usaban mucha droga; por ejemplo, en el noreste de Estados Unidos, en los estados de Vermont, New Hampshire, los usuarios están muriéndose. ¿Habrá una solución definitiva? Tal vez, pero tomará mucho tiempo y mucho estudio para encontrarla.

Que no solo sea la interdicción, sino la prevención y la curación...

Sí, exacto, y eso quiere decir que los países desarrollados y no desarrollados van a tener que gastar mucha plata y no van a poder pasarle la cuenta a nadie, es decir, todos estamos en eso, todos tenemos que pagar, y eso es muy complicado porque estamos con el mismo suspiro diciendo que tenemos que gastar mucho más dinero para reducir el dióxido de carbono en la atmósfera. La DEA sabe que mientras existan narcóticos la gente los va a consumir, en consecuencia la DEA tiene trabajo para largo. Los agentes entran a la DEA, cumplen sus treinta años en la lucha, se jubilan a los cincuenta y entran otros... esto es una tarea generacional. Estados Unidos continuará precisando de la DEA.

Pero debe ser frustrante estar en una empresa que siempre está perdiendo...

Recordemos que un policía que entra a la Policía en Colombia o en Chile o en Estados Unidos, lo hace a sabiendas de que ellos no van a terminar con el crimen. Ellos van a cumplir sus treinta años, van a salir y otra generación les seguirá porque la criminalidad también continuará.

Pero en este país baja la criminalidad...

Sí, pero no va a desaparecer. Y esos loquitos del National Rifle Association van a continuar oponiéndose al control de armas de fuego dentro de la sociedad americana. Estoy

convencido de que en algunos años los ciudadanos de este país llegarán a decir aquí se acabó esta locura y solamente se permitirán armas para cazar, bajo condiciones estrictas, examen de antecedentes, etc. No será fácil, ni será mañana.

CAPÍTULO 10

La embajada por dentro

Las primeras señales del escándalo asomaron cuando Joe Toft, director de la DEA, salió de Colombia y dijo que la nuestra era una narcodemocracia, que la campaña de Samper había recibido dinero de la mafia y que la mafia compró los votos que hundieron la extradición en 1991. Por petición del gobierno, usted lo desautorizó. ¿Por qué?

Yo llegué a Colombia y me di cuenta de que Joe Toft, que hablaba español, nacido en Bolivia, era un tipo que tenía muchos contactos con la prensa colombiana. Y entonces cuando llegué hablé con cada jefe de sección y les dije mire, aquí hay dos personas que solo pueden hablar con la prensa. Uno soy yo y el otro es el encargado de prensa en la embajada. Yo no quiero francotiradores, no quiero que usted vaya a decir cosas porque en primer lugar no le toca y en segundo lugar de pronto usted tiene la visión de su agencia, pero no de la embajada

en total, o usted no conoce bien la política de Estados Unidos con respecto a Colombia y yo no quiero darme trastabillones cada tres días con declaraciones tuyas. El único que lo tomó a mal fue Toft porque él conocía mucha gente en la prensa y como hablaba español tenía una gran ventaja sobre mi antecesor. Además, el embajador no quería hablar con la prensa. Entonces Toft se quedó así, muy... como que yo lo había tratado mal y le dije si sale alguna cosa de usted en los medios, yo voy a darle duro. Ese es mi papel como jefe de misión y no quiero que usted esté comentando sobre la política de Estados Unidos en este país.

¿Qué dijo?

Le cayó malísimo. Y le dije, además, no quiero que usted venga más a las sesiones del equipo de la embajada.

¿Usted había perdido su confianza en él?

Exacto, y como él se iba a las dos semanas... Yo hubiera obrado tal vez de otra manera. Toft era un tipo arrecho, duro, de armas tomar...

¿Por eso usted lo desautoriza después de que esto ocurre?

La gente me preguntó si esa era la política de Estados Unidos y les dije mire, el señor Toft no habla por el gobierno de Estados Unidos, el que habla soy yo, como dicen en Italia, *sono io*. Toft ahora está jubilado. Usted sabe, esa gente de la DEA, o del FBI o de la CIA, puede vender sus servicios después al sector privado como jefe de seguridad. Y ellos están muy bien entrenados. Él conocía muy bien lo que estaba pasando en Colombia pero me desobedeció y me dejó con un montón de problemas pero él no tenía derecho a hacerme eso y después ir a decir cosas que no son verdad.

Embajador, luego usted tuvo problemas también con el nuevo director de la DEA en Bogotá, Tony Senneca. ¿Me podría dar detalles?

A ver, es un cuento largo. Retrocedamos. Mi antecesor (el embajador Busby) era un señor que había sido militar, que le encantaba trabajar con Rafael Pardo para hacer los planes para los bloques de búsqueda y toda esa vaina. Él no se preocupaba por ninguna otra cosa en la embajada. Lo de él era el Ministro y la cosa militar. Y por consiguiente, cuando yo llegué a Colombia todas las agencias trabajaban como si no hubiera embajador. Hacían lo que querían a sus anchas. Entonces yo reuní a toda la gente y les dije miren, yo soy el representante del presidente de los Estados Unidos y aquí dice en este documento del Presidente, firmado por él, que yo tengo autoridad sobre todas las agencias. Entonces voy a despachar con cada uno de ustedes por lo menos una vez a la semana, ustedes me van a decir lo que están haciendo y vamos a trabajar mancomunadamente y además prohíbo terminantemente que ninguno de ustedes tenga conexiones con los medios, yo seré el vocero de la embajada o el funcionario que yo tengo de la sección de comunicaciones. Yo no quiero que Senneca repita lo de Joe Toft. Lo que me molestaba de Toft es que él tenía algunas ideas que no eran parte de la política de Estados Unidos con respecto a Colombia.

¿Como cuáles?

No me acuerdo ahora pero había muchos ejemplos. Y entonces yo le dije mire, si yo le digo a usted que puede hablar con alguien en los medios yo le voy a decir cuál es la línea del gobierno estadounidense. Usted dígame francamente si discrepa y por qué discrepa. No me dijo nunca nada. Eran sacadas de botas, simplemente quería dar su versión.

Él no era el embajador, era el jefe de la DEA y el jefe de la embajada era yo. Entonces Senneca llegó también pensando que él era un tipo muy experimentado. Pero Senneca era una persona realmente ingenua cuando se trataba de Colombia. No tenía experiencia en otros países. Y en Colombia la gente le decía cosas y él se las creía y me las traía, y yo le decía no puede ser por esto y por lo otro. Total, una persona que no quería atenerse a la disciplina. Y una de las primeras evidencias fue este caso del fiscal que hizo el oso tremendo conmigo diciéndome que Gilberto iba a caer esa misma noche y claro, al otro día no tuvo el valor de venir a decirme a mi oficina que se había equivocado. Es más, se hizo humo, no se apareció por un día.

Pero después ocurrió algo más con él...

Sí. Yo iba a la misa todos los domingos con mi esposa y después de eso nos íbamos al Oma de la carrera 15 a tomarnos un café; los dos somos muy tomadores de café. En una de esas estábamos Bárbara y yo y una pareja en otra mesa estaban... caramba, el hombre le estaba corriendo la mano y se estaban besuqueando, era una cosa de película. Cuando me pongo a mirarlos bien y veo que es Ingrid Betancourt con Carlos Alonso Lucio. Lucio, con toda la basura que lleva de las FARC, del narcotráfico y toda la cosa. Los vi tomando el café, hablando con Bárbara y de pronto Ingrid se da cuenta de quién está en la otra mesa mirándolos. Entonces se paró y sin decirle nada a Lucio se fue, claro él pagó y se fue, supongo que ella se quedó esperando afuera.

¿Usted conocía a Ingrid?

No, por fotos, una loquita.

Un informante de la DEA que trabajaba para el cartel de Cali me dijo que ella acompañó a Lucio a recibir dinero de los Rodríguez Orejuela⁵³.

No me extraña.

Imagínese, y ella después le hizo el debate a Samper...

Algunos meses después hubo una invitación a Cartagena de parte del Congreso a todos los diplomáticos en Bogotá. Yo dije bueno, yo no tengo nada que ver con eso. Yo he ido a Cartagena. No hay nada de especial, esto es simplemente una salida a Cartagena a pasarlo bien, no fui. Cuando a la semana siguiente llega un embajador amigo mío y me dice lo extraño en Cartagena. Le dije es que tengo demasiado trabajo, me encanta Cartagena. Me dijo quiero entregarle esto que fue distribuido a todos los embajadores por Carlos Alonso Lucio. Era una chuzadera de una conversación de Tony Senneca y su número dos con una alta funcionaria del Departamento de Justicia hablando abiertamente⁵⁴. En la embajada nosotros teníamos teléfonos cifrados, y mis instrucciones por escrito a todo el mundo era que no utilizaran teléfonos ordinarios sino los cifrados para hablar de cualquier cosa que pudiera ser sensible. Senneca no lo hizo y alguien chuzó la llamada.

53 Entrevista del autor con Jorge Salcedo, exjefe de seguridad del cartel de Cali, 20 de abril de 2012. Salcedo afirmó que hubo un encuentro de Ingrid y dos congresistas más con la cúpula del cartel de Cali. Al final de esa reunión, según Salcedo, 'Chepe' Santacruz le entregó un cheque de 50 millones de pesos a Lucio en el entendido de que era para compartir con Ingrid y el congresista Guillermo Martínez Guerra. Según Salcedo, el objetivo de la reunión era parte de una campaña del cartel para presionar por una amnistía de los narcotraficantes. Ingrid rechazó esa versión calificándola de falsa y absurda.

54 La agencia AP identificó a la mujer como Mary Lee Warren. Fuentes de la agencia de noticias dijeron que se trataba de una subprocuradora que supervisaba casos de narcotráfico internacional. "DEA secret operations revealed in tapes", por Andrew Selsky, AP, 1 de noviembre de 1995.

¿Era una chuzada de tres personas?

Sí, ella hablaba y entonces salían dos personas con teléfono que estaban en la misma línea en Bogotá. Hablando pestes de mí, que el embajador era un metete, que estaba tratando de decirle cómo hacer su trabajo, que qué sabía el del narcotráfico, una vaciada de unos diez minutos y la funcionaria es buena amiga mía, yo nunca le he cobrado mucho eso. Ella sabe que yo tengo esa grabación. Llamé a los jefes de sección de cada agencia y les dije a todos quiero que escuchén esto. Al momento que Senneca escuchó quién era el que estaba hablando, que era él, salió disparado de la sala de conferencia y su número dos también. Y bueno, yo sabía por las voces quiénes eran. Entonces toqué todas las cintas y les dije miren, esta es una buena lección para todos. Espero que todos sigan usando como yo lo he ordenado los teléfonos cifrados, ¡no sean pendejos!, no crean que pueden hablar jeringonza y que la gente no va a entender. Bueno, todos se fueron calladitos. Mandé a llamar a Senneca y le dije usted tiene tres días para salir de aquí, ya no tiene mi confianza. Y en caso de que usted no sepa yo soy el embajador aquí. Recibí un llamado del Departamento de Estado y me dijeron el jefe de la DEA dice que ellos saben cosas muy sensibles sobre usted y que las van a regar por Washington, salvo que usted le diga a Senneca que se puede quedar. Y les dije ¿saben una cosa?, en toda mi vida yo no he hecho absolutamente nada que me avergüence, así que si él quiere lanzar eso que lo haga pero yo les estoy diciendo a ustedes que todo eso es falso.

¿Eso no es una extorsión, y de su propio gobierno?

Claro que sí, ¡una extorsión!

¿Quién era el jefe de la DEA en Washington?

Thomas Constantine. Y yo le dije entonces y díglele al jefe de la DEA lo que dijo el almirante Nelson en el siglo XIX cuando le dijeron que iban a publicar que él tenía una amante y él dijo publiquen y váyanse al carajo. Llamaron a Constantine, que en paz descanse, murió hace seis meses, Frechette dice que publiquen todo, que tienen su total autorización y claro no había nada, era simplemente una burda extorsión y en tres días se fue Senneca.

Embajador, ¿eso no tiene consecuencias legales en Estados Unidos?

Bueno, es que el Departamento de Estado trata de evitar las broncas, y esta era una cosa tan infantil, tan burda, tan ridícula, de un hombre que obviamente no tenía ni los sesos ni la capacidad para dirigir la DEA. Pero el Departamento de Estado es una institución a la que le tiembla mucho la pajarilla, no les gusta la bronca. A mí, por el contrario, tampoco me gusta, pero no me hago a un lado, si es necesario pues ahí vamos.

¿Usted tuvo que botar a más gente?

Un par, pero eran de menor grado, simplemente personas que no hacían el trabajo que se les había asignado y eran antipáticos, tipos que andaban molestando la paciencia todo momento. Hablé con Washington y me dieron la razón. Las agencias no se inmutan mucho cuando se trata de un tipo de baja categoría, pero cuando uno le dice a una agencia como la DEA voy a sacar a su jefe, pues ahí se pone seria la cosa y ahí fue cuando trataron de asustarme con los secretos que sabían de mí y no había (risas). Es que Constantine no se daba cuenta de que no estaba hablando con un criminal sino con una persona honesta, es decir, usted puede intimidar a

un criminal diciéndole yo conozco todos tus secretos y si no colaboras te voy a echar al agua. Pero no con una persona que es honesta. Claro que es una cosa seria. Constantine no era un tipo de la DEA muy profesional que digamos. Él era jefe de la Policía estatal del estado de Nueva York. Y cuando él entró a la DEA, los de la DEA le tenían mucho desprecio porque no conocía la cultura de ellos y le decían Trooper 1, como decirle carabinero uno, portahamacas, y se reían de él. Sin embargo, yo creo que él hizo todo lo posible para hacer lo mejor que pudo en Colombia. Una vez se me enojó pero después fui a verlo y le expliqué mi punto de vista. Después quedamos medio amigos y yo creía que él y yo teníamos alguna relación de amistad pero cuando le dije a Senneca que se tenía que ir, pues salió el policía utilizando tácticas que usaría con un criminal cualquiera.

¿Dónde está Senneca?

Jubilado.

¿Y qué ocurrió con la funcionaria?

Jubilada del Departamento de Justicia. Es una excelente persona.

¿Qué papel jugó en la grabación?

Ella estaba tirándoles un poco la línea a estos señores. Ella no decía ah sí, Frechette es un descarado, Frechette es un tirano, no, ella decía ajá, ajá, cada vez que ellos hablaban de cómo tenemos que obrar, y nos dice esto y lo otro refiriéndose al tema del fiscal, y eso viola los acuerdos con Colombia. Y ella dice ajá, ajá, así que es muy difícil saber si ella concordaba con ellos o simplemente les estaba llevando la historia. El hecho es que yo y mi esposa somos amigos personales de ella. Luego fue nombrada en Bruselas a trabajar en cosas de justicia con

la Unión Europea. Nosotros con Bárbara estuvimos en Bruselas de visita, la invitamos a almorzar, hemos cenado aquí en Washington. Y la voy a invitar en un par de meses, qué vamos a hacer.

Embajador, ¿ustedes no chuzaban en la embajada llamadas telefónicas, la DEA, la CIA?

Yo creo que la DEA lo hacía, pero no la CIA. La DEA tenía que hacerlo con la colaboración de los colombianos para saber qué es lo que estaban haciendo los otros.

¿No sería que ellos lo hacían también por su cuenta sin ninguna autorización judicial?

Lo dudo, no tenían suficiente personal.

Pero chuzar no necesita mucho personal.

No, yo sé, pero el equipo, mantener todo eso, mantener control.

Pero ellos tenían equipo, ¿la embajada no tenía equipo de interceptación telefónica dentro de la embajada?

No.

¿Entonces cómo hacían las chuzadas los de la DEA?

Así funcionaba: la DEA y la CIA hacían contactos con las autoridades de Colombia que tenían que ver con el narcotráfico y poco a poco iban identificando personas que a ellos les parecían honestas y que trabajarían con Estados Unidos, y en otros casos identificaban personas que tenían compromisos con el narcotráfico, entonces lo que hacían era que le daban el equipo a estos tipos y los mandaban a hacer el trabajo y hacían la cosecha de lo que se grababa, es decir, la DEA necesitaba todos los agentes posibles en Bogotá porque había pistas por todos lados, era una cosa descomunal.

¿Cuántos agentes de la DEA había entonces?

No me acuerdo muy bien, que sé yo veinticinco, treinta. Pero la cosa es que ese es un trabajo muy intenso porque hay que ir a conocer gente, hacer seguimientos, es una cuestión donde todo el mundo está trabajando todo el tiempo y hay que trabajar con mucho cuidado para no enredarse y hacerle una zancadilla al próximo.

Ya los narcos no le tienen miedo a venir a una cárcel a los Estados Unidos, como decían antes, ¿por qué?

Porque en las cárceles colombianas no hay seguridad, hay un despelote, y ahí tienen ustedes unas leyes que son, a mi modo de ver, contraproducentes; decirle a un tipo que lo condenan a ocho años por asesinato por ser el autor material, no el intelectual, porque el intelectual nunca lo encuentran.

¿Cuál fue el día más difícil en la embajada?

Muy difícil decirle, lo que hicimos fue mandar muchos informes a Washington diciendo acuérdense, mañana viene aún más, estamos tratando de mantenernos informados pero no sabemos cómo funciona esta cosa, no tenemos suficientes contactos en el Congreso para poder darle información muy certera. Mire, yo trabajaba muchas horas y mucha gente trabaja aún más horas que yo, porque yo tenía deberes sociales y los otros no; es decir, Colombia es un país que cuando yo llegué estaba hasta aquí en barro y trabajé duramente durante tres años y medio para que el barro me llegara acá, es que uno no tenía tiempo, no, era catástrofe tras catástrofe, uno no se podía imaginar que estas cosas pudieran pasar y, muchos de los gringos que yo tenía trabajando en la embajada salieron de Colombia espantados por la corrupción,

por todo lo que estaba pasando en Colombia, así que no me acuerdo de ningún día en especial. Claro, cuando por ejemplo me enteré de que la guerrilla había matado a esos tres misioneros, eso fue terrible y fui al campo de los misioneros para rezar con ellos y todo lo demás. Era un poco una cosa muy triste pero donde no teníamos suficiente información para hacer algo.

¿En qué sentido?

Bueno, en primer lugar en ningún momento Washington me dijo que teníamos que tomar alguna acción o hacer algo para forzar... no, lo que yo hice siempre fue utilizar el diálogo con la gente, decir qué es lo que pensaba Estados Unidos y preguntarles qué es lo que ellos creían que estaba pasando en Colombia.

Pero usted quería que el Presidente se fuera...

Claro, porque no le hacía ningún bien a Colombia y le hacía mucho mal en toda esta cosa, y peor cuando lo absolvieron.

¿Y a usted lo respaldaba el Departamento de Estado en esa posición: Samper tiene que irse?

Yo nunca le dije a nadie Samper se tiene que ir. Yo dije este señor está haciendo mucho daño, es el presidente elegido y vamos a tener que vivir con eso. No tenemos suficientes elementos de juicio, nada. Yo recomiendo que no nos metamos en eso porque es un asunto totalmente interno y cualquier palabra de Estados Unidos puede enturbiar las aguas y de pronto nos sale el tiro por la culata.

En ese tiempo estaba avanzando un juicio contra una célula del cartel de Cali en Miami y abogados americanos del cartel como Michael Abbel, y ahí mismo salían evidencias de uno de los informantes que logró meter ahí al agente

Edward Kacerosky, de ICE. El informante se enteró de la salida del dinero y camisetas para la campaña despachadas desde el cartel de Cali.

Sí, me acuerdo lo de las camisetas.

En un momento dado, Kacerosky estaba un poco frustrado porque ni siquiera le dejaron poner en el *indictment*, cuando relató esa acción, la del envío de las camisetas y del dinero, el nombre del candidato presidencial favorecido, que por supuesto era Samper. Tenían que usar solamente las palabras “candidato presidencial”. En una acusación, que no fue publicada, aparecía Samper, en otro, que fue la oficial, no. ¿Por qué si el Departamento de Estado quería abochornar a Samper no permitió que su nombre apareciera en el *indictment*?

¿Sabe una cosa? Eso nunca se discutió conmigo. El asunto de los *indictments* se hacía completamente en Estados Unidos. Nunca formé parte de decisiones como esas del *indictment*. Yo no sabía que había dos, uno con y otro sin nombre. Pero es muy posible que el Departamento de Estado no supiera absolutamente nada, que esto lo hubiera hecho el Departamento de Justicia por razones internas que yo ignoro.

¿Y el día más celebrado?

Ah, eso fue el día que cayó el cartel de Cali, que fue a mediados de 1995; al año de haber llegado ya había caído el cartel.

¿Cómo lo celebraron?

En el cuartel general de la Policía, donde estaba yo y algunos oficiales de la Policía y miembros del grupo y nadie más. Y entonces Serrano hizo su discurso, Naranjo hizo discurso y yo, y claro yo muy emocionado, porque yo miraba esas caras de esa gente que había trabajado noche y día por meses y meses;

era impresionante después de ver ejemplos de tanto colombiano, ver gente así, no gente de la alta sociedad sino gente humilde trabajando, es emocionante, muy emocionante.

¿Y cómo se enteró de la captura?

Yo seguía muy de cerca el asunto, la DEA tenía información por radio, sabíamos incluso de la frustración de Serrano cuando entraron en ese edificio y no podían encontrar la caleta, y finalmente después de dos o tres horas a un oficial se le ocurrió medir y se dio cuenta que había una desviación de una pared y entonces empezaron, claro ahí salió el amiguito con su botella de oxígeno, un poco de café, agua, periódicos.

Y sus pastillas de la tensión...

Sí, de película, y al mismo tiempo estas cosas tan humanas de los narcos, atravesados con las fechorías increíbles de matar gente, como la esposa de Pallomari, todo eso, es difícil. Uno sale en Colombia y mira los cerros y qué belleza y todo lo demás, y se pone a pensar, pero las cosas que también pasan por ahí y después estas tragedias de estas mujeres pobres que se van a Estados Unidos con el estómago lleno de condones, llenos de cocaína y le explota uno y ahí muere; hubo una mujer que se subió a un avión con un bebé, dizque hijo de ella, pero al final las azafatas se dieron cuenta de que él bebe no hacía nada, la mamá no la amamantaba nada, entonces de alguna manera se descubrió que el bebé estaba muerto y que le habían sacado todas las tripas y le habían puesto cocaína adentro; en otro caso una mujer se levantó de su asiento para ir al baño y se veía que todo su trasero estaba ensangrentado, se había hecho abrir las dos nalgas, le hicieron liposucción, le pusieron la cocaína y la cocieron y se montó en el avión. Cosas así realmente dramáticas y horribles, Colombia es un

país de grandes... de todo, grandes mentes, grandes desastres, grandes crímenes, nobleza, belleza, qué le voy a decir gente muy querida los colombianos.

¿Ustedes los embajadores pueden quedarse con copia de los informes confidenciales que envían al Departamento de Estado o es prohibido?

Bueno, si yo fuera a escribir un libro sobre mi vida yo tengo acceso a todos los documentos por lo menos del Departamento de Estado durante este periodo. No para publicarlos sino para consultarlos. En algún momento me pidieron muchas veces que escribiera sobre mi época, pero yo, de llegar a escribir un libro sobre Colombia, lo haría sobre la política estadounidense en América Latina y haría mucha investigación para saber cuándo se trazó la política, cuándo fue aprobada, quién estuvo en las reuniones, cosas que a mí me interesan pero que son un ladrillazo para la mayoría de personas. Una de las cosas que me interesó del libro es que podía contar muchas cosas, y algo que me ha gustado de la diplomacia es de mucha risa: he visto cosas tan raras, tan curiosas en muchos países y uno se da cuenta de que el ser humano es igual en todos los lugares pero con diferentes costumbres. Diferentes civilizaciones se las arreglan para vivir de una manera muy diferente de la nuestra. Entonces uno adquiere cierto respeto simplemente por la habilidad del hombre, sea donde sea, de organizarse, de resolver sus problemas, que pueden ser los mismos pero los resuelve aquí de una manera y allá de otra manera.

He leído muchos informes desclasificados de embajadores y algunos son muy detallados, se nota un gusto por escribir, por hacer los perfiles de los personajes locales,

son casi como crónicas periodísticas. ¿A usted le gustaba hacerlo?

Pero claro. El diplomático trata de pintar la sociedad donde esté, tal como es, cómo funciona, qué es lo que dice la gente para darle una mejor impresión al Departamento de Estado sobre cómo funciona esa sociedad. Usted va a encontrar eso en los embajadores de carrera, simplemente porque es una de las cosas que uno va aprendiendo rápidamente; si uno escribe, no inventándose cosas, sino de una manera interesante que hace que el lector en Washington entienda mejor ese país, la gente corre a leer los informes. En mi caso todo el mundo aparentemente los leía.

Pero en general sí los leen...

Un telegrama entra al Departamento de Estado que es enorme y uno al escribir un telegrama pone una serie de símbolos de cuáles son los temas tocados. Cuando llega a Washington una computadora automáticamente le manda una copia de ese telegrama a todas las oficinas que tienen que ver con esas abreviaciones. Entonces se riega por todos lados, salvo que sea un telegrama ultrasecreto en donde uno escribe "solo para sus ojos" (*eyes only*) es decir, es solo para los ojos de la persona a la cual se dirige el telegrama. Esa persona lo puede destruir o mandarlo a un archivo.

¿Todavía se les llama telegramas?

No, cables. Aunque eso ahora es todo por computador. Cuando yo comencé en el Departamento de Estado se tenía que hacer un telegrama con seis copias. Si había un error, tenía uno que botar todo eso y empezar de nuevo.

¿A un embajador quién le lee regularmente sus informes?

Digamos que la carpeta de Colombia contenía todo lo que yo tenía que decir. El jefe probablemente leería el mismo telegrama y el subsecretario de Estado, si tiene tiempo. Algunas veces el encargado de Asuntos Andinos manda un pequeño mensaje al subsecretario, lea Bogotá 1 0026. Pero también eso va a la CIA, a la DEA, a la AID, eso se riega porque existe la teoría en Washington de que mientras más gente lea el telegrama, más gente estará enterada de lo que pasa en ese país.

¿Quién es el jefe de un embajador?

El jefe más allegado sería el subsecretario de Estado para esa región, pero después para arriba hay un montón de superiores y después de esos la Casa Blanca.

Pero el jefe de la Sección Andina no es jefe suyo...

No, en primera instancia sería el subsecretario para Asuntos Interamericanos, que en mi tiempo eran dos: Jeffrey Davidson, que después fue embajador en México, y Alex Watson.

¿Con qué frecuencia le respondían a usted sus mensajes?

Normalmente, si él quería mandar un telegrama, salvo que fuera una cosa muy personal o elevada, le pedía escribir a la persona encargada de la carpeta Colombia, dígame al embajador lo siguiente, uno, dos, tres, cuatro. Entonces ese tipo se va, escribe el cable y se lo manda al subsecretario y le dice aquí está lo que usted pidió. Si el subsecretario lo acepta, ya el secretario oprime el botón de enviar.

¿Qué credibilidad se le da a ese tipo de informes como el que comprometía a Uribe?

Hay un problema en Colombia para los americanos porque hay mucha gente que se acerca a los americanos y le cuentan cosas de personas en Colombia que después resultan no ser la verdad. Déjeme darle un ejemplo, el del coronel Velásquez,

que lo agarraron en Cali con una amante. Él lo afrontó como hombre, se fue inmediatamente a su casa y le dijo a su esposa me acaban de tomar unas fotos tendido en la cama con una mujer. Inmediatamente a la sección del agregado militar y a la sección militar empezaron a llegar informes sobre este evento, que era esto, que era el otro, que era un desgraciado.

¿Que tenía vínculos con el narcotráfico?

Sí, a veces.

Encochinar, como dicen Colombia...

Encochinar, exacto, y claro Estados Unidos con base en esos documentos decide si puede otorgar una visa o no. Yo luché por varios años diciendo que esos informes simplemente no eran creíbles y al final lo logré. Hace como un año Estados Unidos hizo marcha atrás y le dieron la visa a ese coronel.

Yo he escuchado que hay otros exembajadores que hacen ese trámite de cabildeo para ayudar a recuperar visas y cobran dinero, ¿usted lo hizo gratuitamente?

Sí. Lo hice porque había sido una injusticia hecha por mi patria, una injusticia simplemente porque, usted sabe, los militares estaban avergonzados y bueno... pero lo hice y lo haré también con otros casos de acusaciones injustas.

Debido a la inestabilidad que vivía Colombia por el proceso 8.000, ¿en algún momento empresas norteamericanas expresaron inconformidad con usted y lo responsabilizaron porque la situación era producto de que se le estaba yendo la mano?

No, yo tuve mucho, mucho apoyo. Con tal de que yo no les preguntara si estaban pagándole a los paras, eran muy cooperativos. Además ellos siempre venían a quejarse cuando el gobierno les daba una patada para que cumplieran cabal-

mente la ley y el vecino, un colombiano, no tiene que hacer nada de eso. No, en general las compañías, nunca me dijeron que no concordaban.

¿Cuál era la actitud de ellos? ¿Ellos decían es mejor que Samper se vaya?

No creo que ninguno de ellos dijera eso, pero con el pasar del tiempo ya fueron mucho más claros y se quejaban de Samper, el país se va al diablo, este señor no puede seguir.

¿Usted alcanzó a conocer al hermano de Hillary Clinton que era del Cuerpo de Paz en Colombia?

No.

Pero veo que sabe algo de él...

(Risas) Sí, sé algo de él. El presidente Clinton invitaba solo a sus amigos políticos a la Casa Blanca antes de mandarlos al exterior como embajadores; sin embargo, el personal de la Casa Blanca, que eran profesionales, me tenían aprecio y cuando yo estaba en el USTR haciendo asuntos comerciales, me arreglaron una visita con Clinton para ir con mi esposa a verlo un sábado, para ver si nos tomábamos una foto. Clinton no estaba vestido con traje sino con una camisa *sport*. No nos recibió muy bien, muy cortés pero nada especial, nos sacaron fotos, tenemos la foto en mi casa, pero de pronto llegó Hillary y nos dijo quisiera hablar mucho con ustedes porque mi hermano Hugh, voluntario del Cuerpo de Paz, estuvo en Colombia. Nos dijo ¿pueden esperarse unos quince minutos?, esperamos, nos recibió, es una mujer encantadora, que sabía mucho de Colombia porque el hermano le escribía cartas. Después se engolosinó, quería saber más y me dijo tengo una conferencia de prensa, ¿se pueden esperar ustedes unos cuarenta y cinco minutos para continuar la conversación?

Se engolosinó con el tema de Colombia, ¿qué quería saber?

De todo.

¿Y qué tipo de cartas le escribía el hermano, qué le contaba?

No sé.

¿Ella no lo reflejaba en la conversación?

Yo creo que por las preguntas que le hacía, algunas de las cartas eran sorprendentes. Entonces le dije señora Clinton, cuando yo vaya a Colombia, allá no hay Cuerpo de Paz porque secuestraron un voluntario de ese organismo años antes de mi tiempo como embajador, creo que fueron las FARC y lo mataron, entonces nosotros sacamos a todos los voluntarios. Le dije mire, yo con mucho gusto visito el caserío donde su hermano estuvo, saludo al pueblo y les digo que la conocí a usted, me daría gusto porque quiero mucho al Cuerpo de Paz y cuando fui embajador en Camerún tenía casi 200 voluntarios del Cuerpo de Paz y los visité a toditos. Me dijo no, no por favor, no haga eso. Y le dije ¿por qué? Porque mi hermano tuvo que salir de ese pueblo de noche, ya que les había prometido a tres mujeres diferentes que se casaría con ellas.

¿Qué caserío era?

Ella no me lo dijo y respetando su deseo, no hice ningún esfuerzo para saber dónde fue.

Bill Clinton en sus memorias dice que a él le encantaba sentarse con su cuñado a escucharle las historias que le contaba de Colombia.

Otro que les prometió matrimonio a tres mujeres fue Botero, Fernando Botero hijo. Cuando estuvo prisionero salió y se fue a México. Años después de jubilarme estuve en México

de negocios, yo le estaba haciendo un *briefing* político al PAN antes de que ganara Vicente Fox, sobre la política exterior de los Estados Unidos y le cuento: una cosa que no se les puede decir a los mexicanos nunca es que el narcotráfico está convirtiendo a México en una Colombia porque se enfurecen, no aceptan esa comparación aún hoy en día.

La colombianización de México...

Sí, es la verdad. Entonces una noche yo iba al restaurante, creo que se llama Tres Marías, que se especializan en servir un mole (salsa mexicana). Era de noche y de repente oí una voz que me era conocida, decía yo creo que ese es Frechette, y una voz de mujer le decía sí, es Frechette. Era Fernando Botero hijo y su esposa; hablamos y me dio su tarjeta y me dijo que intercambiáramos *e-mails*; nunca le escribí, el tipo es muy encantador e inteligente, pero deshonesto.

¿Por qué me dice que hay que tener cuidado con el hermano de Hillary?

Ah, porque casi lo encarcelan en Florida por haber hecho unos chanchullos.

Pensé que había hecho cosas en Colombia.

No, no, en Colombia no, esto fue en Florida.

¿Cuánto tiempo habrá estado él en Colombia?

Normalmente los voluntarios del Cuerpo de Paz máximo se quedan dos años en un país.

¿Y cuando Hillary le dice que no vaya, ella le siguió contando cosas de él?

No, yo dije bueno, es la esposa del presidente de los Estados Unidos, ella ha sido muy cortés con nosotros y yo no quería hacer nada que pudiera causarle dolor, cuando ella me contó del hermano yo dije ah, y empecé a sumar.

¿Pero el interés de ella era solamente por la cuestión cultural, no era porque ella tuviera algún negocio entre manos?

No, no, era simplemente que a ella le costaba creer algunas cosas que había leído, me imagino que en las cartas que él le envió sobre Colombia.

¿Como qué?

No le pregunté, me pareció que no debía hacerlo. Yo encantado de la vida porque la habíamos conocido, también encantado porque nos trató muy cariñosamente y habló mucho, mucho sobre Colombia y América Latina. Después, muchos años después me enteré de que ella y otra persona en la Casa Blanca se habían opuesto al NAFTA y en diciembre de 1993 aconsejaron al presidente Clinton que no lo firmara.

CAPÍTULO 11

Samper vs. Frechette

Ernesto Samper Pizano siempre ha negado que supiera del ingreso de dineros del cartel de Cali en su campaña presidencial. El 27 de julio de 1995 Samper dio la explicación que más recuerdan los colombianos sobre su papel en este escándalo: dijo que si los hechos que habían sucedido eran verdad, había sido a sus espaldas. Y ante la pregunta de cómo fue posible que esto ocurriera, en su libro *Aquí estoy, y aquí me quedo*, una bitácora obligada para quien quiera entender cómo vivió esta crisis el mandatario, escribió: “¿Que los controles fallaron? Ciertamente, pero ello no elimina mi voluntad clara y precisa de establecerlos y ponerlos a marchar debidamente. No quiero aportar esto como disculpa, pero la habilidad del narcotráfico ha logrado burlar en Colombia y en muchos otros países del mundo los controles no solamente de las campañas políticas sino de empresas, bancos, gobiernos y hasta de la Iglesia”.

Samper descarga gran parte de la responsabilidad en su director de campaña, Fernando Botero. En otro capítulo de su libro describe cómo descubrió que Botero, sin su autorización ni conocimiento, había abierto cuentas personales en Estados Unidos para depositar fondos de campaña. “No podía sospechar en ese momento que esa cuenta de la que por primera vez nos enterábamos, y otras más que aparecieron, encerraban la clave de todo lo que ocurrió en la campaña con los dineros que filtró el cartel de Cali”. Según Samper, esas cuentas pudieron haber sido utilizadas por Botero “para el blanqueo de dineros sucios y aun para la apropiación de dineros que habían sido obtenidos de fuentes irregulares y no declaradas contablemente”. Samper considera que Frechette colaboró involuntariamente a su exoneración por parte de la Comisión de Acusaciones de la Cámara, al revelar al diario *The Washington Post*, diez días antes del fallo, que el presidente Clinton estaba estudiando un paquete de sanciones para Colombia. A continuación el autor confronta a Frechette con estos y otros aspectos de la turbulenta relación del Presidente con Estados Unidos y su representante en Colombia.

¿Usted leyó el libro de Samper?

No. Una vez en un avión saliendo de Colombia para regresar a Estados Unidos, pero ya no estaba en el servicio exterior, un pasajero me dijo ¿ha leído esto?, y me dio el libro y yo me puse a verlo y dije bueno, lo leo en Estados Unidos después, pero en el aeropuerto yo tenía que hacer escala y se me olvidó el libro, lo dejé en una mesa del restaurante. Nunca lo leí, pero no lo hice con intención, simplemente estaba preocupado por otras cosas.

Le leo lo que dice la página 152: “Las relaciones con los estadounidenses es cierto, nunca se arreglaron

convenientemente, la salida de Frechette quien se fue por la puerta de atrás sin que lo hubiera despedido oficialmente el gobierno y rodeado solamente del afecto de sus amigos conspiradores de cocteles, contribuyó a este hecho. Para su mala fortuna, es posible que ni siquiera el Departamento de Estado estuviera totalmente de acuerdo con su altanera posición, después de recorrer durante varios meses los pasillos del ministerio, del que era empleado, pasó al retiro sin pena ni gloria". ¿Qué opina usted de eso?

A ver, nosotros tenemos una regla, que uno se jubila a los sesenta y cinco años, y rara vez hacen excepción; yo conozco un caso de un especialista en asuntos árabes que llevaron con sesenta y cinco años y la secretaria Madeleine Albright le alargó el periodo dentro del servicio. Yo salí por haberse terminado mi tiempo posible en el servicio, serví treinta y cinco años.

En el libro Samper dice que en el peor momento de la crisis su hermano Daniel le había sugerido que renunciara pero que su mamá le dijo si eres inocente no renuncies.

Claro, difícil decirle a la mamá sí, soy culpable. Yo leía muchas columnas (de Daniel) pero nunca me dijo nadie vaya a hablar con Daniel, él puede ayudarlo a entender bien Colombia. Nadie me lo recomendó. A mí me interesaba mucho descifrar cómo pensaban los colombianos. Solo sabiendo eso puede uno realmente analizar, creo yo, lo que está pasando en el país.

¿Cómo era su relación personal con Samper, dónde se reunían, qué hablaban?

En la oficina de él. Mucho chiste, mucho chiste... yo le decía chistes a él y él es muy bueno para eso; me acuerdo un día que yo le dije una cosa que es muy común en Chile pero

que quiere decir otra cosa totalmente diferente en Colombia. Él me dijo un día bueno, embajador, y tú en qué te entretienes... algo así y yo le dije 'sapeando'. Sapear en Chile quiere decir observando, pero en Colombia es saber algo y contarlo. Se quedó Samper... le dije creo que he metido la pata, Presidente, sapear en Chile, de donde vengo yo, quiere decir esto... pero se quedó mirándome. Le contaba muchos chistes y él me hacía unos chistes fantásticos.

Pero chistes espontáneos, no de cajón...

No. Espontáneos, buenísimos.

Y el punto de mayor tensión en las discusiones ¿cuándo se dio y en qué términos?

Con el pasar del tiempo me recibió menos y menos, pero nunca me cerró las puertas y siempre hablábamos de manera muy medida.

Usted en algún momento tuvo que usar la frase: señor Samper, nosotros tenemos pruebas de que usted sabía que habían entrado seis millones...

No, nunca tuve que hacerlo porque él sabía perfectamente, todo el mundo sabía eso... Luis Alberto Moreno, Morenito, que ahora es jefe del Banco Interamericano, era muy allegado a Pastrana y Pastrana le había dicho mira, vete a decirle esto a los gringos a ver si ellos revelan esto. Todo el mundo lo sabía pero en Colombia todos lo negaban y tomó dos años, dos años antes de que los colombianos que yo conocía me admitieran que de pronto Samper lo había hecho... ¡dos años!

¿Pero cuál era la prueba reina, como se hablaba entonces, de que él estaba involucrado?

Simplemente que se sabía y que los Estados Unidos lo creían, así qué más hablar.

Pero 'se sabía' es algo poco objetivo...

No, eso se sabía, es más, al embajador que estuvo ahí antes de que yo le hubiera gustado soltarla (publicarla), pero el Departamento de Estado le dijo que no.

¿La información eran los narcocasetes?

No, de los seis millones de dólares. Entonces yo llegué ahí, es decir, no había la menor duda de lo que había pasado pero por dos años los colombianos se negaban a admitir eso. Después ya empezaron, pero hubo cola de gente que vino a decirme que no era verdad y que ellos nunca habían estado involucrados. Un tipo llamado Pastor Perafán llegó con un pequeño baúl lleno de fotos de personas de la sociedad con él; Pastor era un tipo bajito que usaba una bufanda blanca y ahí estaba retratado con mucha gente de la sociedad.

¿Y a usted esa forma de ser como embajador, que no fue necesariamente diplomática cuando usted estuvo en Colombia, le acarreó algún problema a nivel del Departamento de Estado, que llegara a un punto que le dijeran, embajador, baje el tono, deje de ser tan aguerrido?

No. Mire, yo fui muchas veces a Washington y siempre hacían mención de que yo seguía mojando tinta pero la verdad es que nunca me regañaron. Acuérdesese, en un momento dado hubo la discusión de no mandar a nadie a Colombia, ¿se acuerda?

Al principio...

Para hacerle ver al pueblo colombiano que lo que había hecho Samper era inaceptable; gracias a Dios yo gané esa batalla y me fui a Colombia y despaché muchas, muchas veces con todos los ministros que tenían algo que ver con la embajada y siempre alentándolos: mire, estamos de acuerdo en que

vamos hacer esto, hay que hacerlo, hay que tener resultados, estoy seguro de que este tratamiento no les gustó a los colombianos, porque querían decir sí, sí estamos trabajando eso, pero claro, no era verdad, pero nunca... una vez me acuerdo que uno de los subsecretarios adjuntos en Washington me preguntó ¿es necesario hablar tan duro? Mire, yo sí creo porque si no entonces aquí van a decir, todo está arreglado, no hay nada que hacer, no es un problema y le dije, hay mucha gente en Colombia que no sabe cuánta plata estamos dando, cuánto entrenamiento y que sé yo, ¿y quiere simplemente que los Estados Unidos se sonría y que haga como que nada estaba pasando en Colombia? No cabe la menor duda de que hablar duro es muy usual, pero yo había llegado, sobre todo después del discurso de Samper, cuando dijo "todos somos narcotraficantes", el discurso de su toma de posesión el 7 de agosto de 1994, yo dije bueno, es que aquí tenemos que hablar duro, y me acuerdo también de que en *El Tiempo*, poco después de haber llegado, publicó una observación de un colombiano, me imagino que de cierta distinción, que le dijo al reportero yo no sé por qué el embajador Frechette no se dedica a los cocteles y a esas mariqueras, es decir, desprecio total por los diplomáticos. Esa fue mi opinión, sé que no fue fácil para los colombianos, ciertamente no fue fácil para mí o para mi esposa, pero conseguí todas las cosas que me pidió el gobierno estadounidense.

Dentro del grupo de periodistas olvidé mencionarle a Julio Sánchez Cristo, ahora de la W...

Sí. A ver, me dejó buena impresión, yo creo que Noemí me llevó a una entrevista con él, antes de que ella saliera de la Cancillería. Había otro señor en la radio, no me acuerdo el

nombre de él, a quien nunca le gustó mucho mi discurso y me entrevistó relativamente poco, pero no me puedo acordar del nombre de él.

¿De Caracol?

Sí, ¿cómo se llamaba?

Darío Arizmendi...

Arizmendi, ese exactamente; yo sabía que empezaba con *a*, yo nunca fui santo de su devoción. Ese no me entrevistó mucho, Julio Sánchez Cristo sí lo hizo, muchos otros lo hicieron, Yamit Amat, Juan Gossaín.

¿Tiene que ver con que el dueño de Caracol era Julio Mario Santo Domingo?

Claro, pero yo no sabía.

Otro fragmento del libro de Samper: "Frechette quería impedir por todos los medios que hubiera algún contacto formal con el secretario de Comercio de Estados Unidos; enterado de la situación, le solicité al jefe de protocolo en una visita que hizo Brown a Colombia que organizara un saludo formal de todas las delegaciones asistentes, sin los embajadores correspondientes para darle la bienvenida a su jefe. Brown era una de esas personas que inspiran inmediata confianza, cruzamos como era obvio unas pocas palabras y me sorprendió gratamente cuando al despedirse me dijo en voz baja, al tiempo que me daba una palmadita en el hombro, continúe luchando, señor presidente".

Otro invento, bueno yo no estuve ahí, así es que no... mire, Ron Brown era un político, no era una persona de carrera y era alguien muy amable, yo estoy muy seguro de que estando en una recepción sí iba a hablar, como también por ejemplo

Bill Richardson, que fue representante de los Estados Unidos ante la ONU; Washington le prohibió que se viera con Samper en una visita, pero él lo hizo de todas maneras.

¿Y por qué le prohibieron a Richardson que se viera con Samper?

Pues por el descaro de Samper, y por los seis millones de dólares. Los colombianos nunca se dieron cuenta del *shock*, el casi pánico que la revelación de los seis millones tuvo en Washington: un presidente elegido democráticamente, con un problema del narcotráfico. De todas maneras, Bill Richardson es un tipo muy amistoso, de Nuevo México, ha sido gobernador, fue secretario de Energía de Estados Unidos, ha ido varias veces a Corea de Norte, es una persona que cree en el contacto, y entonces lo que pasó fue que a Richardson le tocó en la Presidencia del Consejo de Seguridad, usted sabe por rotación, y entonces recibió a Samper en la oficina, no del embajador de Estados Unidos, porque eso está en otro edificio, sino en el cuartel general de la ONU donde aparentemente hay una oficina para el presidente en ejercicio del Consejo de Seguridad. Samper le dijo que estaba haciendo todo lo posible por cooperar, todo ese embuste como la gran discusión con Carla Hills sobre la política comercial de Colombia, cuando Samper negó que Colombia estaba tomando decisiones en contra de los acuerdos entre los dos países, cuando Carla Hills le pudo mostrar el récord oficial de los votos; es decir, a ese tipo no le da ninguna vergüenza decir cualquier mentira para salir de un aprieto; ahora, cuando fue Bill Clinton a Naciones Unidas para echar su discurso, en una de esas estuvo Samper y la Casa Blanca me llamó y me dijo ¿en su opinión qué debe hacer el Presidente?, le dije mire, el Presidente, si se ven, que lo salude y se vaya, no que le dé la espalda inmediatamente,

pero sí un saludo: *how are you?* Así lo hizo, un poco como lo hizo Obama con Raúl Castro, durante el entierro de Mandela en África del Sur.

¿Y en Washington había alguien que de su propia iniciativa le diera el beneficio de la duda o que defendiera a Samper?

No, en absoluto.

¿Nadie dijo devolvámosle la visa?

No, nada. Para los gringos, Samper tenía lepra, punto.

¿Un paria?

Un paria, un leproso, no tenía defensor. Es que no tiene presentación que Estados Unidos esté dando millones y millones de dólares para fortalecer a instituciones del gobierno y el presidente acepte seis millones de los narcos, es decir yo no sé, en Estado Unidos fue un *shock*.

A ver, ¿qué sabe usted de esto del libro de Samper: “Según la versión, a principios del mes de mayo de 1996 el embajador Gelbard, subsecretario del Departamento de Estado para asuntos internacionales y justicia, se habría detenido expresamente en Madrid después de un viaje a Viena; el propósito de la escala era la de entrevistarse con el embajador De la Calle y bendecir su aspiración a sucederme en caso de que, como Gelbard lo preveía, se produjera mi retiro, la reunión se celebró furtivamente en la residencia de la embajada Estados Unidos en España, no lejos de nuestra embajada”?

A ver, Gelbard es un hombre supremamente inteligente y muy capaz, pero también muy mentiroso, y era un hombre al que no le temblaba la mano para tomar iniciativas que nada tenían que ver con sus instrucciones y después negar

que lo hizo. Yo tuve experiencias con eso, cuando Gelbard me llamó por teléfono, un teléfono cifrado, y me dijo, tal y tal cosa iba a ocurrir, una cosa totalmente innecesaria pero dañina para Colombia; entonces yo le dije por teléfono es que no entiendo por qué es necesario hacer eso, estamos empujando, estamos insultando mucho a esta gente, eso no es necesario, a ver ¿cuál es la cosa?, usted me está preguntando y yo soy el embajador, yo vivo aquí, yo no le veo nada a eso; tan preocupado estuve que adelanté un viaje a Washington por una semana y pedí una reunión con el jefe de Gelbard. Tim Wirth era una persona un poco de izquierda festiva, le encantaba el medioambiente y cuando pensaba en Colombia no pensaba en cocaína o la guerra contra el medio ambiente y siempre tenía mucho interés en conocer a los ministros del medio ambiente en Colombia. Entonces yo pedí la reunión, a sabiendas de que Gelbard estaría ahí porque Wirth lo necesitaba, era el especialista. Wirth era el gran papa upa ahí. Yo le dije mire, señor subsecretario, gracias por recibirme, he venido porque tengo entendido de la boca del subsecretario Gelbard que se va a hacer equis. Wirth, sorprendido, mira a Gelbard, y Gelbard con una calma increíble dice eso no es verdad, no sé de dónde sacó el embajador esa historia. Yo miré a Wirth y le dije mire, yo no soy loco, yo no hubiera pedido verme con usted si no hubiera este caso. Wirth entendió rápidamente lo que estaba pasando y dijo de todas maneras el hecho es que lo que usted teme que pase no va a pasar, eso no va a ocurrir, y ahí se terminó el pleito. Y salimos juntos, Gelbard y yo, y Gelbard no me dijo una santa palabra sobre cómo lo agarré con las manos en la masa con el jefe ahí mismo.

¿Y cuál era la intención de él de tomar esa medida, si ya como usted decía Colombia...?

Él tenía un odio casi visceral por Samper y la conversación con Samper sobre los seis millones aumentó la animadversión de Gelbard. Gelbard, que era vengativo y era mentiroso, y él siempre andaba tratando de aumentar su rango o conseguir un mejor puesto; era muy ambicioso.

¿Y él tenía una jerarquía que podía pedirle a usted que hiciera algo que él quería?

No, es decir, él no era el subsecretario para América Latina, que era mi superior. Gelbard era el subsecretario para asuntos de narcóticos y crimen internacional, eso conlleva mucho personal. El embajador es el jefe en la embajada, pero en Washington generalmente los embajadores le ponen atención a lo que dicen los subsecretarios, porque ellos son las personas con las cuales el embajador va a hablar más frecuentemente en Washington, así es que si uno dice quién es más importante, pues podría ser el uno o el otro, pero el embajador sabe que necesita la cooperación del subsecretario adjunto para ese tema, para seguir adelante con sus políticas, así que uno trata de convencer al subsecretario de seguir o no los consejos, a veces funciona, a veces me funcionó y a veces no.

Samper dice en su libro: mire, en cuestión de un año le entregamos al cartel de Cali. ¿Por qué se queja?

Bueno, porque yo bien sabía que él había hecho poco, para lograr eso; si no hubiera sido por la Policía todavía estaríamos colgados de la brocha en Colombia. Él no hacía nada, él no obstruía las acciones de su gobierno contra los narcos abiertamente, pero no cooperaba, es decir, él dejaba que todo eso se hiciera a nivel de la policía, de la embajada.

¿Pero cómo tenía que cooperar si no era con la Policía?

Bueno, es que la Policía francamente hacía su deber sin pedirle instrucciones a él, ellos sabían perfectamente cuál era su deber, pero a mí me contaron varios personeros (oficiales) de la Policía que Samper jamás se reunió con ellos para darles las gracias, darles aliento o decirles que eran importantes, no, para él todo eso no existía, era un invento de los gringos, y aunque había seguramente policías corrompidos, el propio Serrano me dijo que él había despedido personalmente más de 'jijuemil' y le creo, y Naranjo me confirmó eso y Serrano me dijo embajador, usted sabe que me van a matar, y va a ser en un supermercado y no va a ser un sicario, va a ser un expolicía que yo boté; me lo dijo muchas veces. Serrano quería mucho ser presidente y hubo gente que le dio aliento, pero yo le dije mire, general, es que aquí no se estila, a un general de carabinieri o de policía no lo van a elegir nunca como presidente, créamelo, yo soy nieto de un comandante de policía de otro país y se cómo es esta cosa, a usted no lo van a elegir; Naranjo también tenía ambiciones y le dije el mismo cuento pero Naranjo era una persona mucho más cerrada. Serrano decía cualquier cosa. Me acuerdo que una vez estábamos en algún lugar y se acercaron dos chiquillos, ah, embajador, embajador, y Serrano les preguntó ¿y yo quién soy? No sabían y se enojó, fue cerca de Melgar, una cosa así.

¿Qué está haciendo Gelbard?

Está jubilado, tiene consultoría. Mire, hace muchos años cuando yo estaba todavía en asuntos cubanos, Gelbard era un funcionario económico, esa es su especialidad, la economía; él se enteró de que el Departamento de Estado pensaba mandarme a Cuba como jefe de la Sección de Intereses porque llevaba muchos años trabajando en el asunto de Cuba; enton-

ces Gelbard vino y me dijo abiertamente yo quiero ir y quiero serle lo más útil posible, así es que cuando yo quería estudios sobre algún tema de Cuba, se los pedía a Gelbard y Gelbard me hacía un trabajo brillante y rápido, pero cuando, gracias a (Jorge) Mas Canosa⁵⁵, ya no tenía futuro con Cuba, pues me dejó como un zapato usado y no quiso nada conmigo. Después cuando fui a Colombia tuve que tratar con él, pero nunca fue agradable. Yo nunca tuve confianza en lo que decía Gelbard, Gelbard era capaz de mentir y de tomar también decisiones alocadas y después decir yo no fui, como pasó con Tim Wirth.

¿No fue solamente una vez, fueron varias?

Varias veces, pero le cuento, los estudios económicos que él hacía eran muy buenos, fue un tipo muy bien sucedido como subsecretario para Asuntos de Narcóticos y el premio que recibió fue ser embajador en Indonesia y ahí no le fue muy bien.

“Al comienzo de mi gobierno”, dice Samper, “el expresidente participaba activamente en unas deliciosas tertulias que celebrábamos con Gabriel García Márquez y algunos otros comensales en Palacio y en la casa de Hernando Santos. Alguna vez nos reunimos en el apartamento de Betancur en Cartagena, donde nos mostró una vez más sus excelentes condiciones de anfitrión y el plato de entrada siempre resultaba ser el mismo: la expulsión de Frechette”.

(Risas). No me sorprende. Yo creo que a muchos de los expresidentes no les gustaba para nada mi manera de tratar a

55 Jorge Mas Canosa, influyente líder republicano del exilio cubano en Estados Unidos que le hizo la vida imposible a Frechette cuando trabajaba en temas cubanos en el Departamento de Estado. Según Frechette, Mas Canosa consideraba que por haber sido nombrado en ese cargo durante la presidencia del demócrata Jimmy Carter, no era lo suficientemente agresivo para manejar las relaciones con Cuba en el mandato de un republicano como Ronald Reagan. Murió en 1997.

Colombia; pero en vez de tratar de entender el *shock* que había sido saber a ciencia cierta que Samper recibió la plata, aunque haya sido a sus espaldas, ellos como colombianos debían haber entendido que era muy grave lo que había sucedido. No, no estoy tratando de despreciarlos, simplemente no son americanos, no comprendían cómo era Washington. Para Washington, la cosa de los narcóticos era como un campo minado.

Y mesiánico...

Y entonces cuando un presidente acepta plata proveniente del narcotráfico, pues ahí se acabó el mundo para la gente en Washington que está trabajando sobre ese tema, empezando con la Casa Blanca; así es que yo no los culpo, entiendo perfectamente que todos venían de una época. Cuando López Michelsen, él tenía mala leche con Estados Unidos, él me recibió varias veces pero siempre me hacía comentarios que yo consideraba una chabonada.

¿Cómo qué consejos?

Sobre cómo hacer con Colombia o sobre cierto tema; los otros presidentes sí trataban de ayudar, eran muy gentiles, pero López siempre me daba la impresión de que me estaba diciendo cosas, casi como un chiste, a ver si yo las tomaba en serio o no. No me impresionó mucho con sus consejos, con respecto al embajador de Estados Unidos.

¿Por qué?

Bueno, yo sabía alguno de los antecedentes, es más, yo conocía personas que eran lopistas, me decían que realmente le caían mal los Estados Unidos, algunos me decían que era por lo que pasó en Panamá, quién sabe; así es que yo estaba bien asesorado con respecto al hombre. Es decir, había personas que casi le rezaban como si fuera un santo, otros creían que

era un político esquivo. Él nunca hizo nada malo contra mí y me recibió, yo iba a verlo pero con él nunca me resultaron útiles las conversaciones; era como si me estuviera hablando así no más.

¿Usted alguna vez compartió la expresión ‘narcodemocracia’?

No. Esa fue una expresión que salió de un embajador anterior que había estado y todavía vive, viejito, estuvo en una universidad por muchos años en Nuevo México o en Arizona y era un tipo súper, súper conservador, que fue embajador en Colombia y Costa Rica. Él fue el que dijo que Colombia se había convertido en una narcodemocracia, pero yo me opuse siempre durante mi época a ese término. Me parecía un término no adecuado, simplemente porque no reflejaba la realidad de lo que era Colombia, utilizar ese término era buena propaganda para la derecha en Estados Unidos, pero no fue útil en nuestro trato con Colombia porque no reflejaba la complejidad de las relaciones.

¿Usted escuchó alguna vez que una plata del cartel, que recibió Samper, la escondió en España?

No, nunca, yo le apuesto que él gastó todo el dinero en hacerse elegir.

¿Ustedes presionaron a Fernando Botero para que hablara contra Samper?

Bueno, yo no tuve que hacer eso, él se ofreció otra vez usando a su mamá, pero después me di cuenta que todo era chimbo; es que el problema de Fernando Botero fueron sus padres, ellos lo criaron para que él pensara siempre que él iba ser presidente de Colombia, que era una persona intocable, que podía hacer cualquier vaina y el padre lo ayudaría; él

hizo un fraude contra unas personas y el padre reembolsó el fraude, es decir, un tipo que fue criado para prestarse al servicio del diablo.

Samper lo culpa a usted de haber ocasionado la caída del tratado internacional del café...

Sí, pero eso es totalmente un embuste y una exageración. Yo trabajé, como yo le he dicho, tres años y medio en la cuestión comercial en la presidencia de Estados Unidos. Yo fui el negociador de Estados Unidos en el acuerdo del café. Pero el presidente Bush, que en aquel entonces era el presidente de los Estados Unidos, le había dicho al presidente Barco que Estados Unidos ya no quería ser miembro del acuerdo internacional del café porque los países, incluso Colombia, no respetaban lo que decía el acuerdo. El acuerdo fue hecho en el año 63, fue invención de Estados Unidos, no de Colombia ni de ningún otro país. Estados Unidos para ayudar a los caficultores mundialmente dijo vamos a hacer una cosa para subir el precio del café. Vamos a tener una cuota anual. Se va a vender solo diez kilos de café en todo el mundo y eso va a hacer que el precio del café se dispare y eso va a hacer que los países productores guarden el exceso en su país y que lo vendan el año próximo si no tiene cosecha. El hecho es que restringiendo la oferta de café se pueden subir los precios y de esa manera ayudar a los países caficultores. Colombia fue, entre muchos países, violadores de eso. ¿Qué es lo que hacían? Bueno, aquí está la cuota, y entonces en vez de guardar el café, ellos lo vendían no al mercado internacional sino a los países comunistas, sobre todo a Alemania del Este, a Rusia, a precio de huevo, simplemente para sacar más dinero aunque era directa violación del acuerdo. Y yo fui durante los años 90 y 93 el negociador de Estados Unidos y utilizaba

todo el tiempo la frase del presidente Bush: él le dijo a Barco nosotros participaremos en el acuerdo internacional del café pero tiene que ser un acuerdo orientado al mercado. Barco le dijo que sí, que iba a dar sus instrucciones en Colombia, y que Colombia se iba a interesar. Fue mentira o por lo menos nunca se hizo. De pronto Barco habló y don Jorge Cárdenas, de la Federación, conozco a Jorge y a su hijo, brillante, Mauricio... Durante esos años negocié con Gabriel Silva, con Juan Manuel Santos, porque era el ministro de Comercio; incluso Santos estaba tratando de que Estados Unidos se comiera el cuento de que Colombia estaba cumpliendo con el acuerdo cuando no estaba cumpliendo. Es decir, querían hacernos cómplices de una cosa que el propio presidente de Estados Unidos le había dicho al de Colombia que Estados Unidos no iba a soportar. Trabajé durante esos tres años y me fui. Un par de meses después Estados Unidos decidió dejar las cláusulas económicas del Acuerdo Internacional del Café. Esa fue una decisión de Bill Clinton. Y después, eventualmente Estados Unidos salió totalmente del Acuerdo. Es decir, la posición de Samper es una invención simplemente para criticarme a mí. Pero claro, don Jorge Cárdenas y muchos en la federación me echaron la culpa, y yo les dije miren, aquí hay discursos del presidente Bush, pero no, insistían en echarme la culpa a mí, pero no se atrevían a culparme de frente. ¡Ese Samper es un mentiroso, por Dios, desgraciado! Allá había un periodista de cerca de Pereira, y los reportajes que él hacía de las reuniones del Grupo Internacional del Café eran muy leídas y él me llamaba el rey del mamagallismo.

En la época que usted estuvo de embajador en Colombia ya habían empezado a surgir las autodefensas y las veía con muy malos ojos. ¿El gobierno de Estados Unidos, ya sea

el Departamento de Estado, el de Justicia, el de Defensa, apoyaban esas autodefensas?

No, pero no se oponían, porque decían es un asunto interno, el rollo que tenemos nosotros en Colombia es el narcotráfico y la guerrilla, y entonces si estos tipos se oponen a eso, bienvenidos, somos aliados, aunque no nos demos la mano, pero no era una cosa... incluso nunca fue una cosa que alguien me dijera en los términos que yo acabo de decírselo, pero la cosa es que uno va a un país como Colombia y no puede simplemente empezar a meterse en todo, uno tiene ciertas políticas y hay que hacer esto y hay que hacer el otro; Estados Unidos no tiene ni la plata ni el personal para hacer eso, aunque la embajada en Bogotá en mi tiempo era muy grande y a hora es aún más grande, tiene muchos edificios dentro del cerco y qué sé yo, es enorme, miles de personas.

¿Su periodo como embajador se terminó en el plazo normal...?

No, fue más largo.

¿Generalmente cuánto es?

A mí me tocaron dos periodos extras. Camerún, cuando el presidente Reagan me pidió que me quedara un años más y claro, eso causó problemas en el Departamento de Estado porque ya tenían escogido al tipo que me iba a reemplazar como embajador y él se quedó en veremos por un par de años en el Departamento de Estado, hasta que le consiguieron otro puesto a su nivel. Después se jubiló y salió muy desilusionado con el Departamento de Estado porque le habían puesto conejo, pero no era la culpa del Departamento de Estado. Ahora, en el caso de Colombia yo debí haber salido en julio, pero el problema era, creo yo, que Colombia era un puesto muy di-

fácil y que mucha gente le dijo al Departamento de Estado no quiero ser embajador en Colombia.

¿A qué embajadores les ofrecieron el cargo en Colombia?

Sé que hubo varios otros, pero casi todos rehusaron, ¿por qué? Porque no querían ser asesinados, porque las relaciones estaban muy complicadas. Era, digamos, una batalla cruenta en Colombia. Yo me acuerdo de una embajadora que tuvo una carrera muy distinguida en el servicio exterior, Donna Hrinak, que ahora es la representante de Boeing en el Brasil. Ella tenía un par de hijos y entonces de la noche a la mañana me llama por teléfono y me dice quiero que usemos el teléfono cifrado. Okey, le dije, ¿en qué puedo servirte? Yo la conocía bien, me parecía una persona súper capaz y me dijo me han preguntado si me quisiera ir a Colombia, parece que le han preguntado a varios otros y nadie quiere ir, ¿y qué me dices tú? Le dije mira, Colombia es absolutamente fascinante, aquí hay un problema enorme y horrible, sin embargo, es un desafío y si uno viene y sale de Colombia con haber hecho un progreso, puede sentirse muy orgulloso; pero le dije hay un detalle, el Departamento de Estado no le da ninguna protección a los hijos de los embajadores. Le expliqué que ella probablemente tendría que mandar a sus hijos al colegio Nueva Granada que quedaba arriba de la residencia. Ellos tendrían que ir en bus, sin ninguna protección y podrían ser secuestrados. También sería un peligro para los otros niños. Me dijo bueno, no lo aceptaré. Y por ella supe que a otros les habían hecho la misma pregunta y habían dicho que no. ¿Por qué razones? ¡Ah!, algunos no quieren ser embajadores de un país donde la situación es realmente muy dura y uno tiene que estar presionado todo el tiempo; y si yo le pudiera mostrar a

usted las instrucciones que yo recibía de Washington a diario para ponerle presión al gobierno de Colombia, entenderá un poco que si había gente en Washington que decía que yo empujaba demasiado, eran hipócritas, porque yo recibía instrucciones del propio Departamento del Estado.

¿Todos los días?

Muy a menudo.

¿Pidiendo como qué cosas?

¿Que cuál es el estatus de este programa? Ellos dijeron que nos iban a..., así es que yo despachaba con los ministros por lo menos una vez por mes, entonces yo llevaba mi lista, estoy seguro de que les caía malísimo, porque yo... okey, programa equis, ¿qué ha pasado, ministro? Bueno, estamos pensando en eso, pero no hemos hecho mucho; le dije por favor, Washington está muy interesado... listo, próximo tema, el mismo guion siempre. La que hizo mucho esfuerzo fue María Emma Mejía, mucho más esfuerzo que Rodrigo Pardo. Rodrigo Pardo era un intelectual de canciller, una persona a la que no le gusta la confrontación; María Emma es una mujer realmente fascinante. A María Emma usted le puede decir diez palabras, el programa es el siguiente, bla, bla, bla, y a los quince minutos María Emma le puede dar a usted un discurso de quince minutos sobre ese tema, es increíble y yo no soy el único que ha notado eso, otras personas que han trabajado con ella me han dicho lo mismo.

¿Una esponja?

Una esponja... tú le das cinco palabras y ella te da un discurso y lo hace con una tranquilidad y como es una mujer también bastante encantadora... ella me dijo, después de la segunda descertificación, voy a hacer muy franca con usted,

yo he hecho todo lo posible por complacer a su gobierno y ahora estamos en descertificación y quiero que usted sepa que yo no voy hacer ya más esfuerzos. Es que ella también se reunía con los ministros para exigir. Y fue una gran pena porque realmente ella hizo mucho como canciller para tratar de complacer a Estados Unidos y le pagamos con mala moneda porque los descertificamos por segunda vez, cuando la primera descertificación tuvo los resultados que pretendía la ley, que Colombia se pusiera las botas y empezara a luchar, y sin duda empezaron a hacerlo. Para el segundo año mi recomendación al Departamento de Estado —y lo hice con el apoyo de todas las agencias representadas en la embajada— era un *waiver* por interés nacional, porque Colombia finalmente se había puesto las pilas.

¿Eso no fue lo que ocurrió... se volvió a descertificar?

Sí. ¿Sabe por qué? Barry McCaffrey, jefe de la oficina nacional de estupefacientes y Madeleine Albright, secretaria de Estado, insistieron en que había que darle la segunda descertificación a Colombia. Después de algunos meses visitó la embajada el senador Meléndez, en esa época congresista, y pidió hablar conmigo. Meléndez es de origen cubano y hoy acérrimo enemigo de las políticas del presidente Obama con respecto a Cuba. Hoy está acusado por el Departamento de Justicia de haber abusado financieramente de su puesto en el Congreso. Él vino a verme. Esto fue en el año 97, algunos meses antes de que yo saliera de Colombia. Entonces yo lo puse en el comedor de la residencia, que es enorme y tiene una mesa donde uno puede despegar un avión, allí se sientan cuarenta personas fácilmente. Puse a todos los jefes de sección en la mesa, yo estaba en el centro y Meléndez se sentó en la

cabecera. Entonces Menéndez dijo yo no entiendo por qué usted recomendó que Colombia fuese descertificada el año pasado y no entiendo por qué usted insistió que este año se repitiera la descertificación. Y le dije representante Menéndez, estoy muy contento de que usted esté aquí con todo mi personal, porque en primer lugar es verdad que yo le dije a Washington el año pasado, al Departamento de Estado, mire, si esta gente no cumple porque nos están poniendo conejo en algunas cosas que nosotros pedimos, hay que usar la descertificación. Pero la descertificación es un pedazo de legislación donde muchos participan. El embajador no tiene la última palabra. Él recomienda basado en los datos y en las cosas que la ley exige y es el Departamento de Estado, el Pentágono y la Casa Blanca los que deciden la descertificación. Entonces la ley fue construida para que con la descertificación el país afectado se pusiera pilas y empezara a hacer las cosas que dijo que iba a hacer, porque Colombia bajo Samper era famosísima por decir sí, sí, sí, y no pasaba nada. Entonces le dije pero usted está completamente malinformado y aquí tengo todo mi equipo a quien le puede preguntar si quiere.

¿Él le explicó por qué no estaba de acuerdo con esas medidas?

No sé, él no mencionó eso. La ley entra en vigor cuando hay ciertas cosas que no pasan. No soy yo el que pone las condiciones, esa es una ley pasada por el propio Congreso, él sabe las razones de la descertificación, y acuérdesese que en Washington todo el mundo estaba contentísimo con la descertificación porque finalmente iba a parar el juego de Samper de poner conejo. Y le dije a Menéndez usted debe saber que la ley está diseñada para que el país afectado se ponga pilas y empiece a hacer todas las cosas que ha prometido a Estados Unidos

que iba a hacer. Y efectivamente surtió un efecto fabuloso porque aquí en Colombia el gobierno... No tengo toda la lista en mente pero hay varias cosas que ha hecho el gobierno. Entonces yo le expliqué al Departamento de Estado en mi resumen que Colombia había reaccionado de acuerdo con la ley y ahora debíamos darle un *national interest waiver*, para volver a recibir bajo un poco de cautela toda la ayuda que se le había prometido. El tipo quedó estupefacto. La persona que le dio el *briefing*, no sé quién se lo dio pero dejaron afuera una página. Por favor, pregúntele a la DEA, a la CIA y al Pentágono. Yo estaba molesto.

¿Pero la manera como él preguntaba reflejaba que él no estaba de acuerdo?

No dijo, pero al hacerme la pregunta me di cuenta de que no entendía la realidad. Él me preguntó por qué yo insistí en descertificar a Colombia una segunda vez. Le contesté que alguien le dio información incorrecta al jefe de la DEA en la embajada y él contestó que yo le estaba diciendo toda la verdad.

¿Por qué estaba preocupado él por eso?

Menéndez es una persona a la que le gusta poner a los funcionarios del gobierno en situaciones aparentemente vergonzosas o donde él puede dominar porque él fue un abogado en su tiempo, y sabe cómo hacer eso. La recomendación del *country team* (equipo de la embajada) es solo uno de los factores tomados en cuenta. Washington puede decidir no hacerlo, pero en este caso quisieron discrepar de la recomendación de la embajada porque estaban hasta aquí con Samper. El *modus operandi* de Menéndez, pregúntele a cualquier persona que lo conoce, es siempre tratar de poner al funcionario del gobierno en una situación donde está cuestionado. Me parecía increíble que un miembro del Congreso que posiblemente escribió la

ley de la certificación o ayudó a escribirla me pregunte a mí por qué fue aplicada.

Pero la opinión del embajador es la más importante...

No creo, y le voy a decir por qué. Todo el mundo en Washington sabe que el embajador va a ser el último que va a recomendar eso porque si descertifican al gobierno ante el cual es embajador entonces se le embarra el tiempo que le queda en esa capital. Así que el embajador siempre quiere lavarse las manos y decir, se tomó la decisión pero no fui yo. El Congreso trata siempre de imponerse sobre el Departamento del Estado y sobre los embajadores. Sin la aprobación del Congreso no sería embajador. Y yo le puedo decir que cuando un congresista no está contento con lo que está pasando en un país, es muy difícil para los embajadores.

¿Le pasó con alguien más?

Había un senador de Florida, Robert Graham, que se retiró después de casi veinte años en el Senado. Era una persona de una gran reputación. Él quería saber cosas secretas de lo que estaba haciendo el gobierno y yo le decía senador, yo no estoy en condición de revelarles cosas que son secretas, pero usted tiene perfecto derecho de irle a preguntarle al Departamento de Estado, pero él obviamente ya había pedido esa información. Y se enojó. Yo le dije senador, lo siento mucho, la ley está muy clara y usted la conoce. No recuerdo qué tipo de cosas quería saber, no me acuerdo. Pero así son algunos congresistas, son muy matones. Los embajadores saben que si un congresista le coge mala ley a un diplomático de carrera, podría hacer todo lo posible la próxima vez que lo nominan como embajador, y decirle a sus compañeros en la comisión de Relaciones Exteriores que no lo aprueben.

¿Usted corrió peligros y recibió amenazas cuando estuvo en Colombia? Cuénteme.

Un año después de mi llegada, o quizá menos, vino un subsecretario adjunto de Defensa que trataba con Colombia. Buena gente, un tipo inteligente. Entonces al general Serrano se le ocurrió llevarnos a ver las instalaciones de los narcos, donde purificaban la cocaína y todo lo demás. Nos fuimos al sur de Colombia, a la selva y en el mismo helicóptero iban Botero, ministro de Defensa, Serrano, jefe de la policía, los comandantes del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea. Si hubieran tumbado ese helicóptero matan de un solo tirón no solo al embajador de Estados Unidos y un representante del Pentágono sino a todo el alto mando de las Fuerzas Armadas de Colombia. Íbamos sobrevolando y empiezo a oír ¡zuum!, pero no tan fuerte, ¡zuum!, y digo bueno, qué está pasando aquí, y de vez en cuando oía ¡tuc!, ¡tuc!, y le pregunté a Serrano, que está a mi lado, y me dice es que nos están disparando desde abajo y el ¡tuc!, ¡tuc! es cuando le dan al helicóptero y ¡zuum! es cuando pasan las balas, y entonces yo le dije mi general, si nos derrumban aquí, muere toda esta gente. Se murió de la risa. Estábamos volando, yo no diría a treinta metros sobre la jungla, es decir bien cerca, y de vez en cuando podíamos ver una de esas chozas que los narcos hacen con plástico negro para resguardar la materia química y qué se yo. Yo no le dije nada al tipo del Pentágono y me quedé callado. Yo le dije después, pero a solas. Llegamos a nuestra residencia y le eché el cuento y el tipo quedó pasmado, palideció y mi esposa me dijo ah, hace rato te llamaron del Departamento de Estado pero contesté yo y me dijeron que en los noticieros habían dicho que te habían derrumbado en un helicóptero. Dije bueno,

evidentemente no pasó, y llamé al centro de operaciones del Departamento de Estado y le dije que no había pasado nada, pero sí había habido disparos. Después yo medio que le pegué un jalón de orejas a Serrano, le dije por favor, sería terrible para Colombia, no es mi muerte ni la suya, pero todo el alto mando de un solo tirón, más allá de la pérdida de vidas humanas Colombia quedaría como un payaso, ¿cómo se les ocurre montar a toda esa gente en un helicóptero? Él se rio pero le cayó mal, pero había que decirle, y yo creo que él lo hacía un poco para empujar a los militares, que él tenía helicópteros que ellos no tenían, es decir, una mala leche del carajo entre la Policía y las Fuerzas Militares.

Después hubo un incidente en Medellín...

Fue en Cali, con Serrano, para visitar bloques de búsqueda y todo lo demás y me dice Serrano que había habido informes de que los narcos me iban a matar porque había el rumor de que yo iba a Cali. Pero en vez de tomar los tres caminos normales, me dijo textualmente vamos a tomar un camino que no está pavimentado, y entonces nos fuimos por ese camino y no pasó nada. Sin embargo, me contó Serrano después que habían incautado un camión con una bomba, preparada para activarla a cierta distancia. No se supo quién estaba detrás del atentado. Llegando a Cali todo el mundo sabía que estábamos tras el cartel. Mire, es que Colombia era un lugar tan irreal, me acuerdo que yo andaba fuera de Bogotá y llegó a la embajada un carro de una floristería con algo para mí y era un sufragio, era una corona en flores negras, condolencias por su muerte dirigida a mí... mi secretaria fue abajo con un funcionario de seguridad, examinaron y era un sufragio. Después hablamos con la Policía, que no pudo identificar la floristería con el nombre que estaba en el camión; nos dieron hasta un com-

probante de que habían hecho entrega del sufragio también en un papel todo bien imprimido, la floristería no existía, y eran los narcos.

¿Y se produjo en un algún momento en especial?

Bueno, era momento cuando ya los narcos veían que los Estados Unidos y colombianos ya tenían un buen olfato de qué hacer y claro...

¿O sea que la extradición era inevitable?

Sí, bueno usted sabe, los periódicos colombianos estaban llenos de... una de mis primeras tareas era hacer volver la extradición, porque lo que nos decía el fiscal De Greiff simplemente no funcionaba; todo el mundo en Colombia lo sabía y hasta la propia Mónica de Greiff más o menos me dio la razón. Hay otra mujer, una abogada que es hermana de Esguerra Portocarrero (Saturia), que tiene un nombre de la mitología griega, muy buena abogada pero una persona que odiaba a Estados Unidos.

¿En algún momento tuvo que venirse a Washington para enfriar todas estas amenazas y el ambiente que había?

No, no algunos de mis asesores sí.

Pero así se interpretó, porque estuve leyendo algo que dice que usted tuvo que irse porque había amenazas...

Eh, eso no es verdad, nunca salí. A uno de mis antecesores, el embajador Charles Gillespie, de repente le surgió una parálisis en el brazo derecho; estaban bien preocupados y lo mandaron a Estados Unidos a hacerse examinar y el doctor le dijo mire, yo no veo nada, yo creo que usted está con tanta tensión y bajo tal presión que debería simplemente tomarse un mes de vacaciones. Gillespie se fue al Caribe a un balneario, no sé cuál fue y le encantaba salir en barco a vela y todos

los días iba a dar sus vueltas, y como a las dos semanas en un momento dado tuvo que izar algo en el barco, y ya el brazo le funcionó; era la tensión, el doctor tenía toda la razón, entonces esperó una semana más y regresó... es el único que conozco, pero algunos como Busby, la esposa pobrecita no sabía español y nunca salió de la residencia, es decir, excepto a recepciones en la noche y Busby hablaba requetemal el español también, así es que ellos más o menos se quedaban en su búnker. Thomas McNamara un poco menos. A McNamara le gustaba jugar raquetbol y había un gimnasio cerca de la vieja embajada donde él iba a rebajar la tensión.

¿Cómo bajaba usted la tensión?

Riéndome, es por eso que me encantaba tanto Garzón.

¿Cuénteme cómo empezó esa relación con Garzón?

Pues él me puso en uno de los capítulos en el programa y yo lo estaba viendo, porque era muy bueno... la Dioselina, por ejemplo, ayyy, ministro... era fantástico como cómico.

El edificio Colombia...

Sí, sí, y después se ponía el uniforme ese y decía las Fuerzas Armadas de Colombia se permiten informar que (risas), y así es que hablan, así es que hablan, recientemente vi un comunicado del Ministerio de Defensa. Jaime Garzón escribió eso, ¡ja!, entonces me sacó, me sacó como el procónsul y sacó la cosa y el gringo ahí, una cosa así.

¿Y le lustró los zapatos?

No, eso fue mucho después. Hablé con él por teléfono para decirle que me pareció genial lo de anoche y entonces me invitó, no me acuerdo si fue a la casa o qué sé yo, y nos echamos un pequeño trago y empezamos a hablar, y yo riuerdo de la risa. Empecé a salir en más y más episodios como el procónsul,

a veces vestido como español del siglo XVI, cosas así. En una de esas, la mejor que hizo, era curioso porque mostraba que él había sido alcalde menor.

Alcalde menor de Sumapaz...

Exacto. Él conocía el palacio de Nariño y una noche yo estoy viendo el programa y veo un pasadizo y está Pastrana a gatas andando por el pasadizo y dije yo, carajo, esto es exactamente como el pasadizo para llegar a la oficina de Samper; bueno, llega a pasar a la puerta, la abre y entra a la oficina, que está oscura; luego se sienta en el sillón del presidente y enciende la luz, y se saca la máscara y era yo (risas).

¿Y usted lo estaba viendo en ese momento?

No, no en la televisión. Yo vi todos los episodios.

¿No se perdía ningún programa?

No, no, yo a veces llegaba hasta tarde para ciertos eventos porque quería ver a Garzón y empezamos una relación; la mujer de él era muy querida, yo la llamé desde aquí desde Washington cuando lo asesinaron. Y me pareció un tipo realmente genial.

¿Y lo emboló una vez entonces, como dicen en Colombia, le lustró los zapatos?

Sí, yo estaba en un hotel pequeño, viejo, no me acuerdo el nombre, que estaba en la séptima... no me acuerdo, pero era un lugar tradicional en Colombia, ahora hay millones de hoteles enormes, grandes.

Ya me imagino cuál es, ¿Casa Medina?

Eso, en la Casa Medina. Yo estaba hospedado ahí y me llama Garzón y me dice me gustaría entrevistarle, y le dije bueno, perfecto, yo tengo una hora más o menos. Llega y era Heriberto de la Calle, todo embetunado y me hizo unas cosas,

y yo no sabía qué decir... yo decía uyyy, qué vergüenza, porque estaba totalmente sorprendido de que hubiera dicho eso en frente de mí y en la televisión y yo ahí...

Eso está todavía en YouTube, en Internet. Y me doy cuenta de que hay unas preguntas queee...

Ah, sí. Eran preguntas escalofrantes, pero claro, cada vez que yo me juntaba con él más aumentaba mi admiración... era un tipo que daba tendido a los dos lados, ¡ah!, a la izquierda y a la derecha, por lo menos conmigo yo sé que la tendencia de él era más a la izquierda que a la mía, pero en general creo que lo hizo bien.

Como embajador, antes de llevar a cabo una relación de ese tipo ¿no le piden a algún funcionario de la embajada que haga un *background checking* de la persona?

Ah, sí claro, pero hay mucha gente en Colombia y en América Latina que tiene alguna página de su historia, hay algo de izquierda y es natural; hasta en Chile, de dónde vengo yo, hay muchos y no hay que asustarse, pero hay que cuidarse.

Yo lo digo porque después, dentro del paramilitarismo, lo empezaron a ver a él como un portavoz de las FARC, un intermediario de secuestros, y fue precisamente lo que motivó que el loco de Carlos Castaño lo mandara a matar.

Bueno, yo ya no estaba en Colombia claro, y no sé ese capítulo. Claro, mucha gente en la embajada se moría de la risa, pero decían y usted se somete a que este tipo... les dije no, es que reír es humano, reír es bueno, uno puede discutir política riéndose, hace la vida más... seguramente que era una manera que yo tenía para rebajar la tensión. Porque hubo atentados o por lo menos me decía la Policía qué había; en un momento encontraron un lugar ahí subiendo a La Calera, usted sabe, la

guerrilla estaba arriba ahí, cuando yo estaba... encontraron un lugar que era un emplazamiento para un mortero y posiblemente la Policía me mintió simplemente para meterme 'julepe', para meterme miedo, entonces yo me acuerdo que una noche con Bárbara estábamos acostados, el cuarto estaba oscuro y le dije mira, ¿y qué te parece si sale de repente del techo un mortero (risas) y nos mata a los dos? La pobre, fue un error mío haberle dicho eso, no durmió toda la noche.

¿Y cómo fue lo del mortero a la embajada?

Cuando yo estaba en la nueva embajada, la Policía encontró una casa no muy lejos, y me imagino que o la guerrilla o los narcos le habían quitado el techo e iban a poner un mortero para dispararle a la embajada... usted sabe, la embajada tenía un gran murallón y qué sé yo. Hubo otros intentos, como ocho, me decía Rosso José, pero solamente pudieron constatar uno; una vez que fui a Cali la Policía me dijo no podemos ir por esta carretera, porque hay rumores de que quieren poner un carro bomba y lo detonan a distancia, y nos fuimos por otro caminito. Y aparentemente encontraron algo y a eso no le hacíamos ninguna propaganda, no hablamos con los medios, porque no sirve.

Ahora, los narcos sí me chuzaban el teléfono, yo tenía un teléfono de esos móviles, enormes, una vaina que pesaba... un día yo estaba en la Fundación Buen Gobierno hablando con Juan Manuel Santos y otros personeros (funcionarios) de ese asunto y entra mi guardaespaldas gringo y me dice aquí hay un telefonazo para usted, y me puse a escuchar y una voz en español dice hijo de puta, te vamos a matar cuando salgas de ese edificio, no te muevas. Así, yo no dije nada, colgué el aparato, terminamos la reunión, no les dije nada a los colombianos que estaban ahí, salí de la casa y ahí estaba el guardaespaldas, y

le dije alista los carros que de aquí nos vamos. Nos metimos al carro, empezamos a movilizarnos, cuando la voz sale de nuevo del teléfono, hijueputa te vamos a coger, sabemos dónde estás aquí. No dije nada. Eso me pasaba bastante, cambié de teléfono varias veces.

¿No le dijo nada al guardaespaldas, que había entrado una llamada de amenaza?

No, no, no.

¿Por qué?

Porque yo no sabía los alcances, era una cosa que yo le podía contar después, pero en ese momento no sabía qué pasaba; había un micrófono posiblemente en la Fundación Buen Gobierno, puesto ahí por la guerrilla o por los narcos, yo no sabía.

¿Usted qué le respondió a la persona que llamó... nada?

Nada, nada. Entonces salimos y le dije alista los carros que ya nos vamos; ahora, claro, hacerle una emboscada al embajador de Estados Unidos en Bogotá es casi imposible, salvo cuando uno sale del portón de la embajada, de la residencia, porque Bogotá es una ciudad grande, hay muchas calles y nunca, nunca tomamos el mismo camino para ir a la embajada dos o tres días seguidos y la decisión de la ruta no se tomaba hasta diez o quince minutos antes de salir. Yo hacía lo mismo con la iglesia... le cuento la historia de esa iglesia, donde volvió a ocurrir la amenaza; yo sabía perfectamente que estos cabrones de pronto sabían que yo estaba allá adentro y que me estaban observando, porque de repente otro telefonazo: hijo de puta, si te mueves te matamos, clic. Yo no dije nada, nos montamos a los carros y tranquilamente nos fuimos a la embajada, posiblemente había un tipo por ahí mirándonos.

Inmediatamente le dije al jefe de seguridad me consigue otros dos teléfonos, porque estos ya están chuzados. Otras veces me llamaban también y yo simplemente cambiaba de teléfono.

¿Cuántos automóviles componían la caravana?

Eran tres y a veces cuatro, dependiendo de las amenazas que teníamos y era solo un gringo, los demás eran escoltas colombianos armados hasta los dientes y los carros de ellos eran armados, pero no tenían ventanas, así es que los tipos podían disparar a sus anchas.

¿Eso lo angustiaba a usted?

No en realidad; yo soy católico, mi esposa es católica y yo sabía en Colombia que tal vez me matarían. No tenía el miedo que hubiera tenido en Medio Oriente, porque en Medio Oriente ellos, los musulmanes, son capaces de sacrificarse por matarlo a uno, es decir, se acercan y detonan una dinamita, pero no los sicarios ni los narcos ni la guerrilla colombiana; ellos quieren vivir, ellos no quieren sacrificarse, a otro perro con ese hueso, no querían. Entonces, yo le dije a Bárbara tenemos que reconocer que en una de estas nos dan, y lo que tenemos que hacer es rezar y aceptar que así va a ser, porque yo voy a hacer lo que me han pedido, no me voy a dejar amedrentar por razón alguna. Y ella me dijo de acuerdo, yo hago lo mismo que tú.

¿Y lo de la iglesia era que ustedes cada domingo escogían una capilla diferente en Bogotá?

Exactamente, mi secretaria de protocolo había escogido unas diecisiete, dieciocho iglesias, todas del siglo XVIII o XIX, muy bonitas, estilo barroco, fabuloso. Entonces, en la residencia, mientras tomábamos el desayuno, hacíamos cara o sello, y nos decidíamos por la una u otra; yo mandaba un carro

con escoltas a chequear todo el vecindario para ver si había populachos o había carros raros estacionados; ellos decían por radio no hay nada, y se quedaban ahí dando vueltas, entonces yo llegaba con mis escoltas, nos íbamos a la iglesia. Le cuento, de pronto yo me equivoco en mis recuerdos, pero siempre me sentía acogido en las iglesias, la gente muy respetuosamente me dejaba sentar, no le hacían caso a que yo estaba rodeado de tipos armados hasta los dientes, muchas veces el sacerdote nos saludaba, aunque yo sabía perfectamente que a algunos de los sacerdotes no les caía bien Estados Unidos, pero claro, que un creyente vaya a la iglesia es importante, comulgar es importante, y me ayudaba y a Bárbara también un poco, a aceptar la idea de que estábamos haciendo algo que era importante para Estados Unidos y que si nos llevaban con un balazo, pues que así fuese. Hay otras cosas peores que le pueden pasar a uno en la vida, esa es la respuesta.

CAPÍTULO 12

Los cacaos

No hemos hablado de los cacaos y de su visita a cada uno y sus impresiones. Empecemos por Luis Carlos Sarmiento. ¿Qué impresión le dio?

Muy querido, con la esposa. Nos invitaron a cenar, nos dieron un cuadro también muy bonito y hablamos largo sobre Colombia. Me impresionó todo lo que él sabía. Era un gran hombre de finanzas, y yo hablé sobre nuestra política y quedamos muy de acuerdo y me dijo me da mucha pena que usted se vaya, y yo le dije usted me permitirá que yo vaya verlo a usted para seguir este tema, porque quiero seguir.

¿Usted quería que los cacaos le retiraran el apoyo a Samper?

No, yo quería saber cómo veían a Ernesto Samper, eso hubiera caído como una patada y seguro que inmediatamente

hubieran llamado a Samper. Yo no tenía ninguna ilusión de ser un niño mimado de Sarmiento o de Ardila Lulle o de Julio Mario.

¿Pero usted sí llevaba el mensaje de que Estados Unidos no quería a Samper?

Bueno, no lo puse en esas palabras, le dije esto pasó porque Samper aceptó la plata y para mi gobierno no hay duda.

Uno de los bancos de Sarmiento en Cali y Panamá estuvo involucrado en una operación grande de lavado de dinero; es más, en Estados Unidos se impuso en esa época la multa más alta a un banco por lavado de dinero, Banco de Occidente de Panamá, ¿usted era consciente de eso cuando se reunió con él?⁵⁶

No, no porque en realidad el gobierno de Estados Unidos nunca me pidió que fuera a hablar con Sarmiento, eso era una cosa que la hacía el consejero económico, no el embajador, pero yo quería saber, quería conocerlos, pero mi objetivo principal era saber cómo había sido y cuán repetidas veces Samper había pedido plata para su campaña.

¿Qué opinión le dieron ellos de Samper, o por lo menos Luis Carlos Sarmiento?

Me dijo que le encantaba Samper, eso es muy importante, ninguno empezó diciendo no es una gran persona, no, es más, todos más o menos demostraron su irritación diciendo que él venía semanalmente, estoy seguro de que no llegaba cada

56 El Banco de Occidente sucursal Panamá se declaró culpable de lavado de dinero en agosto de 1989 y aceptó pagar una multa de cinco millones de dólares, la más alta sanción impuesta hasta entonces a un banco por lavado de dinero. "\$5 Million Penalty in money laundering", *Los Angeles Times*, 15 de agosto de 1989.

semana, pero era lo suficientemente frecuente que a ellos les causó una cierta urticaria. Todos me dijeron la misma cosa, el viejo dicho no es lo que jode sino lo seguido; el tipo llegaba todo el tiempo pidiendo plata, pidiendo plata, todos me dijeron más o menos la misma cosa, que ellos estaban dispuestos a darle plata a los candidatos de los partidos, pero acuérdesse, ya los partidos estaban perdiendo influencia, Samper fue el último presidente elegido por un solo partido, los demás eran movimientos políticos, no eran partidos. Todos demostraron cierta irritación, pero me dejaron saber que ellos tenían buenas relaciones con Samper.

¿Cómo le fue con Ardila?

Mire, con Carlos Ardila yo tuve muchas, muchas conversaciones; a él le encantaba hablar conmigo porque hablamos de relaciones exteriores en general, comunismo, es decir, él era una persona con un inmenso interés en ese tema, pero no lo había estudiado mucho, entonces yo venía casi a dictarle a un aula. Y al revés, él me daba una perspectiva muy diferente sobre la realidad colombiana y lo que estaban tratando de hacer, pero yo nunca les empujé a ninguno de los tres sobre las reacciones de ellos con Samper, ni hablé mal de Samper, simplemente cómo fue el asunto de la plata, y yo creo que me salió bien la aproximación. Ardila Lulle tenía un pequeño ejército de escoltas. Me dijo que tenía otro recinto de la casa, otro edificio donde vivía un montón de escoltas, las veinticuatro horas y que les daban de comer y qué se yo; es decir, era un pequeño ejército, un poco como hacen los grandes cacaos en Guatemala, que cada uno tiene su gran ejército de escoltas.

Me queda Julio Mario Santo Domingo. Usted ya me había relatado ese cuento para mi libro...⁵⁷

Santo Domingo es un poco, era medio oscuro y tenía un aspecto tenebroso, un poco como gallinazo (risas), y era muy misterioso; me recibió vestido con su corbata en la oficina en Park Avenue, y entonces entraban los sirvientes, todos hablando portugués, porque su servidumbre era portuguesa y creo que usted me dijo que era para que no entendieran lo que él estaba hablando.

No, porque no tenían conexiones con Colombia y entonces no llegaban los chismes...

Exacto, además una parte de la vida de Santo Domingo y de la esposa era un gran embuste; ellos vivían seis meses en París con unos pasaportes especiales y en Nueva York seis meses; ella era dizque asesora, no sé si iba por allá⁵⁸, pero de todas

57 Me refería al encuentro en 1997 de Santo Domingo con el embajador en Nueva York descrito en el libro *Don Julio Mario: biografía no autorizada* así: "Santo Domingo lo invitó a almorzar. El embajador quedó sorprendido al descubrir que los asistentes del empresario hablaban portugués, idioma que el diplomático domina además del ruso y el francés. Frente a frente, y sin más compañía que los sirvientes, Santo Domingo y Frechette hablaron de la situación del país y el magnate le explicó su versión del panorama político de Colombia. Como aperitivo, después de un delicioso pescado, Santo Domingo ordenó servir unas copas de coñac Armagnac, cosecha de 1943, de un botellón marcado con su nombre.

58 El Gobierno del presidente César Gaviria creó un cargo en la embajada en Washington bajo el nombre de agregado cultural *ad honrem* para colocar a la señora de Santo Domingo, Beatrice Dávila. El nombramiento tenía como propósito liberar a Santo Domingo del pago de impuestos en Estados Unidos, dado que los diplomáticos y sus cónyuges están exentos de esa obligación. Como el Gobierno colombiano se le pasó por alto que la ley estadounidense solamente cobija a funcionarios diplomáticos que devengan salarios del Estado, y el cargo de la señora Santo Domingo no era remunerado fue necesario trasladar a la señora Dávila a una posición con honorarios. Fue nombrada segundo secretario, encargada de funciones culturales de la misma embajada. Pero había otro inconveniente: no tenía sentido que la funcionaria tuviera un cargo en Washington cuando su residencia estaba en Nueva York, así que fue necesario hacer otro decreto.

maneras tenía el pasaporte. Él me dijo es que para mí vivir en Colombia sería muy difícil, esto me queda muy bien, yo viajo a Colombia, tengo casas en Colombia, claro, tengo familia en Colombia, pero yo voy muy poco y no quiero vivir ahí, porque no quiero esas angustias. Era difícil hablar porque yo le hacía preguntas y él me las esquivaba, pero con respecto a la plata yo creo que los tres no querían ninguna equivocación, que Estados Unidos estuviese pensando que ellos estaban de acuerdo con la aceptación por parte de Samper de los seis millones de dólares, ¿me entiende?

¿Ellos no creían en esa versión?

No querían que yo pensara que de manera alguna ellos apoyaban el hecho de que Samper fue donde los narcos a pedirles plata o que los narcos se acercaron a Samper a ofrecerle plata, es decir, la figura que pintaban era nosotros creemos en la democracia y queremos darle plata a los partidos de Colombia para hacer su política, pero no tanta y no tan seguido, más o menos a eso se resume el asunto. Y Santo Domingo, aunque tenía esa figura tan tenebrosa, con unos Armañac, ya se fue aflojando un poco y lo pasamos bastante bien, y yo usé eso para ir aflojando. Me dijo eso, que Samper era un tipo que andaba ansiosísimo todo el tiempo por la falta de plata, por ende una oferta de la parte de los narcos me parecía una salida bastante fácil para Samper, con tal de que nadie supiera nada. Si los tres cacaos me hubieran dicho no, él no pedía mucha plata, yo hubiera quedado muy sorprendido, pero al

El 22 de febrero de 1991, Beatrice de Santo Domingo fue nombrada tercer secretario, grado ocupacional 1, en la embajada de Colombia ante las Naciones Unidas (Nueva York), con una asignación de 1.816 dólares, sin incluir la prima por costo de vida. Respondería por las funciones culturales de la embajada. El decreto fue firmado por el ministro de Relaciones Exteriores, Luis Fernando Jaramillo, y el de Hacienda, Rudolf Hommes.

contrario, la figura que me dieron de Samper fue que llegaba a menudo a pedir más pesitos.

Después vienen unas medidas en Estados Unidos que apuntan a incomodar a Santo Domingo aquí; se empieza a hablar de que le van a revisar su estatus tributario, por lo que él se acogía al de la esposa, que tenía un puesto en el consulado para no pagar impuestos. ¿Quién manejó todo eso? ¿Fue cierto?

Número uno, no sé si haya sido cierto; número dos, el hecho de que Santo Domingo y su esposa vivían en un estatus falaz, no tan solo en el país, sino también en Nueva York, no era tanto para evadir impuestos en Estados Unidos, posiblemente, sino para no tener que vivir en Colombia en donde tenían que preocuparse todito el tiempo de su seguridad, creo yo. Ahora, de pronto yo soy ingenuo y no pensé, pero nunca, que yo me acuerde, hubo nada en términos oficiales, sobre cualquier campaña sobre este tema; me imagino que alguien en el IRS (Servicio de Rentas) se dio cuenta de esto y empezaron a buscar y rebuscar y qué sé yo, y claro, Santo Domingo estaba haciendo una burla de las leyes norteamericanas con esos puestos falsos y posiblemente no estaba pagando el impuesto que debía pagar y entonces empezaron a tocarle en la puerta.

¿Y por qué esa retaliación por parte de Santo Domingo contra usted, en particular para evitar el nombramiento en esta fundación como presidente?

Bueno, la verdad es que yo nunca lo supe, él nunca me dijo, nadie me dijo, pero no me sorprendería que él hubiese pensado que yo era muy duro y era enemigo de Samper.

Cuando la primera edición de mi libro, usted me dijo nadie me lo dijo, pero para la segunda edición usted me dijo que alguien le había dicho que sí, que quien había torpedeado su nombramiento había sido Julio Mario Santo Domingo.

Si le dije eso, o lo dije mal o lo hice de una manera que usted me malentendió; yo nunca oí eso de nadie y tengo amigos dentro la organización, tenía antes, tenía durante y después, y nunca me llegó eso, pero no me sorprende que a Santo Domingo le cayera mal el papel de Estados Unidos en Colombia y de pronto dijo no, los *gentlemen* no hacen cosas así y este es un club con David Rockefeller, somos todos *gentlemen* y podridos en plata; una cosa así y uno nunca sabe con un tipo como él. Santo Domingo pagaba su cuota, pero nunca iba, no le interesaba, quería ser amigo de David Rockefeller, es decir, la verdad es que a mucha de la gente con mucha plata, que pertenece al consejo, no les importa un pepino las relaciones con América Latina, querían estar cerca de David Rockefeller. En esa época Rockefeller era todavía una persona que podía andar por la calle, ahora está bien viejito, no sé si sale de la cama o no.

Usted decía que salía muy poco pero visitaba con frecuencia el café Oma en la carrera 15...

Íbamos a Oma porque íbamos como a las nueve a la misa, y en Oma no había mucha gente a esa hora. Había uno que otro cliente. Pero le cuento lo que nos pasó allí y que nunca olvidé. Muy pronto, después de haber llegado alguien nos recomendó un restaurante y nos dijeron es muy bueno. Yo fui con Bárbara a almorzar y llegamos bien, pero vi que los colombianos que estaban ahí tenían hasta pavor, tenían miedo porque entré

con unos tipos armados en el jardín; era un restaurante con una gran ventana y un jardín, había sido una residencia en un momento dado y me sentí tan incómodo viendo que a la gente le daba miedo que yo estuviera ahí, que imaginase que me trataran de asesinar, que le dije a Bárbara no vayamos más a ningún sitio de estos. Después conocimos a una gente que tenía un hijo que era chef en un restaurante nuevo y fuimos allá y los padres nos dijeron cuán disgustados estaban al comienzo cuando el hijo les había dicho que no iba a estudiar derecho, o algo así, que iba a ser chef, pero ahora estaban orgullosos y nos llevaron ahí. No me acuerdo del nombre de la familia. Hay un lugar más allá de Bogotá donde está la casa de campo de la Presidencia y más allá casas muy grandes, en un lugar muy bello que tiene un campo de polo. Y el dueño y la persona que nos invitaba era alguien con mucha plata que había sido el dueño de todo este terreno y él hizo el *development*. Él hizo todo. Ella se llamaba Juanita Kopp, era de padres alemanes. Los conocí porque había un médico Esguerra de Bogotá, bastante rico. Tenía un apartamento cerca de la residencia de la embajada, muy bien decorado. Era gente obviamente de mucha cultura. Tenían plata, habían estudiado en el exterior. Ellos me llevaron al lugar de los Kopp. Ahí fue donde conocí a Pastrana. Esta era gente de derecha, obvio. Los Kopp vivían en una casa fantástica allá, invitaban a Pastrana. De vez en cuando, un poco más allá había un restaurante que servía carnes y también subiendo a La Calera había un restaurante con una maravillosa vista. Yo les decía a los guardaespaldas miren, si tienen alguna duda no vamos. A mí me gusta conocer, pero no los voy a poner en situaciones difíciles. Cecilia Palacios, mi jefe de protocolo, y su marido eran socios del Country y de vez en cuando nos invitaban allí a almorzar.

¿Usted conoce la figura del lagarto en el bestiario colombiano?

Claro, hay mucho lagarto en Bogotá. Recuerdo el verbo lagartear. Había muchos, sobre todo allegados al círculo diplomático.

En muchos países la fiesta de la embajada del 4 de Julio el que no sea invitado se siente marginado aunque en Colombia no es tan importante como en Perú, por ejemplo.

Los 4 de Julio invitábamos a un sector bastante grande de la sociedad colombiana, obviamente el gobierno, algunos militares, algunas personas de los medios, una gran fiesta y Bárbara y yo tratamos de hacer una fiesta diferente de las otras recepciones en Bogotá. Un año hicimos una fiesta de Nueva Orleans. Yo traje un cocinero de Nueva Orleans y toda la comida era estilo de Nueva Orleans porque yo quería que los colombianos probaran comida de diferentes partes de Estados Unidos. La compañía de aviación American me colaboraba en darme pasajes gratis y yo los ponía en la residencia en un dormitorio. Otro año hicimos una fiesta de Texas y vino un grupo de Dallas y tocaron música de por allá, y toda la comida de Texas, estuvo muy amena la fiesta, los colombianos comiendo cosas diferentes de las recepciones, y el tercer año hicimos el estado de Washington, donde hay mucho queso, mucha fruta, mucho marisco, y vino una cocinera con su esposo y lo pasamos muy bien.

¿Sus hijos estudiaban allí?

Estaban en la universidad por aquí (Estados Unidos). Cuando sus hijos están en la universidad y uno está en el exterior, el Departamento de Estado les paga un viaje al año. Entonces los traíamos para la Navidad. A ellos les encantaba

Colombia, mucho, mucho. La belleza de la ciudad, la gente muy amena, la comida buena, y claro un lugar peligroso, con narcotráfico. Por ejemplo, el primer diciembre en Colombia, además de visitar un poco Bogotá para que vieran el Museo del Oro, todas esas cosas, nos hicimos un viaje, fuimos a Chile, a la Patagonia, al final, a Torres del Paine, fuimos a los lagos y a Chiloé. Vimos cosas increíbles, lagunas verdes con ventisqueros azules, con flamingos rosados que venían a veranear de La Florida. Es que no había manera de que yo pudiera salir a un balneario.

CAPÍTULO 13

Uno no puede creer lo que dicen las FARC

Usted ha seguido el proceso de paz del gobierno de Santos y las FARC en La Habana. ¿Creé que va a funcionar?

Yo no sé si va a funcionar o no, nadie realmente lo sabe. Uno no puede creer lo que dicen las FARC. Hay mucha gente en Colombia que no tiene mucha fe en ellos y que no quieren que ellos entren en política. Las FARC, a mi juicio, y siempre han sido así, es una gente perdida en la historia con ideas que vienen de los años cincuenta y que nada tienen que ver con la realidad de hoy. Por ejemplo, la idea de que a muchos de los campesinos se les daría una pequeña parcela de tierra con una casita y ahí va a poder sostener a su familia. Qué bucólico y qué bonito, pero el hecho es que en general eso ya no es realista. Hay que hacer muchas cosas para impulsar la agricultura en Colombia, incluso muchas cosas que les caen muy mal a las

FARC, que es la agroindustria, pero tiene que haber una mezcla de la agroindustria con los pequeños agricultores. Muchas de las ideas de las FARC son totalmente desfasadas con la Colombia de hoy. Cuando estuve en Colombia hace algunos años me pidieron que evaluara cómo se ve el país desde los Estados Unidos. Colombia es un éxito para los Estados Unidos. A través del Plan Colombia se pusieron casi diez mil millones de dólares y Colombia contribuyó mucho más que eso. Las cifras que tengo es que puede haber sido cuatro veces más. Porque en esa época se comentaba en Estados Unidos que Colombia era un Estado fallido, que ya no funcionaba. Los Estados Unidos con el Plan Colombia, y trabajando mancomunadamente con los colombianos, habían rescatado a Colombia. Estados Unidos nunca va a decir hasta aquí no más. Ellos van a seguir aplaudiendo el proceso. Solo el presidente Santos o las FARC o el pueblo colombiano podrán ponerle fin.

¿A los ojos de Washington se está hablando con un cartel o con un grupo guerrillero?

Para los americanos más o menos es la misma cosa, en cierto sentido. Es que hay dos problemas en Colombia que son enormes: uno es la impunidad y todos los colombianos saben que hay impunidad, y la otra cosa es que Colombia realmente no es un Estado de derecho porque el sistema judicial no funciona, lo ha dicho varias veces el Departamento de Estado. Luis Carlos Sarmiento lo acaba de decir.

¿Qué acaba de decir?

Él dice que Colombia es un lugar donde no funciona el sistema judicial y que hay demasiada impunidad y hasta que eso no se subsane Colombia no va a poder aflorar, al menos de la manera que todos desearían.

¿Dicho por Luis Carlos Sarmiento, un empresario a quien el sistema colombiano de derecho, el que queda, le ha ayudado a hacerse multimillonario?

Sí, pero ya tiene tanta plata que ahora puede decir la verdad. Yo creo que todos los grandes cacaos tenían esperanzas de que con el éxito del Plan Colombia se mejoraría el sistema, pero, y se ha mejorado no cabe duda, en lo criminal por ejemplo. Ahora los juicios no son escritos sino orales, eso es un gran avance, pero en el derecho comercial, como dice Luis Carlos Sarmiento, ahí usted puede tener un caso que lleve veinte años. Usted sabe que cuando Luis Carlos Sarmiento dice algo así y otros de peso en Colombia dicen la misma cosa y los comentarios hasta en los sondeos de opinión; la cuestión de la impunidad suena tan fuerte, es decir, que nadie se llame a engaño porque me están preguntando y yo estoy simplemente repitiendo algo que es muy sabido en Colombia, muy conocido. Entonces todo depende de las FARC. ¿Realmente quieren hacer lo que dicen que quieren hacer? Una cosa es firmar un acuerdo, la otra cosa es la implementación. La implementación, según Sergio Jaramillo, será de por lo menos diez años y yo diría posiblemente quince porque conozco cómo se demoran las cosas en Colombia. Entonces diez años con un montón de reformas, todas necesarias, pero reformas, por ejemplo en el agro, cuando algunos de sus terrenos todavía no han sido adjudicados y se demoran años para adjudicarse, es decir, ¿es realista pensar que después de que salga Santos y llegue otro presidente se va poder implementar? ¿Y si el próximo presidente resulta ser una persona que no le jala al proceso de paz?

En conclusión, ¿cómo es su nivel de optimismo frente a las conversaciones?

Las conversaciones pueden llegar a un término y aunque se firme un acuerdo, no habrá paz en Colombia. Es verdad que la guerra con las FARC habrá terminado. Y eso tiene un enorme valor simbólico en este hemisferio y en Europa. Pero Colombia seguirá teniendo que enfrentar enormes problemas con la criminalidad y la impunidad. Colombia tendrá que tomar medidas en varias esferas por muchos años. La entrega de las armas por las FARC es solo una de ellas.

¿Y la otra opción cuál sería?

Llevar acabo alguna de esas reformas que realmente se necesitan; mucha infraestructura para que el país sea más eficiente y pueda exportar más. No es simplemente una cuestión de tratar de ayudar o mejorar el puerto de Buenaventura, sino de hacer la carretera desde Bogotá hasta Buenaventura, ¿Usted sabe que un paquete de cinco kilos mandados de la China a Cartagena cuesta equis cantidad y que al mandarlo de Bogotá a Buenaventura esa suma se multiplica por diez? Fedesarrollo y otros lo han dicho. Se necesita infraestructura, se necesita reforma en el agro, hay que decidir qué porcentaje de la reforma del agro va a ser para la agroindustria y qué porcentaje va a ser para los pequeños agricultores. Hay mucha gente que dice abiertamente, en general los jóvenes que han sido desplazados del agro, de sus pequeñas parcelas, que ya no les interesa. Ellos prefieren quedarse en las ciudades, sean grandes o pequeñas, porque ahí hay trabajo, escuelas para sus hijos y atención médica. A muchos de los desplazados con más de cincuenta años todavía les gustaría regresar a su casita en el campo.

La otra cosa es la concentración de la riqueza, que también es obscena...

Sí, claro, si empezamos a hacer una lista se vuelve evidente que falta mucho por hacer. Y no es lo mucho, sino lo difícil y costoso. Resulta muy difícil pensar que todo eso se puede llevar a cabo por un presidente o por dos o por tres, sin saber cuál es el Congreso, cuáles serán las presiones. Yo no soy pesimista, más bien soy realista. Llegar a un acuerdo es posible, pero ¿que se cumpla? muy difícil, muy difícil. Si yo fuera las FARC a sabiendas de que va a tomar varios periodos presidenciales, no entregaría todas mis armas porque uno nunca sabe si a uno de sus presidentes se le ocurre cambiar de prioridades y deja a las FARC colgadas de la brocha. Entonces, yo creo que lo más probable es que ellos entreguen algunas armas pero que el resto las esconderán por ahí por si acaso no se cumple el acuerdo. Ahora, hay gente que dice que los de las FARC que ya están en narcotráfico, ya no le pasan plata a los de las FARC que están negociando en La Habana. Yo no tengo cómo contradecir eso, pero se oye mucho. Así es que yo creo que hay que ver todo esto de una manera realista. Yo entiendo porque los colombianos quieren la paz. Cuando Bárbara y yo llegamos a Bogotá en 1994 no se podía salir de la ciudad porque lo asaltaban a uno, lo paraban en los retenes. Yo soy realista, creo que Santos es el presidente mejor preparado que ha tenido Colombia en el último siglo. No cabe duda de que aprendió mucho en la Fundación Buen Gobierno. Es un tipo bien educado, ha estudiado economía, ha estudiado en Kansas, en Inglaterra, ha escrito un libro con Tony Blair (pronuncia el apellido de Blair con acento marcadamente británico y sonríe). Es un tipo muy, muy preparado, pero el punto es que hay tanto por hacer.

Y me decía que Estados Unidos siempre está esperando resultados...

Por cierto, hay una inquietud de Washington por el futuro de Colombia. Después de la firma del acuerdo, ¿cuál será la relación con Washington? ¿Qué pasará con respecto al Estatuto de Roma y la Corte Penal Internacional? ¿Cuál será la posición de Colombia con respecto a la destrucción de plantas de coca? ¿Cómo hará Colombia para llevar a cabo todos los proyectos de infraestructura para que pueda mejorar el rendimiento de su economía, sus exportaciones y aprovechar todos sus acuerdos de libre comercio? ¿Cómo aprovechar mejor sus posibilidades en el agro? Hay que tomar en cuenta que hace falta la presencia del Estado en casi la mitad del territorio nacional donde vive menos del diez por ciento de su población. Hay algunas estimaciones de que menos de la mitad de los 7.000 miembros de las FARC se acogerán al acuerdo de paz. El resto irá a aliarse con los paramilitares que fueron desmovilizados durante la presidencia de Uribe. Esa gente ha encontrado que el crimen paga muy bien, no solo en los cascos urbanos sino también en el campo, que ha estado casi totalmente abandonado por el gobierno por muchos años. Proteger a la población rural como a la urbana del crimen será un desafío descomunal. La situación económica de toda Latinoamérica para el futuro cercano obligará al gobierno a rebajar los gastos para la defensa nacional y posiblemente para la Policía Nacional. También desalentará a posibles inversionistas extranjeros. Mientras continúen bajos los precios de petróleo y gas el acuerdo de paz no tendrá mucho impacto económico en el país. Es por eso que me temo que un acuerdo de paz aumentará el crecimiento económico de Colombia menos de lo que estiman fuentes oficiales.

EPÍLOGO

Frechette: la vuelta al mundo en ochenta años

En la noche del 6 abril de 1984, las calles de la capital de Camerún estaban desoladas. Los grupos musulmanes habían fracasado en un intento de golpe contra el presidente cristiano Paul Biya. El embajador de Estados Unidos Myles Frechette marcó el número directo del Presidente, con quien tenía una buena relación, y pensó que seguramente no respondería. Pero quedó sorprendido cuando el propio Biya contestó y lo invitó a tomar champaña al búnker del palacio donde se refugió durante el fallido golpe.

“Me fui al palacio y todo estaba a oscuras porque los rebeldes habían hecho volar el grupo electrógeno y no había luz”, recuerda Frechette.

Al llegar, Biya lo esperaba con varias botellas de champaña de las cuales se bebieron cuatro. Entre copa y copa, Frechette

tomó notas para reportar a Washington y le dio varias ideas al mandatario para su discurso de ratificación de su mando.

“Me dice ‘¿qué voy a hacer?’”, recuerda Frechette. “Mire, es muy simple, si usted me permite le doy este consejo: échese un discurso en el que usted le da las gracias a todos los grupos étnicos de Camerún que contribuyeron a esta victoria. No mencione a los musulmanes porque no hay que insultarlos”.

A la salida del búnker, veinte escoltas del Presidente, todos ellos negros, tuvieron que hacer una parada para acompañar a Frechette a orinar en uno de los baños en tinieblas del palacio. Los hombres no esperaron afuera del baño.

“Me pusieron todas las linternas para verme el ‘piripicho’. Casi todo el pelotón está en el baño conmigo porque era la primera vez que habían visto el piripicho de un blanco; estaban fascinados, ¡es blanco!, ¡es blanco!, decían, y yo muerto de la risa”.

Al día siguiente, Frechette escuchó enguayabado el discurso de Biya con los puntos que le impartió en las profundidades del búnker presidencial.

Los recuerdos de Camerún los guarda Frechette como una de muchas razones para justificar el encanto de su carrera diplomática, pero también lo llevan a revivir algunas de las frustraciones que sufrió por no haber aprendido del todo el idioma de la diplomacia.

Durante sus treinta y cinco años en el servicio exterior, Frechette debió pagar un precio bien alto por decir primero lo que sentía y no siempre lo que le convenía. Un día su jefe en el Departamento de Estado lo llamó para ofrecerle como premio un puesto consular en Noruega, pero él respondió que no, que muchas gracias.

“Me fui a la casa bien deprimido porque me dije: ¡yo trabajé duro aquí durante dos años y me dan Noruega!, uno de los países más bonitos pero más aburridos del mundo, del mundo, del mundo”.

Como castigo fue enviado de cónsul a San Pedro Sula, la segunda ciudad de Honduras, gobernada entonces por el dictador Oswaldo López Arellano. Dice que la pasó muy bien. Allí aprendió a comer mondongo y su tarea más difícil fue lidiar con la tripulación de un barco camaronero que se sublevó contra el capitán por sus abusos, pese a que todos los marinos revoltosos se acostaban con su esposa.

“Querían que el capitán se fuera. Fue tal el despelote que hasta la tripulación se dio cuenta de que era mejor sacar al capitán, aunque eran ellos los que estaban pecando ahí con la mujer americana”.

Frechette, hoy de ochenta años, debió tomarse una segunda taza de castigo. El Departamento de Estado lo envió como funcionario político a la República del Chad, una excolonia sin mar en África Central con cuarenta y cinco grados centígrados de temperatura promedio al año.

“No se podía salir en las tardes porque todo moría, los gatos, los perros, las gallinas, los osos... un calor terrible pero la pasamos muy bien”, asegura Frechette. “Un país muy pobre, chico, mucho animal, el esquí acuático alrededor de cocodrilos y elefantes”.

Frechette llegó a la diplomacia por la vía del descarte de varias profesiones y oficios. Quiso estudiar Medicina pero lo abrumaban la química orgánica y el cálculo. Por su facilidad con los idiomas siguió el consejo de un profesor y estudió Literatura Comparada en Seattle, donde vivían sus padres. Para

mantenerse vendía enciclopedias Collier's puerta a puerta. Luego se hizo vendedor de ropa de trabajo en JC Penney pero lo asustó la idea de pasar el resto de su vida escalando posiciones en la tienda por departamentos y viajó a Panamá de traductor de ictiólogos gringos que estudiaban peces raros en la isla volcánica de Taboga.

Al regresar dos o tres meses después, montó con un amigo un bar en un local en ruinas. "Era un asco", recuerda. El día que fueron a verlo por primera vez su amigo empezó a caminar en la oscuridad. "De repente se oye como una ruptura de madera y se cae al sótano y le dije '¿Harry qué tal?', '¡Coño!', me dice, 'eso es una mugre'. De todas maneras lo arrendaron y le hicieron algunos arreglos. Frechette servía la cerveza y los tragos. A los pocos meses lo cerraron cansados de lidiar con borrachos.

Frechette aceptó entonces un trabajo en la Boeing como analista de procedimientos en la construcción de la nave sideral Dyna-Soar, ordenada por la Fuerza Aérea de Estados Unidos para sabotear satélites enemigos y hacer rescates en el espacio. El programa fue cancelado por el Congreso en 1963 después de 660 millones de dólares en gastos, unos 5.000 millones de hoy.

"Yo era analista de procedimientos, entraba entre los ingenieros y decía '¿ustedes cómo van hacer esto?', y me contaban todos los pasos, entonces yo regresaba y decía 'no, eso es redundante, mire eliminen eso, eliminen eso y eliminen esto'.

Entre sus empleados trabajaba una joven de Minnesota de origen holandés a quien le gustaba más la literatura que las naves espaciales. Bárbara Lawrenz Mille había sido la única

mujer que escribía de temas técnicos en todo el Departamento de Ingeniería de la IBM⁵⁹. Ella se enamoró de su jefe.

“Eso era difícil porque era prohibido salir con empleados, pero lo hacíamos secretamente”, afirma Frechette.

Bárbara y Myles se casaron en 1963.

“Nos fuimos a Nueva York y pasamos dos días de luna de miel, claro que pobres como ratas; los dos vendimos los carros que teníamos en Seattle, mi sueldo era de 6.905 dólares al año. Vivíamos en la avenida Connecticut en Washington y teníamos lo suficiente para comprar seis botellas de cerveza cuando me pagaban cada dos semanas. Vivíamos solo de la comida que estaba en baratura (barata), las alas de gallina, y mi almuerzo en el Departamento de Estado me costaba 35 centavos, 25 por una sopa, y diez por un café”.

A estas alturas Frechette ya había entendido que su futuro no estaba en el espacio y se enroló en el Servicio Exterior. Trabajó inicialmente en la división de personal, un puesto muy aburrido, recuerda, pero después aceptó el traslado a Asuntos Cubanos. En el mapa de nervios de Washington, Cuba titilaba en forma alarmante. Una revolución con identidad política indefinida o al menos no declarada había triunfado en la isla y su territorio estuvo a punto de convertirse en el primer campo de batalla de la tercera guerra mundial, cuando Estados Unidos descubrió la existencia de bases de misiles nucleares soviéticos.

59 Barbara Frechette es la autora de *Poder compartido*, un libro dedicado al feminismo en Colombia con biografías de Esmeralda Arboleda, la primera senadora colombiana y la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda. En su libro, ella sostiene que el feminismo en América Latina difiere del de Estados Unidos porque en el primero lo femenino y la maternidad son motivos de celebración y admiración.

“Yo había seguido la crisis de los misiles en la universidad y leyendo por mi cuenta. Sabía que (Fulgencio) Batista era un hampón, un dictador, pero acuérdesese que en esos días Fidel Castro no soltaba la lengua, no decía que era comunista”.

En su primera tarea, a Frechette se le asignó la misión de velar por el cumplimiento del embargo comercial a Cuba decretado por el gobierno de Estados Unidos. Por gusto y por deber seguía de cerca las operaciones de los cubanos en el exilio para desestabilizar el gobierno de Fidel Castro bajo la dirección de la CIA desde la capital de la conspiración: Miami.

“El gobierno de Estados Unidos reconocía que algunas de las cosas que estaba haciendo eran en contra de la ley y le hacía el guiño. El Neutrality Act, que no permitía que los Estados Unidos formara grupos para ir a atacar a otro país, el FBI, la CIA, todos, lo violaban todo el tiempo y por eso es que los refugiados cubanos que estaban en Miami adoptaron la idea de que la ley de los Estados Unidos se podía violar impunemente. Si tenías unos amigos en la CIA todo era posible”.

En reconocimiento por su labor, fue entonces cuando sus jefes le ofrecieron el cargo en Noruega, que rechazó. Frechette trabajó en Honduras y en la República de Chad, y al regresar con su esposa y sus dos hijos estudió un master en la Universidad de California. Se hizo experto en el golpe izquierdista que dio el ‘Chino’ Juan Velasco Alvarado en Perú en octubre de 1968. Tras tomarse el poder, Velasco expropió varias empresas estadounidenses entre las que se encontraba la International Petroleum Company. En respuesta, Washington aprobó una ley que cerraba las puertas al crédito internacional de los bancos de desarrollo a los países que confiscaran bienes de ciudadanos de Estados Unidos. Frechette fue contratado en un cargo secreto con la misión de presionar al gobierno de

Alvarado para que indemnizara las empresas cuyas propiedades fueron confiscadas.

El gobernante peruano estaba al borde de la desesperación por la falta de créditos externos para financiar sus obras. Pero no daba el brazo a torcer y su relación con los rusos en materia de defensa se estrechó cada vez más con la compra de armamento. De todas las estrategias usadas por el equipo negociador para persuadir a Velasco, hubo una que funcionó con una sorprendente eficacia, recuerda Frechette. El secretario de Estado, Henry Kissinger, había contratado para la ofensiva a James Greene, un ejecutivo del banco Manufacturers Hanover Trust que era un excelente negociador.

Después de reuniones muy tensas en las que los gritos eran tan cercanos que salpicaban saliva en el rostro del rival, Greene se la jugó con un recurso inesperado: obsequiar a los militares unas corbatas de color verde billete que usaban los empleados del banco estadounidense con símbolos de dólar estampados.

“Llegaron estos señores (los militares peruanos) y llega James con las cajas y les dice señores, estoy muy agradecido, quiero que sepan que ustedes son realmente capitalistas, y abre la caja y saca una de esas corbatas verdes y se las da al chino Velázquez, y el chino Velázquez se quita inmediatamente la suya, andaba con uniforme pero con una corbata negra, todas las fuerzas, la aérea, la marina el ejército, tenían corbatas negras. James empezó a repartir corbatas y estos señores como niños pequeños midiéndose, empujándose uno a otro para agarrar su corbata. Claro, les encantó. Eso me enseñó algo muy importante: Greene sí conocía el problema de negociar. Estos señores, aunque hablaban pestes de nosotros, querían que fueran considerados como a la par de los capitalistas”.

El acuerdo fue suscrito y semanas después Frechette viajó de Lima a Washington con 75 millones de dólares en bonos que se los recibieron unos empleados del JP Morgan sin decirle adiós.

Al terminar su misión el diplomático fue enviado al consulado en Río de Janeiro como encargado de la política de los estados de Río y Guanabara, además de velar por los derechos humanos. Difícil tarea está última frente a un régimen militar que contaba con influyentes simpatizantes en el gobierno de Estados Unidos. No había terminado de hacer las primeras indagaciones sobre la muerte de un activista político cuando empezó a recibir llamadas anónimas.

“Filho da puta, você vai morrer (hijo de puta, usted va a morir) decían cuando yo atendía el teléfono”.

El caso que estaba investigando tenía que ver con la muerte de Stuart Ángel, miembro del Movimiento Revolucionario 8 de octubre que se oponía al régimen militar brasileiro instaurado desde el golpe de 1964. Ángel fue arrestado el 14 de junio de 1971 en Río de Janeiro por oficiales del Centro de Informaciones Aeronáuticas bajo la dictadura militar.

“La fuerza aérea detuvo a este hijo y lo llevaron a un estadio, ahí lo torturaron y lo amarraron al caño (exhosto) de un jeep. El jeep lo arrastró a lo largo del estadio varias veces hasta que ya no tenía carne en las piernas, en el estómago, en la cara y claro, con el tubo de escape ya los pulmones completamente comidos, cocinados”.

La madre de Ángel, Zuzu Ángel, era una diseñadora de ropa que se había casado con un norteamericano. Cuenta Frechette que con ella empezó a hacer el recorrido del caso para sacarlo de la impunidad, pero todo quedó a medio camino. cuando

fue trasladado a Venezuela en 1976 como agregado político. Allí se enteró de la trágica muerte de la mujer.

“A Zuzu le gustaba manejar rápido y en una de esas pone el pie en el freno, no tenía frenos, se despeñó, cayó treinta metros y murió. Ese fue el Servicio Nacional de Inteligencia”⁶⁰.

A la pregunta de cuánto congeniaba Kissinger con los militares brasileiros, Frechette explica:

“Kissinger era un tipo muy metido que quería buena cooperación con el gobierno militar, con el canciller Silveira⁶¹ (...) Ese tipo llamaba a Kissinger por teléfono a decirle que los americanos se interesaban demasiado en derechos humanos”.

En Brasil, Frechette actuaba en obras de teatro, una afición que cultivó desde joven en inglés y francés. La audiencia en Río estaba compuesta en su mayoría de estadounidenses e ingleses. Hizo el papel de Héctor en la obra de Jean Giraudoux *La guerre troie n'aura pas lieu*. Para esta obra tenía que aprenderse extensos parlamentos que recitaba en voz alta en su casa sin sospechar que su empleada del servicio, Carmiña, que no sabía leer y menos hablar inglés, los seguía atentamente. En una ocasión, al terminar de repetir una de las frases de la obra, Carmiña le comentó que se había equivocado.

“En una de esas ella me dice de la cocina, ¡No!, es tal o tal línea del diálogo y me corrigió. Entonces de ahí en adelante practicaba mis líneas conmigo en inglés. Ella no sabía qué diablos estaba diciendo en inglés. Pero se aprendió tótodo de memoria como aprenderse una canción”.

60 En 2014 el agente de la represión militar Claudio Antonio Guerra confirmó la participación de agentes del aparato de seguridad en la muerte de Zuzu Ángel.

61 Antonio Azeredo da Silveira, canciller de Brasil entre 1974 y 1979.

Cuando Frechette fue trasladado a Venezuela, el gobierno de Estados Unidos creía que el país petrolero y cosmopolita se perfilaba como la gran democracia de la región. Carlos Andrés Pérez estrenaba su primera presidencia. (1974-1979).

“Washington estaba enamorado, trataba a Venezuela como si fuera la gran democracia de la región y era todo un embuste”, afirma Frechette. “Ya para mis tiempos, en el 76, cuando llegué, AD y COPEI⁶² eran totalmente corruptos pero Washington no quería saber de la corrupción. Es un poco como Colombia ahora, que es la heroína de Estados Unidos”.

A la hora de corromper, Estados Unidos aportaba también su cuota. En forma incauta Frechette comentó que el gobierno de su país patrocinó el soborno de jueces venezolanos para que permitieran la extradición de un banquero italiano acusado de la quiebra fraudulenta del Franklin National Bank de Nueva York en 1974. Según el exembajador, un abogado venezolano pagó el soborno.

“Es que se entendía que hacíamos eso o estos tipos se compraban a los jueces. Ahora la decisión, óigame bien, era la correcta y teníamos las pruebas, pero los jueces eran comprables y aun con todas las pruebas del mundo, si la oposición compraba al juez, se quedaba Carlo Bordini en Venezuela”.

Bordini fue extraditado a mediados de 1978 a Estados Unidos. Había sido mano derecha del financista italiano Michel Sindona, que fue condenado por la quiebra bancaria más grande hasta entonces de la historia de este país. En 1980, Bordini aceptó declarar contra Sindona a cambio de una reducción de su sentencia.

62 AD: Acción Democrática. COPEI: Comité de Organización Política Electoral Independiente.

Al regresar a Estados Unidos en octubre de 1979, Frechette fue nombrado jefe de la oficina de asuntos cubanos del Departamento de Estado, un cargo con el que soñaba calculando que sería un paso para convertirse en el director de la Sección de Intereses de Estados Unidos en Cuba. La situación social en la isla estaba a punto de ebullición. El 15 de abril de 1980 un grupo de cubanos a bordo de un autobús se abrió paso para ingresar a la embajada de Perú en La Habana y pedir asilo político. El régimen cubano desplegó una ofensiva contra la población. Miles se presentaron en la embajada para abandonar la isla. Castro abrió las cárceles y dice Frechette que personalmente se encargó de seleccionar a los criminales que despacharía a Estados Unidos. Era el preámbulo del éxodo del Mariel, nombre del puerto por el que se calcula que salieron 125.000 cubanos.

En ese momento el jefe de la sección de Intereses en La Habana, Wayne Smith, seguía asombrado la crisis internacional. Frechette recuerda que se enteró de lo que estaba ocurriendo durante una llamada con él.

“Con Wayne no nos aveníamos, veíamos las cosas muy diferentes, pero todavía me acuerdo que yo estaba hablando con Wayne por teléfono, en abril de 1980, cuando los policías de Castro empezaron a darle palo a la gente que estaba alrededor de la Sección de Intereses. Fue la única vez que yo oí a Wayne angustiado por las acciones de Fidel; me decía ‘*oh my god, they are hitting them!*’ (Dios mío, los están golpeando). Wayne no es comunista, para nada, pero simpatizaba un poco con la revolución y aun cuando era evidente que Castro era comunista y todo lo demás, decía ‘miren de dónde vino Cuba, están haciendo una nueva Cuba, no debemos ser tan cerrados en nuestra posición’”.

Frechette considera que Castro abrió el Mariel porque sabía que enfrentaba a un presidente vulnerable y lento para tomar decisiones como lo fue Jimmy Carter pese haber sido el mandatario que propuso la apertura de la Sección de Intereses como una forma de acercamiento al gobierno de la isla.

“Con eso Fidel le pagó a Jimmy Carter, y Wayne en ese punto reconoció que Castro, como dicen muy vulgarmente, se cagó en Jimmy Carter porque él sabía que era una persona muy débil que siempre tomaba mucho tiempo para llegar a una decisión”.

Al tratar de hacer un balance de los esfuerzos de Estados Unidos por quedar bien con América Latina, Frechette cree que su país sale perdiendo.

“Siempre va a haber una cierta tentación de parte de los latinos a culpar a los Estados Unidos. Se deshizo Estados Unidos del canal de Panamá, no importa, a ver la próxima; Cuba, que ahora puede mejorar sus relaciones con Estados Unidos si es que está dispuesta a abrir su economía, pero eso no va a importar en Latinoamérica, van a encontrar otras razones para mantener una cierta distancia”.

No es algo que resulta de una animadversión caprichosa, reconoció el exembajador.

“Estados Unidos en el siglo XIX era una nueva República y tenía un gran continente. No era dueño de todo. Así es que finalmente el presidente Jackson, antes de llegar a la presidencia, tomó Florida y expulsó a los españoles; el presidente Jefferson le compró la mitad de los Estados Unidos a los franceses, el Luisiana Purchase⁶³ y después, a fines del siglo

63 Adquisición por parte de Estados Unidos a Francia en 1803 del territorio Luisiana (828.000 millas cuadradas) por quince millones de dólares, lo que equivale a tres centavos por acre. El territorio es mucho más extenso de lo que se conoce hoy como el estado de Luisiana. Iba desde el

XIX, no me acuerdo bajo qué presidente, Estados Unidos le compró Alaska a los rusos. Y con eso se completó, Se quedó con la mitad del territorio de México aunque México no tenía cómo insistir que ese era territorio de ellos. Estados Unidos protegió sus intereses vitales. Además, las colonias hechas por los ingleses no caían muy bien en América Latina. Había todo ese legado de que los ingleses habían despojado a España, se habían sacado todo el oro al venderle productos a España porque España nunca desarrolló una industria y, como resultado, España y Portugal quedaron pobres. Si uno ve, Simón Bolívar tenía mucha desconfianza hacia Estados Unidos. Hay escritos sobre eso. José Martí vivió en el propio Nueva York y también tenía mucha desconfianza de Estados Unidos. Y yo creo que en América Latina hay malestar porque Estados Unidos por mucho años era muy poderoso, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial, y porque les daba órdenes, hagan eso, hagan lo otro, tienen que ayudarnos a derrotar a los nazis, a los japoneses”.

El sueño de Frechette de ser el jefe de la Sección Intereses en Cuba se tropezó con la figura del cubanoamericano más poderoso en Estados Unidos: Jorge Mas Canosa. En los años ochenta y parte de los noventa, Mas Canosa, un acaudalado líder republicano tan admirado como temido, se anotó varias victorias en su campaña contra el gobierno de Cuba. Logró la aprobación de Radio Martí para la transmisión de noticias a la isla y a través de la Fundación Cubano Americana de la cual era presidente trajo a Estados Unidos miles de cubanos que estaban en un limbo migratorio en terceros países. Su

extremo sur, donde está el puerto de Nueva Orleans hasta Canadá, y abarca territorios de quince estados actuales de Estados Unidos y dos provincias de Canadá.

coeficiente de tolerancia a las críticas era mínimo. Mas Canosa patrocinaba boicots contra los diarios *The Miami Herald* y *El Nuevo Herald*. En ambos periódicos el autor de este libro publicó los detalles de una operación patrocinada por la Fundación para matar a Fidel Castro en isla Margarita, Venezuela. Mas Canosa murió en 1997.

“Era un matón, acuértese, el gobierno americano tiene la culpa de eso porque en un momento, cuando les convenía que fueran los mambis, qué sé yo, a Cuba a echar plomo, se hacían los locos con la violación de la ley de la neutralidad. Los cubanoamericanos tuvieron la idea de que cuando se trataba de trabajar contra Castro todo era posible y el gobierno no iba a hacer nada”.

Según Frechette, Mas Canosa logró que Reagan diera la orden de sacarlo de la oficina de Asuntos Cubanos con el argumento de que no era lo suficientemente anticastrista para manejar la política hacia la isla. Mas Canosa quería que se cerrara la Sección de Intereses, agrega.

“Él (Reagan) le dijo, habilidoso, a Mas Canosa, se lo voy a quitar de la oficina de Asuntos Cubanos, y me quitó, y yo me fui como asistente especial de Thomas Enders, el subsecretario de Estado para América Latina en la época, pero Mas Canosa, seguía, seguía y seguía insistiendo. No es lo que insistía, sino lo seguido”.

Frechette llegó en julio de 1994 a Colombia y terminó su embajada en 1997. Para algunos también fue otro castigo diplomático, como escribió el columnista Antonio Caballero, uno de sus más asiduos críticos:

“No tengo ningún sentimiento personal ni a favor ni en contra del embajador Frechette, que es simplemente un fun-

cionario destinado o castigado a la embajada de su país en Colombia: una embajada de tercera o cuarta categoría, superior a Sierra Leona pero inferior a Moldavia, digamos. Frechette es un mandado, que hace lo que le mandan: da visas, quita visas, exige cambios en la legislación local. Su tono es arrogante, sí, pero es el tono normal de los mandados del Imperio en sus provincias: igual al que puede tener un aduanero de Miami en la cola de una aduana de colombianos. Insultante”.

Si se quitan los agravios, Frechette estaría de acuerdo con lo del mandado. En varias ocasiones de esta extensa entrevista me repitió que seguía al pie de la letra lo que Washington le pedía. Pero tengo que decir que a eso le agregaba su hábito incontrolable de decir a su manera lo que siente, no lo que conviene.